Argentina $ 2,50 - Uruguay $ 180 Venezuela: Bs. 2.75

Hitler

Nuestro siglo. que asistió en el término de sus primeros cincuenta años al desarrollo de dos guerras mundiales, también presenció la configuración de un movimiento de insólitas proporciones: el nazismo. Régimen cuyos contenidos y alcances conmcvieron al mundo no solo por el clima de terror y dominio que implantó sino por su significado político e ideológico y por el espanto que provoca, además, la enajenación de un pueblc en la voluntad patológica de un hombre: Adolfo Hitler.

Este libro es un documento de enorme valor e interés por cuanto permite seguir, paso a paso y a través de los hechos, la vida de este personaje del siglo —desde su infancia hasta el derrumbe del nacionalsocialismo alemán—, en estrecha relación con la evolución de un procesc histórico contemporáneo.

Algunos títulos

El hombre y la cultura, Ruth Benedict - Vida en el Universo, Carlos Varšavsky - Freud y Pavlov - Cuentos de dos orillas - La Guerra Civil Española, Miguel de Amilibia - El poder económico, Celso Furtado Los papeles de Aspern, Henry James - Poesía social del siglo XX - Mi vida, Benvenuto Cellini - Primer viaje en torno al globo, Antonio Pigafetta - El siglo de las luces: ciencia y técnica, José Babini - Novela, cuento, teatro: apogeo y crisis, Jaime Rest. La amenidad, la amplitud temática, un sentido didáctico moderno, definen los títulos de esta colección, cuidadosamente seleccionados por especialisas prestigiosos, en función de un plan de cultura, una suma de conocimientos que incluye los grandes problemas contemporáneos y, en particular, los latincamericanos.

Servicio de consulta cultural y bibliográfica

a la manera de las más importantes enciclopedias del mundo. Absolutamente gratis. Amplia información en los números 2, 3 y 4 de esta Biblioteca.

Biblioteca fundamental del hombre moderno

Centro Editor de América Latina

22

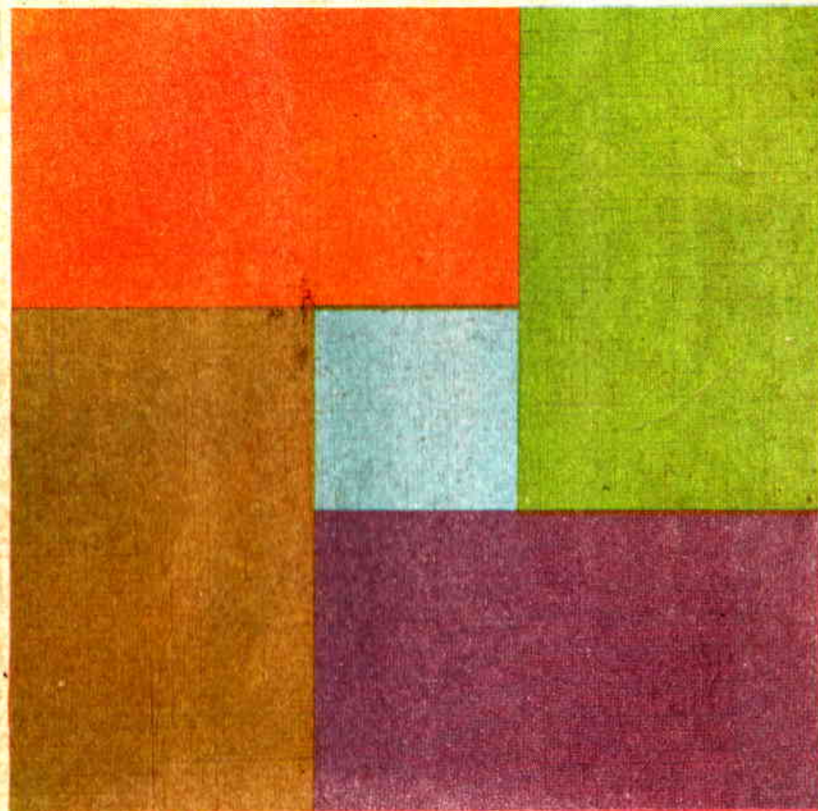
Jean Amsler

Hitler

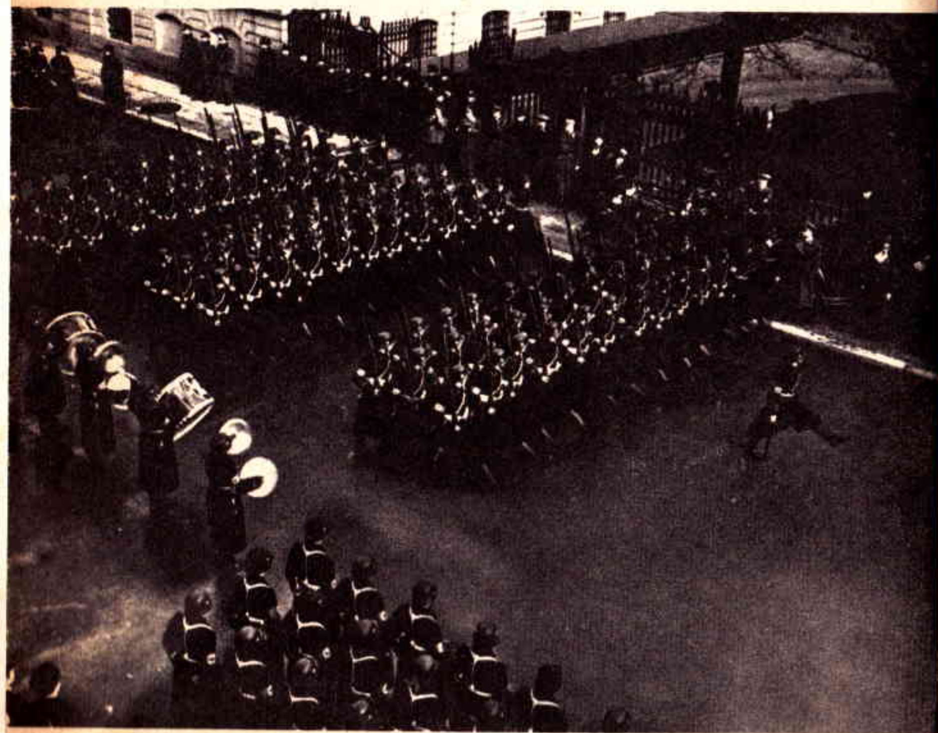
Jean Amsler

Hitler

22



Biblioteca fundamental del hombre moderno



Hitler





Jean Amsler

Hitler

Biblioteca
fundamental
del
hombre
moderno

Centro Editor
de América Latina



Título original: Hitler
Traducción: Fernando Rodríguez Urquijo
Ilustraciones:
Roger Viollet: pág. 8, 22, 94, 117; Keystone: pág. 1, 4, 5, 12, 15, 20, 28, 33, 31, 35, 42, 47, 48, 53, 55, 58, 66, 77, 80, 83, 86, 91, 97, 98, 102, 110, 114, 121, 125, 133, 136, 142, 148, 153; Archives P. Regards: pág. 26, 81, 74, 150.

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Yo debí haber sido estudiante.

Hitler. Mein Kampf

El desconocido 1889-1919

El nombre propio Hitler aparece en Alta-Austria, entre los Alpes y el Danubio, a mediados del siglo XV; su ortografía es variable: Hüttler, Hiedler, Hydler. La palabra designaba originariamente al habitante de una *Hütte*, pequeña casa campesina situada en un campo roturado que linda con un bosque. Pero desde el siglo XVII, los antepasados del Fürer están registrados como labriegos, es decir, como propietarios de bienes raíces que explotan directamente de cinco a diez hectáreas; pertenecen, pues, a la clase media rural.

Johann-Georg Hiedler, nacido en Spital, en 1792, molinero, se casó en Döllersheim, en segundas nupcias, con Maria-Anna Schicklgruber, nacida en Strones, en 1796. Mientras trabajaba en Graz, en casa de una familia israelita, ésta había concebido un hijo natural, Aloys, que recibió reglamentariamente el apellido Schicklgruber; este niño gozó hasta la edad de catorce años del beneficio de una pensión alimenticia otorgada por los israelitas de Graz, llamados Frankenberger. Johann-Georg murió en 1857, Maria-Anna después de 1847; la tarea de criar a Aloys recayó prácticamente en su tío Johann-Nepomuk Hiedler.

A los trece años, Aloys Schicklgruber partió para Viena con seis coronas en el bolsillo, decidido a ingresar en la función pública; en 1864, trabajaba en la oficina de aduana de Braunau-sur-Inn, frente al burgo bávaro de Simbach. Se casó tres veces, la primera en 1864. En 1876, el viejo tío Johann-Nepomuk viajó desde Döllerstein con tres testigos para certificar que Aloys era realmente el hijo de Johann-Georg, concebido antes del matrimonio; el cura, que tenía a su cargo el registro civil, tachó el apellido Schicklgruber e inscribió en su lugar: Hitler. Separado en 1880, viudo al poco tiempo, Aloys contrajo matrimonio con una sirvienta de hostería, que le dio primero un hijo, Aloys II (1882), y después una hija, Angela (1883). Al quedar viudo en 1884, Aloys I se casó con su joven prima Klara Pölzl, cuya madre era Hüttler, es decir Hitler. Klara, nacida en 1860, era alta (1,70 m), rubia, con bellos ojos azules; el funcionario de la aduana estaba en los cincuenta, pero prometía no dejarla necesitada a raíz de una viudez que prometía ser larga. Era hombre apuesto, de bigotes rizados, que gozaba de la estima general. La pareja tuvo cinco hijos, tres de los cuales murieron muy jóvenes a raíz de enfermedades infantiles: Gustav (1885-1887), Ida (1886-1888), Edmund (1994-



Hitler a los dieciséis años, dibujado por un compañero de escuela, con el cuello duro del joven burgués

1900); el tercero fue Adolf (20 de abril de 1889 - 30 de abril de 1945); la quinta, Paula (nacida en 1886, fallecida el 1º de junio de 1960 en Berchtesgaden, con el nombre de Paula Wolf). Klara Hitler-Pölzl era una buena ama de casa, dedicada a sus hijos, de modales suaves y prudente en sus gastos. Adolf se parecía mucho a ella por la fisonomía.

Aloys se jubiló en Linz en 1895 y se retiró a una granja que había adquirido en Hafeld, pequeña aldea de Alta-Austria. El joven Adolf vivía allí con sus padres cuando, el 2 de mayo de 1895, ingresó en la escuela de Fischlham; asistía a clase todos los días junto con su media hermana Angela y parecía tan inteligente como revoltoso.

En 1897, la familia se estableció en Lambach-sur-la-Traun. Adolf aprendía fácilmente y obtenía buenas notas; descubrió entones un libro popular ilustrado sobre la guerra francoalemana de 1870-1871 que lo impresionó mucho. En 1898, Aloys Hitler vendió la granja, demasiado costosa, y adquirió no lejos de Linz una casa situada en Leonding, Nº 61, con una huerta y un jardín de 1.900 metros. En 1899, Adolf era alumno de quinto año; su brillante memoria le sirvió en historia y geografía; era hábil para el dibujo y la gimnasia. Era en la época en que la propaganda pangermánica se ocupaba mucho de la guerra de los boers: Adolf fue general de los boers en los prados de Leonding.

1900 fue un momento crucial en su carrera escolar. Tres caminos se abrían a un niño dotado. Aloys Hitler eligió para Adolf la Realchule (Colegio Moderno) que conducía a las carreras de ingeniero y de comerciante.

Todas las mañanas, Adolf partía a pie para Linz; tenía una hora de camino y otro tanto a la tarde al regresar, y almorzaba en la ciudad en una casa particular. La competencia era ardua, por otra parte, y había que trabajar para triunfar; seguía, sin embargo, vagando. Tuvo que repetir el primer año.

El 3 de enero de 1903, murió su padre en la hostería Wiesinger donde había ido a beber su cuarto litro de vino blanco y pagar una entrega de carbón (doble signo de una posición desahogada). Murió en pocos segundos debido a una hemorragia pulmonar provocada por la rotura de un vaso sanguíneo. El segundo año de Adolf fue mediocre; el tercero francamente malo; Adolf pasó el examen con la condición de que cambiara de escuela. Klara Hitler lo inscribió entonces en la Realschule de Steyr; en el otoño de 1904, Adolf se instaló en una pensión de esa ciudad.

El 16 de setiembre de 1905, último boletín escolar francamente malo. Adolf no pasa el examen final de estudios. Sus maestros declararon en 1923, a pedido de su abogado, que tenía un carácter rebelde y carecía de aplicación, soportaba de mal grado las observaciones, dibujaba bien, pero sin perseverancia, leía demasiadas novelas del lejano oeste del escritor Karl May y se demoraba en el camino cuando iba a la escuela y cuando regresaba de ella. Detalle más significativo: era delgado y pálido, con ojos brillantes, hablaba con los árboles agitados por el viento, y seguía jugando al jefe con los chiquilines de Leonding.

Se sabe con certeza que Adolf estuvo enfermo en esa época; en julio de 1905 sufrió una primoinfección de la cual se restableció espontáneamente; pero su organismo fue sin duda teatro de desórdenes glandulares relacionados con la pubertad. De inteligente y revoltoso que era, Adolf se convirtió en una especie de cretino apático. Cabe reconocer aquí, por ciertos síntomas —ojos brillantes, palidez, crisis de excitabilidad charlatana que contrastaban con su vagancia habitual— un síndrome de Basedow. Se puede considerar también el hábito del autoerotismo. La conjunción probable de ese vicio, el Basedow y la primoinfección (que, por falta de documentos, no es en verdad más que una conjetura) justifica desde entonces un pronóstico inquietante.

El 21 de junio de 1905 Klara Hitler vendió su casa de Leonding y se estableció en Linz, en el número 31 de la Humboldtstrasse. Adolf vivió a partir de entonces con ella y su tía Johanna Pölzl, jorobada y abnegada, que se ocupaba de la casa. Adolf cultivaba entonces, como algunos idiotas, la manía del dibujo asociada a colosales fantasías megalomaníacas. Se levantaba a la hora que se le antojaba, a veces a mediodía. Después de almorzar dibujaba (sobre todo croquis arquitectónicos y copias de grabados, fotos o tarjetas postales), salía alrededor de las 17 horas para dar un paseo. A la noche iba al teatro, a las localidades caras; *Lohengrin* lo trastornaba. Se vestía siempre con esmero y hasta con rebuscamiento: cuello duro, linda corbata, levita en verano y, en invierno, sobretodo negro forrado de seda y sombrero negro de fieltro, con alas anchas, estilo artista.

En el teatro conoció, a August Kubizek hijo de un tapicero, todas las tardes irá a buscarlo al taller paterno. Después del teatro, los dos paseaban por las calles nocturnas hasta las dos o tres de la mañana. Adolf sentía entonces una pasión platónica por una tal Stefanie, bonita y bachillera, que no lo conocía en absoluto. Un día compró un billete de lotería y comenzó a hacer castillos en el aire. Tomó lecciones de piano durante un año mientras que Kubizek estudiaba violín; su madre le compró un costoso Heitzman; después Adolf se cansó de estudiar piano.

En mayo de 1906 hizo un viaje de placer a Viena por quince días, admiró los monumentos de estilo italianizante, vio en la Ópera *El buque fantasma* y *Tristán*. Describía su entusiasmo en tarjetas postales, llenas de faltas de ortografía, que enviaba a Kubizek. Su sueño era imitar al pintor salzburgués Makart (1840-1884), que pintaba durante el día a las hermosas mujeres que amaba durante la noche, adornó con su presencia el carnaval de Munich y murió joven.

En mayo de 1907 Klara Hitler, cuya salud declinaba, se estableció en Urfahr, a orillas del Danubio, frente a Linz; sufría de un cáncer de pulmón. Pero desde el 20 de abril Adolf disponía de la herencia paterna: 700 coronas, aproximadamente 1.000 francos oro. Decidió regresar a Viena para presentarse al concurso de ingreso a la Academia de Bellas Artes. Seguiría su vocación de pintor (setiembre de 1907).

El desocupado intelectual, 1907-1914

Adolf Hitler tenía entonces dieciocho años. Sus cabellos castaño oscuro son difíciles de peinar en la parte delantera, pues tiene un remolino; su tez es más bien pálida, sus ojos de un azul muy claro, heredados de su madre, iluminan un rostro cuya expresión es alternativamente distraída y reconcentrada, y cuyo segundo rasgo notable es una frente deprimida. Un bigote cubre apenas el labio superior.

Es más bien alto: 1,75 m, lo que supera ampliamente el término medio de esa época y ese medio. Hubiera podido ser más alto todavía si no fuera cargado de espaldas: actitud-reflejo perfectamente explicable en un individuo que, a la edad del crecimiento más rápido, pasa la mayor parte del tiempo sentado, inclinado sobre un libro o sobre el papel de dibujo; actitud agravada por el gesto instintivo de llevar hacia adelante los hombros para proteger los pulmones atacados. Así la columna vertebral de Adolf muestra una cifosis completa, es decir que, del cuello al cóccix, traza una sola curva continua, atrás convexa; el vientre, de perfil, aparece blando, proyectado hacia adelante; las nalgas, al contrario, están borradas por la báscula de la pelvis. El principio de la superficie abovedada dorsal aparece ya en el croquis que dejó de él, en 1905, un tal Sturmlechner quien lo conoció cuando era colegial en Linz. Esta deformación —sumamente corriente y por lo general benigna— imprime al individuo un andar torpe, a menudo agravado por el hundimiento simultáneo del arco plantar, el aplanamiento y el alargamiento del pie —visibles más tarde en las fotos del Führer—; el andar es levemente dislocado, porque el individuo mantiene las rodillas dobladas y los tobillos rígidos.

Llevando en la mano su pequeña valija, estorbado por los cartones de dibujo, Adolf Hitler trepa al estribo del ómnibus; pronto se desliza a su destino.

Viena es la capital del imperio que supieron reunir, desde 1273, los descendientes de un hidalgo argovino, Rodolfo de Habsburgo, duque de Austria desde hace más de seiscientos años. Es un imperio muy antiguo y majestuoso; se extiende desde el lago Constanza hasta las llanuras de Ucrania, desde el Adriático hasta Bohemia. El emperador Francisco José, que ascendió al trono en 1848, está igualmente muy viejo. De ese hombre taciturno y devoto ya no parte ningún impulso para animar al gran cuerpo de la monarquía. Aristócratas de todos los orígenes —austríacos, húngaros, checos, polacos, italianos, croatas— ministros o generales, administran el imperio por intermedio de numerosos funcionarios minuciosos, ceremoniosos y li-



La Viena imperial, vista por Adolf Hitler

mitados. "Se chapucea con toda tranquilidad", declara a fines de siglo el conde Taaffe, primer ministro. Por debajo de ellos está la burguesía alemana. Desde hace un siglo está en retroceso. Ya pasó el tiempo en que Budapest, Praga, Brno, Agram, etc. eran ciudades alemanas. En todas partes, los representantes de las nacionalidades sometidas pertenecen a la clase media. Desde 1847 hay que compartir con los maguiares las ventajas prácticas de las actividades urbanas y de la función pública.

Esta evolución no ha escapado al soberano; así como es el primer fusil del imperio, es también el primer poliglota, puesto que puede hablar a sus súbditos en su propio idioma; ignora solamente el cíngaro y el idish. A partir de 1897, el checo está en igualdad de condiciones con respecto al alemán de Bohemia-Moravia; el voto ha provocado peleas en el parlamento. Si el primer ministro, el conde polaco Badeni, no fue golpeado en la tribuna fue porque se sabía que estaba armado.

Abajo del todo, finalmente, hay millones de proletarios. Por todas partes, llevados por la miseria y atraídos por grandes oportunidades de trabajo, afluyen hacia las capitales: Praga, Budapest, y sobre todo Viena. Provienen de los ghettos de Galizia, de las colinas moravas, de todas las regiones hereditarias montañosas y pobres; se llaman Rosenstein, Blum, Krakauer; o Ceská, Zischek; o Hofbauer, Ledermüller, Hitler. La ciudad que acoge a judíos y checos ya no los asimila; tiene cien mil judíos en las inmediaciones de la Thaborstrasse, y trescientos mil checos con sus escuelas primarias. Todo ese mundo menesteroso se atropella o fraterniza alrededor de la comida. El socialismo vienés tradicional hunde en ese terreno fuertes raíces, y contribuye, con el descontento burgués y la tendencia a la insurrección nacional, a socavar el trono de los Habsburgo. Este panorama no estaría completo si no se mencionaran las plagas sociales, secuelas de la pobreza general: alojamientos exiguos (el término medio del número de habitaciones por alojamiento es inferior a dos), promiscuidad, alcoholismo y sobre todo prostitución. Esta última, tanto oficial como clandestina, tiene un desarrollo inmenso; su consecuencia son las enfermedades venéreas. Signo, en fin, característico: el promedio de nacimientos es notablemente bajo, fenómeno que se agravará mucho más, por otra parte, entre las dos guerras mundiales; porque Viena, encrucijada político social, es también una encrucijada biológica.

Lo que mantiene el edificio es ante todo la placidez general (*Gemütlichkeit*, peyorativamente *Schlamperei:* "No hay que hacerse mala sangre"); cada cual goza lo más que puede, pobremente, el momento presente y, en cuanto a lo demás, se entrega al destino: *Do kann man halt nix machen!* ("¡No se puede hacer nada!"). Luego viene la policía, extremadamente ramificada: agentes de policía, porteros, hoteleros, mozos de café, soplones miserables, componen una policía a la vez molesta y bonachona, obsesionada por la pesadilla secular de una conspiración.

Es además en esa época que un psiquiatra vienés, llamado Sigmund Freud, instituye una doctrina cuya función principal la ejerce

la censura social, causa de las inhibiciones. A pesar de todo, esta decadencia mantiene un gran estilo. Todo vienés tiene modales de gentilhombre. Al estudiante se le llama Herr Doktor, al funcionario Señor Consejero; al joven aspirante a oficial, se le confiere una partícula a su apellido. Se saludan con un: *Servus, hab' die Ehre* ("Servidor, tengo el honor...). Nobleza y plebe frecuentan asiduamente los cafés donde se bebe agua siguiendo la moda oriental; o bien se frecuenta las tabernas de Heiligenstadt y de Grinzig para saborear un vino áspero bajo los cenadores, al son de los violines.

Es así como agoniza por última vez en Europa el Antiguo Régimen. Ya la Historia llama a la puerta, pero esa humanidad nostálgica ya no presta atención. Algunos piensan sin embargo "hacer Historia", desesperadamente; Hitler será uno de ellos.

Alquila una pieza a poca distancia de la estación del Oeste, en el 29 de la Stümpergasse, en casa de una vieja polaca, la señora Zakreys. Muchos matrimonios, en esta ciudad superpoblada, alojaban a los solteros y daban desayuno, todo por la suma de quince a veinte coronas mensuales.

En virtud de los dibujos realizados, Adolf Hitler es admitido a presentarse al concurso. El tema de las composiciones es extremadamente académico: 1) La expulsión del Paraíso, 2) Episodio del diluvio. La preparación que pudo darse él solo en Linz es insuficiente; tendría que haber frecuentado una academia, dibujar desnudos del natural y copiar detenidamente a los grandes clásicos, tan numerosos en el Museo de Historia del Arte de Viena. El señor Hitler Adolf, nacido en Braunau-sur-Inn el 20 de abril de 1889, católico, hijo de un funcionario de aduana, con cuatro años de Escuela Real, es aplazado: "Pocas cabezas, dibujo insuficiente". El señor Hitler queda profundamente desilucionado, pero permanece en Viena en la pensión donde se aloja, probablemente no ha comunicado su fracaso en Urfahr; el amor propio coincide aquí con el amor filial, porque Klara Hitler, cuyo estado se agrava, tiene que guardar cama en forma permanente. Dejará de existir el 21 de diciembre de 1907, a la edad de cuarenta y siete años.

Adolf llega a Urfahr para el entierro, que tiene lugar el lunes 23. El cuerpo recibe sepultura en Leonding. La tía Johanna se ocupa de los dos hijos de la difunta; Paula quedará a cargo de su mediohermana Angela Raubal-Hitler, en Linz. El alcalde de Leonding, Mayerhofer (un hombre verdaderamente autóctono), es designado legalmente como protutor. Adolf redacta una petición con el fin de obtener para él y su hermana menor una renta de huérfanos; las oficinas despachan rápidamente el asunto, y las 25 coronas mensuales le son aseguradas hasta la edad de veintitrés años, con la condición de que proseguirá sus estudios hasta esa edad. Visita a toda su familia. A su tía Theresia Schmidt-Pölzl, de Spital, donde además vivirá en adelante su tía Johanna; dirá, como lo había dicho antes su padre, que reaparecerá cuando haya triunfado (lo hará treinta años más tarde, en marzo de 1938). A Mayerhofer dice que partirá hacia Viena; el otro asiente: "¡Buena suerte, muchacho!".



Femineidad rústica de las campesinas nacionalsocialistas Más tarde, en 1935, el Servicio de Trabajo reproducirá el "pavimento humano de los gimnastas"



Adolf se interna, se pierde en la gran ciudad.

En Viena, Adolf Hitler se encuentra con judíos; muchos son comerciantes; otros son anticuarios. Algunos ascendieron a la aristocracia a través de las finanzas. Otros desempeñan un papel importante en la izquierda socialista, único partido al que pueden acceder a un puesto de responsabilidad los que tienen vocación política. Otros son literatos, y sus obras reflejan la decadencia vienesa, y otros son periodistas o médicos.

Pero Hitler cree haber encontrado AL JUDIO. La colonia israelita tiene orígenes diversos; junto a las familias establecidas desde hace mucho tiempo, están los inmigrantes, los "judíos del este". Llegan aislados o en pequeños grupos de sus ghettos miserables, de Eslovaquia o Bucovina, sobre todo de Galizia; llevan hopalandas negras y sombreros redondos; barbas hirsutas encuadran sus rostros muy pálidos, y trenzas rituales caen delante de sus orejas. Huelen a ajo, que perfuma sus cocinas problemáticas, y a grasa, porque no tienen más que un solo traje. Hitler, que tropieza con sus siluetas grotescas y humilladas, los mira de hito en hito y los observa.

Nota sus mímicas, sus discusiones interminables cuando están parados en las esquinas; conoce sus pequeños tráficos que les permiten subsistir, bastante mal, por otra parte. Sabe que algunos de ellos controlan la trata de blancas; la razón es muy sencilla: la miseria que aplasta a los judíos de Galizia produce los mismos efectos que en otras partes; las jóvenes, muy numerosas, buscan empleo como sirvientas, pero la competencia es difícil y hay que arreglarse como se puede. La misma plaga reina en otros grupos étnicos, pero Hitler entiende que es una tara específica judía.

Luego generaliza y concluye: el judío es el Corruptor por excelencia. Corrompió a la sociedad en todos los estadios: el capitalista judío es un explotador, el comerciante judío un estafador, el socialista judío un demoledor, haga lo que haga, el judío no puede sino destruir; destruyó la familia y destruyó la nación alemana. Una vasta conjuración une al cambalachero de la Rotenthurmstrasse con los señores de Rotschild, con Austerlitz, Adler y Cía., socialistas vieneses que prosiguen la obra disolvente comenzada por Karl Marx. Hitler ve trabajar en el mundo entero una monstruosa banda negra: los judíos. Pero es sobre todo a costa de la nación alemana, la suya, que la lepra judía hace estragos. Odia a los judíos y ese odio llega a ser uno de los motores de su reflexión.

Esta actitud no desconcierta al psicólogo: el joven autodidacto proyecta sobre un chivo emisario el mal que lleva en sí; este chivo emisario, como corresponde al lugar y a la época, es otra nación, la que le parece más diferente de la suya. Por otra parte, en el rango de los chivos emisarios secundarios, si así puede decirse, clasifica a todas las otras naciones de las que cree tener un conocimiento exacto: los checos, los húngaros, luego los italianos, los franceses, los rusos, los polacos; engloba en ese odio a las colectividades que, en su opinión, deben algo al espíritu semita: la iglesia romana, la francmasonería, el capitalismo internacional, el socialismo. A todos estos grupos humanos los acusa de estar "judaizados". El antisemitismo no es en él sino la expresión más acabada y el denominador común de todos sus odios. Este extremismo juvenil ya no lo abandonará más en su vida.

Al ser el antisemitismo un hecho por otra parte, general, la política debía acomodarse al mismo. La monarquía exigía a los judíos, como a los demás, que la sirvieran bien. A menudo los ennoblecía; la nobleza austríaca, de por sí muy cosmopolita, no encontraba nada que objetar. En cuanto a los proletarios, todos se sentían más iguales que diferentes. No sucedía lo mismo con la clase media, los artesanos y los comerciantes. Dos partidos burgueses integraron el antisemitismo a su doctrina. Georg von Schönerer (1842-1921) pertenecía a la pequeña nobleza; su "programa de Linz" (1882), agravado en 1885, fundaba su antisemitismo en razones antropológicas: racialmente diferente, el judío debía ser eliminado de la vida pública. En 1888, con un pretexto, Schönerer había tomado por asalto la redacción del periódico liberal judío *Neue Freie Presse;* fue condenado a cuatro meses de prisión y despojado de todos sus títulos y derechos cívicos. Liberales, legitimistas y católicos se habían puesto de acuerdo para cortarle su carrera, porque deseaba el desmembramiento de la monarquía y la anexión de Austria al Reich.

La Iglesia, inquieta por las tendencias antirromanas de Schönerer, favorecía a Karl Lueger (1844-1910). Abogado en Viena desde 1874, elegido miembro del Consejo del Imperio con Schönerer (1885), se desvió en seguida hacia una tendencia centrista, fundó el partido cristiano social (1888) en el que practicó un antisemitismo oportunista, no de principio. Elegido cuatro veces alcalde de Viena (1895-97), no fue reconocido por el emperador hasta la cuarta vez. Cuando murió, Viena le hizo solemnes funerales y le levantó una estatua. Hitler fue testigo de esa manifestación. Lueger había fundado dos patronatos *(Kinderhorte)* cuyos jóvenes adherentes, vestidos de uniforme, desfilaban al son de la música.

Una evolución más radical se desarrolló entre los grupos étnicos alemanes de Bohemia-Moravia; no habría que subestimar su importancia en los orígenes del hitlerismo.

Mayo de 1885: fundación en Budweis, cerca de Linz, de una Asociación de compañeros-obreros alemanes. 4 de noviembre de 1888, en Reichenberg (Liberec). Congreso de los empleados de comercio alemanes; se comprueba la asistencia de la mano de obra checa. 1893: creación de la Liga obrera alemana, que adopta el "programa de Linz" modificado, cuyos párrafos VI, VII y VIII tenían un giro anticapitalista; se proclama el derecho al trabajo, al mínimo vital, a la seguridad social, así como la dignidad del trabajador. 1899: fundación en Eger (Cheb) del Partido panalemán, que obtiene quince representantes en las elecciones de 1901, pero que se fragmenta por razones sindicales. 1903: fundación de Aussig (Usti), Bohemia, del Partido obrero alemán de Austria, que propaga la idea de un socialismo practicado en el seno del grupo étnico y de un nacionalismo agresivo

hacia afuera. En 1911, habrá en el Parlamento de Viena tres representantes, el más notable de los cuales es Hans Knirsch.

El nacionalismo se había fragmentado por motivos sociales; de la misma manera el socialismo homogéneo se descompone por efecto de las divergencias étnicas. En 1907, favorecidos por una ley electoral ampliada, los socialdemácratas tienen ochenta y siete representantes en el Parlamento de Viena; pero este grupo importante se subdivide en seguida según las nacionalidades. La escisión social tiende al separatismo general; así, la vida política se balcaniza, dominada por jefes que son también dirigentes.

Existe finalmente también una tradición común a todos los países de lengua alemana: la de los gimnastas.

Fundada en 1811 por el agitador clandestino Jahn (1778-1852), prohibida en Prusia de 1819 a 1842, mezclada a las luchas sociales de 1848, la *Turnerschaft* ofrece el primer ejemplo de una organización paramilitar y política cuya estructura está calcada en la del Estado. Es un "movimiento" *(Bewegung)*, tiene jefes *(Führer)*, regiones *(Gau)*, distritos *(Kreis)*; su emblema es el águila imperial, su insignia un monograma formado por cuatro F (iniciales de *Frisch, Frei, Frölich, Fromm)*: "En forma, libertad de movimientos, alegre disciplinado" pegados en la base y anunciando la cruz gamada hitleriana. Los sueños "arios" en torno de la svástica vinieron más adelante.

La Turnerschaft unitaria se escindió en 1891. Mientras que en Alemania permanecía fiel al espíritu wilhelminiano, en Austria donde a partir de 1887 el Turnverein vienés expulsó a 500 adherentes judíos, prevaleció el "parágrafo ario". Paralelamente, los gimnastas socialistas fundan sus propias federaciones (1891). Desde 1908, la cruz gamada es la insignia del Turnerbund austríaco, que ya es francamente racista; en 1919, será la de los gimnastas sudetes.

Sociológicamente, el Movimiento gímnico asocia al simple adherente que participa en ejercicios físicos, fiestas y desfiles a los jefes encargados, según la terminología reciente, de "asumir la historia". Ofrece el ejemplo de un condicionamiento del individuo por medios simples, masivos, continuos, totalitarios. La importancia de este ejemplo debe ser señalada en la constitución del partido hitlerista que encontrará allí el modelo de un vocabulario, de una organización y de una mentalidad.

La inteligencia de Hitler, servida por una memoria infalible, pasa de largo por todos los caminos laterales políticos y sociales: se constituye en un repertorio ideológico *(Weltbild)*, un arsenal de resortes vulgares, una "praxis".

Conservó su pieza en casa de la señora Zakreys y lo insta a Kubizek para que se reúna con él en Viena, a donde llega el joven músico el 22 de febrero de 1908, en el ómnibus de las 18 horas. Adolf lo espera en la estación del Oeste y lo ayuda a llevar su valija. Los dos se internan en una callejuela oscura, entran en el pasillo del nº 29, atraviesan un antepatio, suben una escalera, se detienen en el umbral del segundo piso, abren la puerta nº 17. Un olor de petróleo llama la atención de Kubizek. Los dos atraviesan la cocina; la dueña de

la pensión está ausente: llegan a una habitación estrecha que sirve de dormitorio a Adolf, encienden una miserable lámpara de petróleo. Adolf va a buscar sobre el antepecho de la ventana la botella de leche que puso allí para que se enfriara, extiende una diario sobre la mesa atestada de dibujos, coloca la botella, un poco de pan y encurtidos; August saca las provisiones de su valija de tela: cerdo asado, buñuelos. "¡Lo que es tener una madre!", dice Adolf. Comen. Llega la dueña de la pensión; Adolf ceremonioso procede a hacer las presentaciones; August por el acento cantarín de la dama, reconoce que debe ser de Stanislawow o de Neu-Cieszyn. Terminada la comida, Adolf, si bien es de noche, una noche fría y brumosa de febrero, lleva a August a dar una vuelta por la ciudad. August no puede ver mucho cuando regresan a la una y media de la mañana, está exhausto y encuentra para descansar un colchón que la señora Zakreys puso en el suelo en la pieza de Adolf. Este último habla, habla, habla, pero August sucumbe al sueño.

Los días siguientes, Kubizek, ayudado por Hitler, se organiza. Primero buscan una pieza en donde pueda caber un piano de cola. Atraviesan numerosos antepatios, suben a tientas una infinidad de escaleras; cuando por casualidad encuentran una pieza lo bastante grande como para que quepa un piano, al locatario que no le gusta la música... Entran en una casa que los intimida por su relativa elegancia, llaman a la puerta; aparece una criada; los recibe una mujer madura, vestida con una batón y chinelas adornadas con piel, que les muestra una habitación con dos camas. "Habría que sacar una cama para poner el piano de cola", dice Adolf. Discuten acaloradamente; el batón se abre y los dos jóvenes ven que la dama madura no tiene puesto más que un pequeño calzón. Los tontos se sonrojan y huyen. "¡Qué Putifar!", exclama Adolf indignado.

Un arreglo se concierta con la señora Zakreys: los jóvenes compartirán la pieza, ella se acomodará en el cuartito. Al día siguiente, mientras Adolf dormía August va al Conservatorio, aprueba el concurso, es admitido, alquila un piano de cola cuya instalación Adolf dirige en la pieza atestada: no se puede dar más que tres pasos en línea recta.

Por la ventana, se ve la pared de enfrente y, asomándose, una franja de cielo invernal. Con la primavera reaparecen las chinches; August no por eso deja de dormir, pero Adolf, cuya epidermis es más sensible, no puede acostumbrarse. Mientras que August trabaja con ardor, da lecciones y estudia con ahínco, Adolf se levanta a mediodía; no se sabe dónde ni qué es lo que come. August lo lleva a veces al restaurante popular o al comedor universitario pero Adolf protesta: esos lugares rebosan de judíos y uno se siente proletario. "Adolf, observa graciosamente Kubizek, está tironeado por el antisemitismo y el hambre".

Poco a poco, August descubre que Adolf no ha pasado su concurso y que ocupa el tiempo de una manera extraña. Primero trabaja en una pieza teatral superlativamente germánica, que comienza con el sacrificio de un toro, después en una ópera wagneriana: *Wieland*



Munich, plaza de Nuestra Señora. Al fondo, la antigua alcaldía, destruida en 1945

el herrero. Luego emprende el proyecto de completar la Heldenplatz. el conjunto urbano más vasto de Viena; después esboza un plan de urbanismo revolucionario con espacios libres y viviendas mejoradas; también intenta rehacer y embellecer la ciudad de Linz. Kubizek señala: "Estaba enemistado con todo" y era "un verdugo de sí mismo". Adolf sueña, va al parque de Schönbrunn, con un libro bajo el brazo, hace escenas a August porque los ejercicios con escalas le molestan, se enfurece contra el gobierno, el régimen, la sociedad, los universitarios. Kubizek comprende por qué Adolf reclamaba su presencia: para tener un público.

Adolf está obsesionado por la idea del libertinaje. Cuando de noche va a un concierto o a la Opera en compañía de Kubizek, los intermediarios de las cortesanas vienesas le deslizan esquelas; cuando los dos vuelven a pie a la pensión por la Mariahilferstrasse son abordados por escuadrones de peripatéticas que ejercen su pequeño oficio en las veredas.

Por diversión, August lo lleva los domingos a hacer caminatas por las alturas boscosas del Wienerwald que inspiraron a Beethoven; pero los bosques de hayales poblados por ardillas no bastan para alimentar su furia.

Entonces arrastró a Kubizek al Parlamento. La sala se vaciaba durante los discursos y volvía a llenarse para la discusión. El presidente de la sesión agitaba la campanilla, los diputados hacían crujir sus bancas, mientras se entrecruzaban sartas de injurias poliglotas. August tenía ganas de irse. Adolf lo agarraba del saco para obligarlo a que se quedara; a la noche hacía una crónica sarcástica de la sesión.

Kubizek pasó su examen, y después de ser admitido partió en julio para Linz donde debía pasar las vacaciones de verano. Hasta el mes de agosto recibió tarjeta postales o cartas de Adolf. Hacia el 15 de setiembre, regresaba a Viena para continuar sus estudios y se presentó en casa de la señora Zakreys.

—La pieza ya está alquilada —le dijo—. ¿No sabe que el señor Hitler se ha mudado?

—¿Dónde se ha ido?

—El señor Hitler no lo dijo.

Hacia el 1º de setiembre, Hitler fue a instalarse en una pieza bastante agradable de la Felbergasse; su alquiler debía ser más alto que en casa de la señora Zakreys donde costaba diez coronas mensuales; podía así escaparse de Kubizek; pero en adelante estaba solo en vida, y para siempre.

En ese mismo mes, prueba suerte otra vez en Bellas Artes; pero se considera insuficientes los dibujos que presenta y no se lo admite.

Entonces, poco a poco pierde su dignidad. Gasta primero la parte que le correspondía de la herencia paterna y después de la materna; ocasionalmente recibe un giro de la tía Johanna, o envía al doctor Bloch, que lo curó en Linz, una tarjeta postal pintada por él mismo que el facultativo israelita recompensa cada vez con el envío de veinte coronas; Adolf se lo agradece con epístolas cálidas. Ahora no



Una calle del barrio judío, en el centro de Viena

le quedan más que las veinticinco coronas mensuales de su pensión de huérfano.

Un obrero ganaba entonces cincuenta coronas mensuales, un oficinista no menos de sesenta, un joven maestro sesenta y seis, un licenciado en derecho setenta; muchos vivían de eso, pobremente es cierto, con su familia. Por veinticinco coronas, un hombre soltero podía procurarse habitación y desayuno; veinticinco coronas más hubieran cubierto el resto. Muchos estudiantes trabajaban durante las vacaciones o medio día. Adolf tenía el vicio del teatro y de la ópera; iba casi todos los días, tomaba buenas localidades de dos coronas. Es probable que a principios de 1909 imaginó que podía "ganarse la vida como pintor". ¿Pero a quién y cómo vender los productos de su arte?

Llegó primero a no tener más un cuarto para él solo, luego a no tener una cama en los albergues dudosos de los barrios, a pasar las noches afuera, en los parques, en un banco, bajo un viaducto. Solo Dios sabe en qué estado se encontraba su ropa. Adolf Hitler, convertido en mendigo, evoluciona desde entonces en los medios irregulares de los arrabales.

A la larga, este desclasamiento progresivo no puede escapar a la policía. Casi todos los días, el emperador, al venir de Schönbrunn, acompañado solamente por un edecán, sube en coche la Mariahilferstrasse populosa, jalonada de policías; los policías conocen al vagabundo Adolf, también los guardias del Parlamento, los inspectores de servicio a la entrada de los teatros, los guardianes del parque de Schönbrunn donde a menudo va con un libro, los guardianes de las plazas donde se acuesta en el pasto. Le suelen dar los buenos días, se acercan a él, le hacen burla. Se sabe qué dudosas habitaciones amuebladas frecuenta, en qué sopa popular se codea con individuos interlopes. Se enteran de que abriga sentimientos antisemitas y que tiene horror de la prostitución; es probable que a algún policía celoso de su deber se le ocurriera utilizarlo como informante; un físico banal, un aire distraído, un aspecto miserable, junto con su inteligencia, su perspicacia, y un oído muy bueno, lo califican para ese papel; será primero un soplón involuntario, luego benévolo, luego escasamente recompensado[1].

En el otoño de 1909 le procuran su ingreso en el asilo de los desamparados de Meidling, fundación judía frecuentada por numerosos delincuentes menores y traficantes de toda clase. Se lo ve mendigando un plato de sopa en el convento de la Misericordia, en Gunpendorferstrasse. Quizá, como él mismo lo dice en su libro, trabajó efectivamente durante algún tiempo como albañil y fue realmente echado por los obreros a quienes molestaban sus modales burgueses, su manía de predicar y la sospecha de ser espiados; quizá apaleó efectivamente la nieve en las calles.

[1] Sólo la colaboración efectiva de numerosos especialistas puede elucidar las tres hipótesis planteadas en el presente relato: Hitler espía de la policía desde 1908; Hitler empresario de golpes de Estado por cuenta del general von Seeckt (1923); Hitler atacado por una afección crónica de tifoides.

En el asilo de Meidling conoce a Reinhold Hanisch, bohemio que tiene papeles de identidad falsos a nombre de Fritz Walter, que es como decir Juan Pérez; es un hombre de recursos.

—¿Sabes pintar? pregunta Hanisch. Ven al hospicio de la Brigitte nau, en Meldemannstrasse 27. Por cuarenta hellers tendrás aloja miento desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana; trabajarás de día en la cantina o en el fumadero, y allí te darán de comer. Yo me encargo de vender tu pintura.

Hitler se instala en enero de 1910 en el hogar de la Brigittenau, comienza a pintar a la acuarela tarjetas postales y motivos para los ebanistas. Hanish lo pone un día frente a la Karslkirche, que Adolf debe pintar del natural: fracaso completo; Hitler es miope, pero dijo que tenía frío en las manos. A la noche Hanisch recorre los cafés y vende el frangollo; en cuanto cobra bebe un buen trago y trae a Hitler la parte convenida: cincuenta por ciento.

Adolf encuentra allí a un judío húngaro, llamado Neumann, quien le regala un viejo chaqué; con la barba negruzca y su espalda encorvada, sus pies planos y su chaqué. Adolf parece escapado de un ghetto de Galizia. Hanisch se ríe a carcajadas:

—¡Tu padre debe de haberse ausentado un día!

Con Neumann, Hanisch y un tal Greiner, deshecho humano como él, Hitler sueña formar una especie de consorcio de publicidad: dibujantes Hitler y Greiner, gestores Hanisch y Neumann.

El 4 de agosto de 1910, un tal Löffner, judío, se presenta en la jefatura de la Brigittenau para declarar que Hitler presenta una denuncia contra un tal Hanisch que se hace llamar Fritz Walter; este último ha desaparecido llevándose un cuadro evaluado en cincuenta coronas, pintado por Hitler. Luego rebaja el precio: el cuadro no valía más de quince coronas. Hitler no quiso irse con Neumann, que le aconsejaba acompañarlo a Munich.

El 29 de marzo de 1911 muere la tía Jahanna Pölzl en Spital, rodeada de su familia. Angela Raubal-Hitler, que quedó viuda en 1910 con dos hijas, Angela II y Elfriede, y a cargo de su hermanastra Paula, se ocupa de la sucesión; manda a buscar a Adolf y descubre que no es estudiante sino pintor. El tribunal de tutelas registra, con fecha 4 de mayo, que Adolf Hitler "renuncia voluntariamente" a su renta de huérfano en favor de su hermana Paula —medio caritativo de evitar una demanda judicial. Por otra parte, Adolf había recibido ya de la buena tía Johanna, de mano a mano, "sumas considerables" que han disminuido la sucesión. Hereda sin embargo unas mil novecientas coronas: tiene con qué mantenerse durante dos años.

Se encontraba bien en el hospicio; peroraba todas las noches, ante un público a menudo renovado, sobre los mismos temas: los judíos, la imbecilidad del gobierno, el proletariado engañado, el germanismo en peligro. Esas arengas cobraban un vigor progresivo. Allí hizo sus estudios políticos y preparó *Mein Kampf*, como orador áspero, en medio de risas, encogimientos de hombros, aclamaciones burlonas y abucheos. El hábito del hampa y de la baja policía condicionará su carrera futura.

En la época del asilo de Meidling se le atribuyó un amorío inocente con una joven lechera del barrio de Ottakring. En la época de la Brigittenau las habladurías le atribuyen vínculos con una prostituta cuarentona, con una copera francesa de un salón de baile popular del Prater, y finalmente con una querida judía que lo habría contaminado. Lo que hay que retener es el tema común a estos tres amoríos: se regocija de la ignominia ajena, luego la hace castigar[2].

Han pasado dos años. El 24 de marzo de 1913 abandona su cubículo, recoge sus harapos y sus lápices y se aleja de la Meldemannstrasse. Dos días después está registrado en el 34 de la Schleissheimerstrasse, tercer piso, Munich, en casa de un sastre llamado Popp; declara ser pintor apátrida. Atravesó pues la frontera y ha juzgado conveniente no dejar rastros. El motivo probable de esta emigración se revelará en seguida; quizá también buscaba en Munich una atmósfera más afín a sus gustos.

Munich no es una ciudad cualquiera. Es la capital que un Wittelsbach impuso por decreto a Baviera, en que otro soberano, el duque Cristóbal, levantó del suelo, echó sobre los hombros y arrojó un bloque de piedra de trescientos sesenta y cinco libras, en que otro monarca, que coleccionaba retratos de hermosas mujeres, Luis I, provocó una sublevación por amor a una bailarina exótica llamada Lola Montes. En el siglo del humo, Munich pudo conservar su aire saludable, barrido por el viento de las mesetas, a seiscientos metros de altura, y un vigor rústico, poderosamente existencial. Aficionado a la agricultura y a las bellas artes, receloso de la industria —esa invención protestante y prusiana— el bávaro conservó una poderosa originalidad étnica. Al lado de Viena, la aristocrática, gastada por el poder y la reflexión, Munich representa una especie de país virgen, fértil en recursos populares y capaz de desarrollos originales.

Ya era tiempo de que Adolf pensara en desaparecer: el 11 de agosto de 1913, la maquinaria administrativa del Doble Imperio lentamente se pone en marcha. En esa fecha, la oficina de reclutamiento de Linz comprueba que el conscripto Hietler *(sic)* Adolf no se presentó las tres veces que lo citó la junta de revisión, la última en la primavera de 1912, es decir, un año antes. El 22 de agosto, la policía de Linz comprueba, por su parte, que es inencontrable (*uneruierbar*, como expresa la jerga especial de la burocracia). La ciudad de Urfahr, situada en el extremo del puente que atraviesa el Danubio, queda notificada; el gendarme enviado a buscar a la tía Pötzl *(sic)* informa que ésta ha fallecido (en 1911, en Spital). El 3 de octubre, la comuna de Peilstein recibe la misión de comunicarse con las dos hermanas del interesado: Angela, viuda de Raubal, y la joven Paula, quienes declaran no saber nada acerca de él desde 1905. Linz, al agotar los recursos, informa a la Polizeidirektion de Viena, que responde el 29 de noviembre: "...residió hasta el 24 de mayo de 1913 en el

[2] De la época vienesa datan los contactos episódicos de Hitler con los iluminados racistas del "Nuevo Templo" y de la revista *Ostara*, pero ese aporte no parece entonces decisivo.



La primera clase de Adolf Hitler. Está a un costado (a la extrema derecha) del grupo, pensando

asilo de la Meldemannstrasse". El 15 de diciembre, como complemento de la información recogida en la Brigittenau: "...salió para Munich".

El asunto Hitler Adolf tendrá ocupadas a las cancillerías. En un caso semejante el reglamento preveía emplazar al recalcitrante ante una comisión examinadora especial; la sanción prevista consistía en una multa de cuatrocientas coronas; si volviera a no presentarse podía costarle la extradición, un año de cárcel y una multa de hasta dos mil coronas; tal era la ley militar de 1912, agravada por la crisis europea. Viena y Budapest, con sus súbditos eslavos, rumanos y sobre todo gitanos, debían ocuparse por entonces de muchos otros casos semejantes. El menor riesgo que hubiera corrido Hitler era ser destinado a un regimiento checo, con el cual, en 1916 ó más tarde, habría desertado para pasarse a los rusos...

El 12 de enero de 1914, el Consulado Imperial y Real Austrohúngaro de Munich recibe de Linz una citación a nombre de Adolf Hitler; el 14 llega a manos de la policía muniquesa; el susodicho debe presentarse el 20 de enero en Linz. Con habilidad, los policías muniqueses esperan el domingo 18 de enero: así no habrá más que recoger al prófugo y conducirlo en el primer tren hasta Salzburgo, que queda en la frontera. También es posible que la policía estuviera informada mucho antes.

A las quince y treinta, la policía se presenta sorpresivamente en el domicilio de Hitler; tan estupefacto está que firma el recibo como Hitler Adolf, con el apellido antes que el nombre de pila, lo que es contrario a su costumbre. La tortuga ha alcanzado a la liebre.

Hitler telegrafía a Linz para obtener una prórroga y anunciar el envío de un informe justificativo. Linz responde orgullosamente por telegrama que Hitler debe presentarse el 20 como se ha previsto; pero no recibe el mensaje hasta el miércoles 21.

Esta derivación burlesca favorece la preparación del informe, que policías bávaros y diplomáticos austríacos examinan con benevolencia; el producto de esta colaboración es característico: si bien este documento manuscrito ocupa más de tres páginas, su ortografía es correcta, y las frases bien construidas se redondean sin pesadez dentro del módulo clásico; es lo más acabado que ha escrito el autor. Empieza declarando que no habría tenido tiempo de lavarse antes de partir, y que, además, le faltaba dinero para el viaje. Gana entre cincuenta y cien marcos mensuales, pero ha pasado actualmente la temporada y la competencia se hace difícil, puesto que Munich cuenta con tres mil artistas. El parágrafo f) es un extracto anticipado de *Mein Kampf*, tomo I, capítulo 2, consagrado a la experiencia vienesa; logra dar un tono muy sincero: *Fue para mí una época infinitamente amarga... sin ningún apoyo... compañía dudosa* (se refiere a Hanisch)... *durante dos años (1909-1911) tuve por amigas a la angustia y la miseria... hambre perpetuo... Jamás ha tenido sentido para mí la hermosa palabra juventud... intachable ante la ley y ante mi conciencia...* salvo esta omisión militar...



La filosofía muniquesa concuerda con la benevolencia austríaca El prófugo Hitler Adolf se presentará, no el 20 de enero, en Linz, sino el 5 de febrero, en Salzburgo: el informe adjunto del cónsul especifica que Hitler "padecería una enfermedad que lo incapacita para el servicio militar". El 5 de febrero, Hitler, que ha tenido tiempo de lavarse y de reunir el dinero del pasaje para un viaje reducido a la mitad del recorrido previsto, conoce el desenlace de estas grotescas complicaciones, ya que la comisión dictamina: "175 cm. No apto para el servicio militar y auxiliar, demasiado débil. Incapacitado para ser soldado". Hitler refrenda el documento con lápiz.

El 7 de febrero, Linz archiva el expediente. Más tarde, durante años (1938-1945), la Gestapo lo buscaría afanosamente, pero en vano. Ha sido publicado por Jetzinger (cf. *Bibliografía*).

En la Meldemannstrasse, Adolf había gozado de una prolongada mansedumbre por parte de las autoridades militares; parecería cesar cuando deja Viena, luego se confirma cuando se lo considera incapacitado aún para el servicio auxiliar. ¡Sin embargo, siete meses más tarde, será considerado apto para la infantería en un regimiento que combatirá durante cuatro años en la primera línea! ¿Hitler fue enviado en misión a Munich, en carácter de agente secreto? En tal caso, la acción de la autoridad militar proporcionaría una explicación oficial de su emigración; la elección de un pintor bohemio era astuta. Ahora bien, Baviera interesa al emperador de Austria, ya que serviría, en caso de anexión, de defensa contra Prusia o de compensación de la pérdida de Bohemia-Moravia. Posiblemente la policía bávara haya olfateado algo; ¿lo arrancó a su vez a Hitler del servicio austríaco? ¿No ejerció presión sobre él al estallar la guerra, no fue intimado a alistarse los primeros días? Si Hitler dejó Viena por Munich, ¿no era acaso porque estaba "quemado" en el medio cosmopolita de la XX circunscripción, contigua al puerto danubiano? Si bien en 1914 cambia su traje de civil por el feldgrau ¿no es acaso por una razón semejante? ¿Teme una venganza de aquellos a quienes denunció, especialmente de esos "proxenetas judíos" de quienes constantemente se ha servido?

Adolf Hitler acaba de cumplir veintiocho años; podría tener tras de sí diez años de trabajo, deportes, amistades, amor, promociones diversas; no tiene nada y, delante de él, tampoco no hay nada.

Sí, la guerra.

El trench-coat informal del bohemio muniqués; el bigote está en su lugar, la mirada se convierte ya en la de un jefe

El soldado Feldgrau, 1914-1919

Dos de agosto de 1914: en Francia y Alemania es el momento de la flor en el fusil. Así, en Munich la Odeoplatz rebosa de gente y de gritos; sobre las gradas de la Plaza de los Mariscales, monumento que conmemora a los bávaros muertos por la patria, opera el fotógrafo de prensa Heinrich Hoffmann; en una de las placas será identificado más tarde, en medio de la muchedumbre, Adolf Hitler.

Al día siguiente, 3 de agosto, Alemania declara la guerra a Francia. Adolf Hitler se alistará por el tiempo que duren las hostilidades; el mismo día, decenas de miles de jóvenes hacen lo mismo; son sobre todo estudiantes. Hitler, en cambio, ¿qué razones tiene para alistarse? Como todo el mundo, cuenta con una guerra corta y victoriosa, con los honores que se concede a los vencedores. Para él, significa ropa y comida gratis, la paga y la dignidad anónima del uniforme. Es también sin duda la ocasión de escapar de sus deudas, o de cumplir las consignas de la policía. Resulta curioso, en efecto, que este extranjero incapacitado para el servicio militar sea incorporado el 16 de agosto al VI batallón de reserva del 2º regimiento de infantería. El 1º de setiembre lo trasladan a la primera compañía del 16º R. I., y recibe duramente la instrucción en pocas semanas. Desde el 10 de octubre, el regimiento, con el coronel List a la cabeza, entra en acción en Flandes.

La matanza es terrible; la tropa, insuficientemente adiestrada, se reduce de tres mil quinientos hombres a seiscientos. El 2 de noviembre, en la cañada de Wytschaëte, mueren ciento diecinueve hombres, entre ellos el coronel List; allí estallan 385 torpedos de marina, y uno solo de estos monstruos mata diecisiete hombres. Muy cerca de allí, sobre la ruta de Comines, hay un cafetín llamado "Al enterrador". Algunas compañías reducen su efectivo a treinta fusiles y quedan al mando de un sargento. El granadero Hitler figura entre los sobrevivientes. Esta aventura, que él interpreta como una iniciación, determina el despertar de su inteligencia, provocado por un tumulto orgánico. De allí en adelante, observa, reflexiona, saca conclusiones, hace planes.

El 1º de noviembre es designado agente de enlace, destinado primero al batallón y, más tarde, al regimiento. El 9 del mismo mes se lo asciende a soldado de primera clase y, el 2 de diciembre, recibe la Cruz de Hierro de segunda clase. Es lo más que puede pretender,



Manifestación nacional socialista en la Potsdamer Platz: los sombreros son más numerosos que las gorras

en sólo seis semanas, un extranjero sin instrucción militar previa: se le exigió que probara honorablemente su coraje y luego se lo retiró del infierno de las trincheras. En su nuevo puesto encuentra ocupaciones más afines a su temperamento: largos períodos de espera, luego desgaste temporario de energía solitaria cuando se le encomienda una misión; además puede desempeñar, en representación de sus jefes, el papel de informante confidencial, presente en todas partes, sin despertar sospecha; su Cruz de Guerra —que obtuvo por sus propios méritos, ya que no se malgastan las condecoraciones al comienzo de una guerra— lo recomienda a los suboficiales, y habla con soltura el dialecto bávaro, muy parecido al que se habla en Alta-Austria.

El hombre de enlace, antes de partir en misión, se hacía su composición de lugar, estudiaba el itinerario en el mapa, localizaba los parajes peligrosos, los eludía con habilidad, y siempre llegaba a destino. Cuando estaba acantonado no se desvestía para dormir, ni se desprendía de la pala que llevaba en el cinturón, con el fusil a su lado, y más tarde con la máscara de gas. Era el primero en responder al llamado, mientras sus camaradas fingían dormir. Trataba a sus superiores, los venerara o no, con una cortesía típicamente vienesa, que los bávaros consideraban obsequiosa. Por lo general nunca se quejaba, ni hablaba de la retaguardia ni de los suyos. De noche, en el cuartel, solía hacer peroratas antisemitas o antimarxistas; hablaba con brío, pero manejaba con virtuosidad el sarcasmo cuando el interlocutor no compartía su opinión. En dos años no tomó más que una sola licencia: una tarde que pasó en la ciudad de Lila.

Luego no ocurre nada especialmente notable en la vida del soldado anónimo: el 25 de setiembre, primer ataque combate con gas asfixiante; el 5 de octubre de 1916, recibe, en La Bargue, una herida en el muslo; es evacuado y, el 9 de octubre, ingresa en el hospital de Beelitz, en Brandeburgo. El 3 de diciembre, después de una licencia en Berlín, es destinado nuevamente a Munich, al segundo de infantería. En adelante se apodera de él la insidiosa desmoralización que empieza a cundir en la población civil. En marzo de 1917, regresa al frente: Flandes, Arras, Artois; en octubre, el Camino de las Damas. En 1918, se halla en Montdidier, Soissons, frente a Reims. El 30 de julio de 1918, es enviado a la retaguardia durante quince días para seguir unos cursos de perfeccionamiento: en mayo, había expuesto su vida para proteger a un coronel y fue citado en la orden del día del regimiento por su valor excepcional. En el ejército de 1918, en que el desgaste moral se hacía sentir y en que los cuadros veían el porvenir con aprensión, Hitler comienza a surgir. El 4 de agosto, "el día negro del ejército alemán", algunos regimientos que se retiraban del frente lanzan a otros que iban al frente el epíteto de "rompedores de huelga". En las ciudades, los obreros de las fábricas de municiones hacen huelgas intermitentes. Ludendorff ofrece su renuncia. Del 8 al 27 de setiembre, Hitler recibe una licencia y, lo que es

extraño, se traslada a Berlín, probablemente con la misión de informarse acerca de los medios en que se prepara la revolución de noviembre. En la noche del 15 al 16 de octubre, frente a Ypres, Hitler sufre las consecuencias de un formidable bombardeo inglés con armas de gas; lo trasladan, momentáneamente ciego, al hospital de Pasewalk, en Brandeburgo. Sabe que la guerra está perdida y por qué está perdida: porque el factor moral fue descuidado en el ejército y en el pueblo alemán, porque nada serio se ha intentado en el terreno de la propaganda.

Y vuelve a empezar, pero enriquecido por una experiencia y en busca de una ambición.



El infierno de las primeras líneas

En lo que a mí respecta, resolví convertirme en político. (Hitler, *Mein Kampf*, pág. 225.)

El político 1919-1923

El 11 de noviembre de 1918, a las once de la mañana, cesa el estrépito de las armas en el frente; Europa, embrutecida, afrontará un período que le resultará incomprensible.

La conducción de la guerra había movilizado a las masas, a las finanzas y a la industria, hasta un punto que nadie pudo haber previsto; el comienzo de la paz provoca una crisis duradera, una serie de movimientos populares, de crisis financieras y económicas; si el oeste de la línea de armisticio pueden entregarse a la euforia del triunfo, al este, en cambio, el sentimiento dominante es la aflicción amarga de la derrota. Así la idea nacionalista atrae sobremanera, mientras que desde la perspectiva semimundial que habrá de imponerse, Europa Occidental se convierte ya en la apuesta entre dos naciones que le son exteriores: los Estados Unidos, promotores de una mística semicapitalista, y la Unión Soviética, donde se forja una ideología expansionista.

La desgracia de los europeos, en el momento en que su nueva situación se manifiesta, consiste en su incapacidad de concebirla; el europeo de 1918-1919, el testigo del Tratado de Versailles y de otros más, es un *minus habens*. Esto merece una explicación.

El funcionamiento de la inteligencia requiere fuerza mental y ejercitación de los mecanismos del pensamiento. Ahora bien, desde ese punto de vista, cuatro de las naciones que mantienen la tradición intelectual de Europa están exhaustas: Gran Bretaña, Italia, Alemania y Francia; a las cuales se podría agregar Austria y Hungría, restos del difundo imperio. En cuanto a las naciones surgidas del Tratado de Versailles están absorbidas por el problema de constituirse realmente, lo que, por lo demás, no llegarán a resolver.

Esta incapacidad intelectual se debe ante todo al agotamiento nervioso: no es posible subir a la tronera, ponerse la máscara antigas y soportar impunemente el martilleo de la artillería, durante años; ni tampoco acechar al cartero y esperar el comunicado, como ocurría en las ciudades. Esta tensión continua, a la cual son precisamente más sensibles los individuos inteligentes, a la larga se paga.

A la fatiga nerviosa hay que agregar la subalimentación; es latente en las poblaciones situadas al oeste del frente occidental, pero real, desde 1916, al este de ese frente, entre Verdun y los Ura-



Gregor Strasser



Alfred Rosenberg



Julius Streicher



Rudolf Hess

les. Deficiente en cantidad, la alimentación en tiempos de guerra carece además de fosfato y casi por completo de vitaminas. "Sopa, carne de vaca y chauchas", "deutche Marmelade", a base de remolacha, y pan de munición no constituyen un régimen adecuado a las hazañas intelectuales.

Una sangría gigantesca ha diezmado, además, las promociones que tienen entre dieciocho y cuarenta y cinco años y que poseen, además de la capacidad óptima de producción, el mayor vigor intelectual y la mejor capacidad de adaptación. Se ha insistido mucho en que faltaba mano de obra en la Europa de 1919; las estadísticas de bajas militares daban una explicación inmediata de este hecho: 1.500.000 franceses muertos, 1.800.000 alemanes, etc.; pero sobre todo faltaba en Europa una cantidad equivalente de cerebros, precisamente de cerebros masculinos, los que tradicionalmente recibían la mejor formación intelectual y política. Circunstancia aún más grave, los cerebros restantes eran relativamente incultos y hasta deformados; y es en ese ámbito que la catástrofe europea alcanza toda su magnitud.

Lo que caracteriza a Europa, desde la Edad Media, es el azar histórico de una vida intelectual más intensa, más variada y mejor organizada, en comparación con otras partes del mundo. Este carácter diferencial se acentuó en el siglo XVIII y aún más en el siglo XIX con el desarrollo de la técnica y el establecimiento progresivo, siempre alentado por los gobiernos, de una enseñanza obligatoria, generalizada en la base[3] y especializada en el vértice, con una preponderancia paulatinamente creciente de la investigación científica.

Un desarrollo paralelo tuvo la institución del servicio militar. Presentada en principio por la Convención en 1793, impuesta parcialmente por Napoleón I, conoció su apogeo antes de la primera guerra mundial y su proliferación durante el curso de la misma, cuando las naciones aparecen verdaderamente armadas.

Así los jóvenes, a la edad en que se completa su formación física, mental y moral, son absorbidos por tareas oscuras que requieren poca inteligencia y decisión y que anulan su sentido de iniciativa y su capacidad de reflexión. "¡No hay que tratar de comprender, *nicht räsonnieren!*"

Esta segregación de los varones jóvenes en el ámbito del cuartel impone servidumbre de todo orden, una seudovirilización abusiva: promiscuidad, falta de sueño, costumbres groseras, alcoholismo, nicotinismo, privaciones, fatigas y excesos; exacerba los impulsos vulgares

[3] La enseñanza primaria contribuyó poderosamente a difundir las ideologías nacionalistas en Europa central. En su programa figura en primer término el estudio del idioma nacional cuya expresión literaria fue a menudo paralela a su fijación gramatical. Además toda escuela primaria enseña una historia violentamente estilizada en la que la lucha de la nación contra sus vecinas ocupa un lugar prominente, mientras que las insurrecciones, nacionales o sociales, son presentadas como los medios de que se vale el Progreso. De ello resulta que los adultos conserven estructuras inadecuadas a la situación en que viven, pues una doctrina escolar se forma en dos generaciones y se retrasa otro tanto sobre los acontecimientos. Así las ideas de 1880-1890 son puestas en práctica por Hitler en 1933, sesenta años después de originarse.

de las sociedades puramente masculinas: aparición de caudillos con tendencias sádicas, vicios homosexuales, desprecio e idealización de la mujer, considerada por el soldado ya sea como un ser abyecto (mujerzuela), ya sea como una figura romántica (paisana o madrina), y en ambos casos un objeto sobreestimado. De esta manera, el europeo se descivilizó.

La guerra, al agregar a esta forma de inmoralidad la excusa válida del peligro, la desarrolló todavía más, y la flor auténtica del heroísmo o de la resignación estoica prospera en un suelo cada vez más cenagoso.

Un síntoma inequívoco y particularmente impresionante del retorno de las ideologías primitivas es la aparición súbita y masiva, hacia 1919, de los monumentos a los muertos, centro de un rito especial (minutos de silencio, desfiles, discursos), periódicamente renovado y oficialmente mantenido al margen de las religiones constituidas.

Entre los individuos que recobran, en 1919, una existencia autónoma, algunos tienen tras de sí seis o siete años de uniforme. Este déficit es aún más notable en las profesiones cuya maduración se extiende más allá de la edad militar, por lo tanto, en los dirigentes de empresas. De ello resulta una caída general de la inteligencia política, perceptible aún al nivel de los gobernantes, y en la degradación de todos los regímenes, ya sean tradicionalmente monárquicos, republicanos o dictatoriales.

La declinación de las fuerzas morales es más notable en los pueblos que no han tenido la satisfacción exaltadora de una independencia y de un régimen nuevos, y más aún en aquellos otros, vencidos o mal provistos, que se sienten frustrados. Estos últimos cultivan un complejo de culpa y un delirio de justificación, traducidos por el ansia de expiación y de sacrificio, por la búsqueda, tanto más fácil, de un chivo emisario. Alemania, centro de la guerra, representa el caso típico.

El régimen de Weimar comete el error inicial de haber surgido de la derrota y de haberla reconocido, excelente coartada para las tendencias opositoras; nunca pudo fundarse en la opinión general. La vida pública se caracteriza por una profunda inmoralidad. Desde 1916, los traficantes, explotando la penuria, implantaron el hábito del mercado negro; hay fortunas insolentes y odiosas miserias. Berlín, que fruncía los labios al pronunciar *Pariser Kokotte*, cuenta ahora con bailes de homosexuales. Las revistas de astrología alcanzan tiradas fabulosas. El hombre del día es el Generaldirektor, que gana cien mil marcos anuales. Los bancos dan préstamos e invierten sin ton ni son. Muchos industriales tienen un presupuesto político. El del ejército es enorme. Entre 1918 y 1923, habrá 354 asesinatos políticos. Y el régimen permanece impotente...

El mérito de Hitler consiste en haber reconocido que la Alemania de 1919 había vuelto, por la vía del militarismo, al nivel de la tribu. Rasgo particularmente notable en la vida política: todos los partidos, salvo el Centro Católico, están militarizados; la izquierda comenzó haciendo de sus militantes soldados de guerra civil; la derecha reac-



Milicianos SA en Bayreuth, el 20 de setiembre de 1923: llevan la chaqueta militar

cionó en seguida constituyendo grupos militares con vocación política. Todos los partidos desarrollan un estilo análogo: socios capitalistas más o menos ocultos; procedimientos de propaganda obsesiva —es el momento en que ésta surge— mediante folletos, afiches, diarios, símbolos y slogans; formación de equipos de propaganda uniformizados por un brazalete, una camisa, una gorra, un uniforme; expulsión seguida de paliza de los perturbadores en reuniones públicas; concentraciones, proclamas y desfiles con banderas y fanfarrias. Este aparato supone un escalonamiento jerárquico y una división de tareas calcados en el Estado. Sumas formidables son gastadas de esta manera, con fines de especulación. El Partido Nacional Socialista, mejor que los otros, llegará a crear un tipo de sociedad primitiva. Porque de eso se trata.

Se ha definido a la civilización como "un conjunto de dispositivos concebidos para luchar contra la muerte", definición que comprende tanto al pensamiento religioso como a los extinguidores portátiles para automóviles, la metafísica y la técnica, etc. Birket-Smith especifica (*Historia de la civilización*, pág. 34): "La civilización es una suma de fuerzas espirituales, de saber y de poder humanos, de actividades razonables que se superponen (y a veces se oponen) al juego ciego de los instintos y de las fuerzas". En consecuencia, todo proceso cuyo resultado sea destruir o anestesiar, en una población o un grupo, las "actividades razonables" desencadena o facilita el "juego ciego", que, a su vez, aumenta el poder de la muerte. Tal es el efecto inevitable de todo primitivismo.

Fácilmente accesible a la fatiga mental, el primitivo, continúa Birket-Smith, olvida fácilmente la dignidad; carece de sangre fría; "cuanto más abajo lleguemos en la escala de la civilización, más se manifiestan las sensaciones de placer, en el juego y la risa, y la salvaje inclinación hacia la muerte y la destrucción". Estos textos aclaran el efecto acumulativo de las carencias mentales provocadas por la guerra y del adiestramiento hitlerista, una modalidad entre otras del condicionamiento revolucionario iniciado con la rebelión de Kiel en noviembre de 1918.

Así, la búsqueda deliberada del primitivismo, por parte de Hitler privó finalmente a sus devotos de sus superestructuras mentales más evolucionadas, sin quitarles no obstante los medios técnicos cuyo perfeccionamiento había acompañado el desarrollo de tales superestructuras; y en ello reside el carácter anormal, monstruoso, del hitlerismo: es una barbarie técnica que irá revelándose poco a poco.

Se revelará primeramente mediante la organización interna del partido, que asociará a los medios del Estado moderno los caracteres habituales que observa el etnólogo: sociedades masculinas o fraternidades de hombres.

El nacional socialismo estuvo literalmente obsesionado por la idea de una Liga Masculina *(Männerbund)* y buscó preferentemente en la antigua Esparta, ejemplo lejano y prestigioso, un modelo a seguir. Otro ejemplo a menudo invocado es el de los *Bersekr* escandinavos. Se trata de hombres de veinte a cincuenta años, procedentes de las

clases bajas (fracasados, proscriptos, periodistas, esclavos prófugos) y solteros; sirven, llegado el caso, pero viven el resto del tiempo a costa de los agricultores y ganaderos a quienes se esforzaban por despojar; se presentan de noche, doce en total ,y se excitan con muecas, gritos y ademanes, residuos probables de danzas rituales. Llegado el caso, matan. Pero el verdadero héroe, como Grettir el Proscripto [4], los ahuyenta él solo a los doce y termina por degollarlos.

Se habrá reconocido de paso —además del partido hitleriano— a los licántropos de la Antigüedad griega y a los hombres panteras del Africa negra. Estas especies de sociedades secretas hacen estragos todavía en Melanesia y en Africa Oriental donde establecen, cuando pueden, "un verdadero régimen de terror" [5]. Tienden al terrorismo en todas partes donde se implanta una civilización agrícola colocada bajo la imagen de la Gran Madre. En una sociedad moderna ,pueden ser una protesta seudoviril contra el reino de las mujeres (como en los Estados Unidos el Ku-Klux-Klan) y, de una manera general, contra toda evolución que modifique la repartición de las tareas honorables: así, el regreso de la guerra a la paz en 1918-19.

Otro carácter de las sociedades masculinas es el desarrollo del esoterismo (diferentes órdenes religiosas de todos los credos) y el constituirse en tribunal (Maffia, Mano Negra, Sainte-Vehme, etc.). En la evolución ulterior del hitlerismo, estas dos funciones serán asumidas simultáneamente por Heinrich Himmler y la SS.

Es en el ámbito psicosociológico así esbozado que Adolf Hitler aplicará, de 1919 a 1925, su reflexión continua, penetrante, fuente de su fuerza.

El 13 de noviembre, el soldado de primera clase Hitler Adolf deja el hospital de Pasewalk; el 21, se inscribe en los registros de la 7ª compañía de reserva del 2º regimiento de infantería, en el que permanecerá hasta el 12 de febrero de 1919.

En esa fecha, el ejército ya no tiene más que una existencia administrativa; por todas partes reinan consejos militares, gestores de una derrota, y reclutados lógicamente en las filas de la retaguardia, ya que son los únicos en conocer las condiciones locales. Toda fuerza combativa en campaña rasa ha cesado, y es evidente que el armisticio será definitivo, como lo había previsto el generalísimo aliado Foch. Al desaparecer el vínculo dinástico con el emperador, el Reich pierde su conexión; en cada centro regional se afirman las tendencias autónomas: Ruhr, Sajonia, Berlín, Munich; la abdicación general de las casas principescas deja el campo libre a todas las empresas de los políticos locales, y en primer lugar a las de los hombres de izquierda, cuyo elemento es la innovación.

Inactivo durante algunas semanas, Hitler recupera sus fuerzas. La intoxicación producida por los gases destruyó definitivamente sus pestañas y lo dejó también sin vigor.

[4] Mosse, F.: *La saga de Grettir*, pág. 53 y sig.
[5] Birket-Smith, op. cit., pág. 295, sq.

El regreso al cuartel, convertido en un lugar de discusiones, le produce aturdimiento; el clima húmedo y frío de Baviera no favorece la recuperación de un enfermo del pulmón. En febrero lo trasladan al depósito de Traunstein, en Alta Baviera, donde las condiciones son menos enervantes; allí los soldados conservan aún el sentido de las responsabilidades tradicionales y están agrupados en una milicia fronteriza lista, si llega el caso, para combatir contra los checos o los italianos. Hitler vuelve a aparecer en Munich en una fecha difícil de precisar, probablemente en marzo, después de haber recorrido el camino a pie, con un camarada. Cabe suponer que fue enviado a Munich para seguir el curso de los acontecimientos bajo el anonimato del capote de feldgrau. Munich sirve, en efecto, de teatro pasivo de una agitación frenética: ¡época dichosa en que cada uno podía ser jefe espía o verdugo!

El gobierno está en manos de los socialistas. El presidente del Consejo es primero un israelita mofletudo y de aspecto poco cuidado, Kurt Eisner, alias Salomón Kosmanovsky, antiguo colaborador del diario social demócrata *Vorwarts;* lleva una barba rala, lentes de miope y se puede discernir en él un amor desinteresado por el alma popular bávara; pero no tiene nada de un político. El 21 de febrero, muere asesinado en plena calle por un oficial de la nobleza, el conde Arco-Valley. Uno de sus ministros, el social demócrata Auer, es gravemente herido en una sesión del Landtag por un extremista de izquierda. Hoffmann, sucesor social demócrata de Eisner, es expulsado de Munich por el marinero Eglhofer, que había regresado de Kiel con un grupo de activistas bolcheviques, y el 7 de abril se proclama en Munich la "República de los Consejos".

El ingeniero Gottfried Feder, especialista en hormigón, proponía algunas reformas sociales; lanza un manifiesto en diciembre de 1918 y crea una "Liga de combate" (*Kampfbund);* exige una reforma financiera, la estatización de la propiedad inmueble, la instauración del derecho germánico y la restauración del ghetto. Por su parte, el escritor Dietrich Eckart, morfinómano, crítico teatral, dramaturgo especializado en el género "oro, sangre, adulterio", alegre bebedor y poeta exquisito, lanza una revista antimarxista y crea una "Alianza de los ciudadanos alemanes".

El 5 de noviembre de 1919, Anton Drexler, un obrero mecánico, hombre enjuto y valiente que no tranzaba con el totalitarismo sindical, funda un Partido obrero alemán (D. A. P.), que prevee la promoción del obrero mediante el acceso a la clase media; la nueva agrupación no consigue más de cuarenta afiliados, dirigidos por un comité de seis miembros que preside un periodista burgués, Karl Harrer.

El Hotel de las Cuatro Estaciones, establecimiento de primera categoría, es la sede de una asociación de aristócratas teósofos, partidarios de un confuso nordismo: la Sociedad Thulé. Entre sus miembros figura un teniente de aeronáutica, nacido en Alejandría, exalumno de un liceo francés en Egipto, y notable por sus cejas negras verdaderamente imponentes: Rudolf Hess. La Sociedad Thulé estaba en contacto con Dietrich Eckart, y este último introduce en dicha sociedad



La insignia del partido, diseñada por el propio Führer, adorna su ojal

a un emigrado balto-ruso, de ascendencia extraña, arquitecto diplomado en Moscú llamado, Alfred Rosenberg, que pertenece al círculo del antiguo hetman ucraniano Skoropadski, exiliado en Munich. Esta ciudad es también la sede de una sección regional de la Alianza racista.

En Nurenberg, Julius Streicher, un profesor que tenía algo de maníaco sexual, funda un Partido Socialista Alemán antisemita y anticristiano. En Landshut, el farmacéutico Gregor Strasser constituye una "Liga de ciudadanos con sentimientos alemanes", a la cual tratar de organizar como milicia.

Forma así la transición con las agrupaciones puramente militares, pero decididas a intervenir en la política por la fuerza de las armas, que se constituyen en Augsburgo, en Passau y en la Alta Baviera.

Tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha, esas tendencias militantes no agrupan sino efectivos reducidos: algunos millares de hombres en total.

A fines de abril, el gobierno de Hoffmann, establecido en Bamberg, termina de organizar sus fuerzas militares legales. El desorden y el pánico reinan en Munich. El 26, detienen en el Hotel de las Cuatro Estaciones a unas treinta personas que serán fusiladas el día 30. Otro grupo se presenta en la nunciatura y apunta hacia el cardenal Pacelli. El 27, tres hombres llaman a la puerta del domicilio de Adolf Hitler; éste refirió más tarde que les salió al paso armado de un mosquetón y que los dispersó. El 1º de mayo, el ejército de ejecución al mando de von Oven-von Epp entra a la ciudad de Munich por el noroeste. El ejército rojo se disuelve. El 2 de mayo el orden se restablece en la ciudad conquistada. Hitler vuelve a asomar la cabeza. Una misión de investigación y depuración en el seno del segundo regimiento de infantería constituye su primer trampolín político, y será para él el trampolín de su fulminante ascensión.

En mayo de 1919 es trasladado a la compañía de mando del segundo regimiento de infantería y designado para seguir un curso de "pensamiento cívico" dirigido por dos oficiales de informaciones, el mayor Giehrl y el capitán Mayr. La finalidad del curso es formar, antes que se reintegren a la vida civil, agitadores capaces de promover la restauración del ejército. Los inscriptos escuchan las conferencias e intervienen en las discusiones. Hitler se encuentra así en contacto con hombres que comparten sus sentimientos pero que no están a su mismo nivel dialéctico. Al final del curso lo designan comisario político (*Bildungsoffizier*) del primer regimiento de cazadores bávaros, convertido en el regimiento 41 de la Reichswehr; allí conoce al capitán Ernst Roehm, al oficial de prensa Hermann Esser, al mayor Hofmann, fundador en Passau del grupo de guerrilleros Unterland, creado para la defensa de las fronteras. La idea general que anima a este grupo es armar un nuevo 1813.

En setiembre de 1919, Hitler recibe de sus jefes la misión de obtener informaciones sobre una pequeña agrupación política, la D.A.P. de Drexler, a la cual acababan de adherirse Gottfried Feder y Dietrich Eckart. Hitler había oído a Feder en mayo-junio, y se había sentido atraído por las ideas del economista.

Una noche, Hitler se presenta en el cafetín de la Sterneckergasse, en Munich; esta callejuela angosta y corta comienza en la Talstrasse, lugar de cita de las prostitutas muniquesas, y desemboca en la plaza del Mercado; es un barrio de libertinaje popular y hasta campesino. Alrededor de veinticinco personas se han reunido para escuchar a Feder, y después a un profesor que defiende la causa del autonomismo bávaro. Hitler pide la palabra y fulmina al orador que desaparece *como perro apaleado*. Hitler observó que el público pertenecía a las "clases inferiores"; Hitler encontró el tono adecuado y el intelectual extraviado en ese medio, simbólicamente, huye. En el momento de despedirse, Drexler entrega a Hitler un folleto redactado por él: *Mi despertar político*. Hitler lo lee en su pieza a la mañana siguiente, mientras que las lauchas roen las migajas de pan que les arroja al suelo. Una semana más tarde recibe una tarjeta postal en la que se le comunica que ha sido admitido en la D.A.P. (su tarjeta llevaba el nº 555; era el miembro nº 55, pero la D. A. P. había hecho comenzar la numeración en el 501) y que se lo esperaba el miércoles siguiente en un café piojoso y desierto de la Herrnstrasse.

Se encontraban allí cuatro modestos señores, entre ellos Drexler. En la caja había 7,50 marcos; se había recibido tres cartas en el curso de la semana y se discutía que era lo que había que responder. Hitler se ocupó del asunto.

La ascensión del nuevo dirigente proseguirá a partir de entonces contra toda lógica aparente, pero con una coherencia absoluta: Hitler digamos, ha descubierto un secreto, o un truco. El hombre que se encuentra en la base de la sociedad alemana, mientras ésta tuvo un fundamento rural, fue durante mucho tiempo el BAUER, jefe responsable de una explotación agrícola de estilo patriarcal. En la sociedad industrial que suplantó a la antigua, este tipo fue reemplazado por el del UNTERNEHMER urbano jefe responsable de una empresa industrial o comercial de estilo paternalista; esta empresa, animada por su su jefe, procede de un espíritu de expansión y de competencia, tiende al monopolio regional, luego nacional, más adelante supranacional, según la regla habitual del capitalismo pasional; la clientela se evalúa, se atra, se seduce, se subyuga, y el competidor que se presenta, se lo estudia, se lo espía, se lo combate, se lo asocia, se lo absorbe, se lo elimina. Simplemente, cuando Ford crea un automóvil y lo vende, Hitler crea una receta política y la explota. Ford vivió poco; también Hitler.

Ingresa en la D. A. P., la núclea y la anexa; se asocia a los movimientos nacionalistas, los asume; más tarde, eliminará a los demás partidos políticos, las disidencias nacional socialistas, someterá al ejército, a la industria y a los estados vecinos, exterminará en lo posible a gitanos, judíos, prisioneros rusos y revolucionarios europeos. En 1942, la empresa de Hitler llegará hasta Hendaya, El Alamein, Stalingrado y el Cabo Norte, y sucumbirá en su vano empeño de dominar a dos entidades de formato mundial y de consistencia diferente: el capitalismo y el comunismo. El artesano arribista se estrella contra las colectividades difusas, el autócrata mortal se estrella contra las

organizaciones durables, el aventurero solitario del siglo XIX se estrella contra las masas estructuradas del siglo XX.

En 1919, Hitler se interna inmediatamente en el camino que se le abre.

Impondrá una reunión cada quince días, luego todas las semanas, difundirá sus anuncios por la prensa, organizará colectas entre los espectadores. El número de asistentes se elevará de once a treinta y cuatro, y luego a ciento once: el 16 de octubre, en una sala de la cervecería Hofbräu; la suma obtenida en la colecta llegará a trescientos marcos.

El 5 de enero de 1920, por su éxito creciente, Hitler es designado jefe de propaganda. Improvisa un programa de ciento veinticinco puntos mezclando las tesis pangermánicas tradicionales y las de Feder y Rosenberg; el conjunto es lo suficientemente vago como para interesar a cualquiera. Da estado público a este programa el 24 de febrero de 1920 en la Hofbräu, al finalizar un acto público al cual asisten dos mil personas.

La constelación de la D. A. P. queda entonces constituida: Hitler, Eckart, oficiales de los ejércitos de guerrilleros como Roehm y Hofmann, hombres de acción, altos funcionarios entre bastidores, como Poehner, jefe de policía, y su adjunto Frick, un grupo de emigrados baltos (Rosenberg, Scheubner-Richter). Pronto aparecen mecenas privados cuyas subvenciones se añaden a las del ejército y la policía. Hitler se convirtió en un hombre interesante.

El 1º de abril de 1920 deja las filas del ejército y reside primeramente en un asilo de la Lothstrasse. Se viste de cualquier manera, y sus modales a la vez populacheros y militares dejan mucho que desear; a veces está sin un pfennig, pero esto contribuye a su reputación de persona desinteresada. Cuenta ahora con un grupo de amigos íntimos: Dietrich Eckart, que lo pasea por los cafés y las boites; periodistas; guardaespaldas (Maurice, Brückner, Schaub, Graff, Weber, etc.), admiradores como Rudolff Hess. Lo reciben en su casa el fabricante de pianos Bechstein, el editor Brickmann, el editor de libros de arte Hanfstaengl, y ejerce una viva atracción platónica en sus maduras esposas. Para algunos es un profeta, para otros el artista de la revolución nacional.

Por otra parte, se dedica furiosamente a instruirse. En el pequeño departamento de dos piezas que termina por alquilar en la Thierschstrasse, tiene en su escritorio cinco armarios llenos de libros. Cuando en marzo de 1920 estalla en Berlín el putsch de Kapp, acude en avión decapotado con Eckart y piloteado por el as de guerra von Grein; lleva un conjunto de falsos documentos proporcionados por la policía que le permiten también hacerse pasar por socialista. En Berlín, en el hotel Adlon, Hitler espera que lo reciba Kapp cuyo plan no ha tenido un buen comienzo; mientras está esperando junto con Eckart ven pasar al agregado de prensa de Kapp, el judío apátrida Trebitsch-Lincoln: Vámonos, dice Eckart, no tenemos ya nada que hacer aquí. El 7 y el 8 de agosto de 1920, en Salzburgo, cuatro partidos se han reunido en un congreso: los socialistas alemanes de Streicher, los

nacional socialistas alemanes de Bohemia y de Austria y finalmente la D. A. P. de Drexler-Hitler. La D. A. P. se convierte en el N. S. D. A. P. (Partido obrero alemán nacional socialista) y establece contactos con Streicher que llegarán a la fusión en 1921.

Así, el nacional socialismo, que más tarde será un hitlerismo, acusa rasgos característicos. Sus afiliados provienen de las zonas limítrofes (Baviera), o de grupos étnicos más o menos irredentos (Austria, Sudetes), o de alemanes nacidos en el extranjero (Hess, Rosenberg). Opuesto algermanismo francfurtista, humanista, de un Goethe, este es un humanismo de fronteras, apasionado y reivindicativo: una interpretación bávara del prusianismo, amputada del rigor protestante, de la disciplina de Federico el Grande, rebajada al nivel moral y mental de los marginados de los cuales Hitler es el prototipo, y finalmente al nivel de la irresponsabilidad política.

El 19 de diciembre, el Partido adquiere el diario *Münchener Beobachter*, gracias a los cuarenta mil marcos proporcionados por un cerealista. Tiene sucursales en Inglostadt, Landshut, Rosenheim, tentáculos en Suabia y Franconia. El retiro en Munich del general Ludendorff y el repliegue de numerosos oficiales de las fuerzas guerrilleras crean en Baviera una situación favorable a la afiliación.

El 3 de febrero de 1921, Hitler se lanza a una maniobra audaz. Para protestar contra las reparaciones impuestas a Alemania (doscientos veintiséis mil millones de marcos oro), improvisa una reunión en el Circo Krone de Munich, cuya sala tiene capacidad para 6.500 personas; llena la sala y obtiene un éxito prodigioso como orador.

En julio, hace un viaje a Berlín a fin de obtener informaciones y entra en contacto con agrupaciones racista tradicionales, regresando a tiempo a Munich para recuperar la dirección del Partido. Drexler es el presidente honorario, y Hitler el presidente ejecutivo. Comienza a reunir un estado mayor personal, guardaespaldas y milicias: la *Sturm-Abteilung* (Sección de asalto), a la vez servicio de orden y ejército de guerra civil. El 4 de noviembre de 1921, en la Hofbräu, en una lucha cuerpo a cuerpo de media hora, la centuria SA de Rudolf Hess, de sesenta a ochenta hombres en total, logró expulsar a ochocientos contradictores marxistas. Habiendo demostrado su fuerza, el Partido puede emprender maniobras políticas de mayor envergadura y hacer suya la consigna lanzada por Eckart a los pangermanistas: "¡Alemania, despiértate!".

Así comienza en la vida de Adolf Hitler una etapa capital, apasionante y confusa.

Es entre 1919 y 1922 que la personalidad de Adolf Hitler termina de afirmarse. Importa entonces definirla.

Tiene treinta años, mide 1,75 de estatura; su corpulencia es mediana, su peso oscila entre los 75 y los 80 kilos. Por el momento, se peina hacia atrás, cuidadosamente, con una raya un poco hacia la derecha; el célebre mechón "a la Hitler" no aparecerá hasta 1925. Lo ha copiado, a instigación de su peluquero, de los músicos de la época romántica y del director de orquesta Nikish.



El orador visionario repite...
...delante de su fotógrafo



Fotos de estudio y de trabajo...
...cuya publicación fue prohibida

Si se examina su biografía, no se encuentran mujeres a partir de su madre y de la ideal Estefanía de Linz.

Ahora bien, como notaba Gregor Strasser, lo envolvía una atmósfera sexual malsana. El farmacéutico Landshut, personalidad más equilibrada, dijo un día a Hitler que correspondía a un dictador alemán enseñar a su pueblo la cocina y el amor refinados. Como Hitler no supo qué decir, Strasser continuó en tono de burla:

—Pero como los alemanes no creen en nada que esté garantizado por un diploma, habrá que instituir el diploma correspondiente.

Hitler palideció, se puso rojo de ira, pareció que preparaba una réplica torrencial, luego se contentó con decir entre dientes:

—¡Cínico! ¡Sibarita!

La personalidad sexual de Adolf no es pues normal. Esta comprobación evidente suscitó infinitas suposiciones; se le han atribuido todas las perversiones sexuales: masoquismo (Otto Strasser, Konrad Heiden), homosexualidad (numerosos escritores), sadismo (la opinión pública mundial). Se ha pensado en la posibilidad de una mutilación parcial originada por la herida de 1916 (rumor popular en Alemania).

En cuanto a la personalidad fisiológica de Hitler, su síntoma más sorprendente es su famoso estado de trance oratorio, con torrentes de palabras y ademanes que trasuntan una excepcional *aura* dramática, irresistiblemente contagiosa. Desde los tiempos de la Brigittenau (1910), Hitler es un poseído de la palabra; continuó en el frente, más tarde en el Partido obrero alemán, luego en actos públicos; llegó a hablar un término medio de dos horas por día en público, con un gran desgaste físico, pues termina bañado en sudor después de haber perdido varias libras de peso. Seguirá hasta el fin desahogándose ante auditorios compuestos por víctimas complacientes, fieles de su estado mayor personal o dactilógrafas subyugadas. Observación importante, sin embargo: el orador frenético se aplaca poco a poco entre 1932 y 1934, y sólo queda, por un lado, un orador corriente que desde entonces relee su texto o bien lo improvisa, y por otro lado, un maniático del monólogo interior en voz alta. Ahora bien, precisamente entre 1932 y 1934 entra Eva Braun en su vida. Cabe pues establecer una relación entre la elocuencia del tribuno y su vida en lo que tiene de más privado.

Queda por explicar la capacidad de trance oratorio. Nuestra hipótesis, ya indicada pasajeramente, es el mal de Basedow. Según la Enciclopedia Francesa (Tomo VI, págs. 627-8) resulta de una hiperfunción tiroidea. La crisis se produce a veces en pocas horas, por una perturbación del sistema nervioso; el rostro se pone pálido, trágico, los ojos brillantes; se produce una aceleración del metabolismo basal, acompañada de temblores; se observan espasmos, contracciones, parálisis pasajeras, vahídos, sudores. El carácter se vuelve irritable, y la muerte eventual ocurre por caquexia o accidentes cardíacos.

Ahora bien, los ojos brillantes fueron señalados desde el período escolar; los sudores y la pérdida de peso fueron observados en cada uno de los grandes discursos; una palidez sobrenatural es habitual

en Hitler durante las grandes ocasiones. Los dolores y los espasmos abdominales se producen después de 1938. La caquexia aparecerá tardíamente en el bunker de la Cancillería, junto con el temblor de las manos, que será también atribuido al mal de Parkinson.

La autopsia hubiera podido ser reveladora; pero los rusos sólo encuentran en mayo de 1945 un cadáver carbonizado, y no han dado conocer el resultado de sus observaciones.

En definitiva, y sin querer ser terminante en un terreno de la medicina en que se confunden sin razón aparente síntomas glandulares y nerviosos, con sus repercusiones psicológicas, se puede mantener provisoriamente la hipótesis del mal de Basedow.

Ésta se apoya, por lo menos, en el comportamiento de Hitler y en los documentos fotográficos. Uno de los síntomas del mal de Basedow es un pequeño bocio, blando, tembloroso, que aumenta de volumen durante las crisis agudas. Ahora bien, por consenso general, Hitler siempre se las arregló solo en lo que respecta a su higiene personal. Cuando se cambia de ropa, lo que es frecuente, pues cultiva minuciosamente la limpieza corporal, lo hace sin testigos. Siempre aparece con rigurosa corbata; aun cuando posa para una foto en traje regional bávaro, con el pantalón corto de cuero y tiradores de cuero bordado, lleva un cuello cerrado, bastante alto, y corbata; en algunos documentos, el nudo de la corbata parece estar levantado por una protuberancia corporal oculta por la camisa. La existencia de un bocio explicaría a la vez el aspecto encorvado y la actitud reservada frente a las mujeres, el resultado decepcionante de sus galanteos con Erna Hanfstängl y Henni Hoffmann; no podía quitarse la corbata sino delante de una mujer particularmente discreta. Solamente Eva mantendrá una discreción total, que la llevará hasta el suicidio.

En suma: la aparición del mal de Basedow en la pubertad condujo por vías anormales la vida sexual de Adolf Hitler, heredero probable de la robusta sensualidad paterna; su temperamento le inspiraba alternativamente la actitud de un cretino apático o la de un energúmeno. ¿Qué sucedáneo descubrió Hitler? Será precisamente el trance oratorio.

Se ha descrito a menudo el discurso hitleriano. Lo precede una fase de preparación racional; el orador se ha informado previamente del público al cual va a dirigirse; aprecia su mentalidad, sus deseos, y a ello se adapta.

Ensaya su discurso mediante ejercicios de improvisación ante súbditos idóneos: groseros milicianos o secretarias extasiadas.

Si habla a los industriales, exalta el rol de las élites; si habla a las "clases medias", se adhiere a su reivindicación; al hombre masa predica la misión de las masas; si se dirige a un auditorio compuesto como en 1937, en Nurenberg, exclama: *¡Os he dado al Hombre!* Pero esta receta es común a todos los oradores que buscan el éxito a toda costa.

Hitler habla a auditorios masivos, a muchedumbres cuya densidad numérica las hace incapaces de responsabilidad, sensibilizadas de antemano por el renombre de aquel a quien han venido a escuchar. Porque es indispensable que sean sensibles; a Hitler no le gustaba Colonia, debido a la sorna particular de sus habitantes, ni Hamburgo, donde se cultiva por tradición un humorismo frío. Hitler no habla durante el día, sino durante la noche, ante auditorios disminuidos por la fatiga del trabajo, por el sueño o la cerveza. Si habla durante el día es ante grupos previamente fatigados por un viaje, un acantonamiento incómodo, una larga espera de pie, al aire libre, o una marcha con paso regular. En todo aquello no hay aún nada específico.

Ordena la ambientación: banderas, antorchas, músicas de cobres, reflectores; un sabio claroscuro envuelve a su persona y a las primeras filas, mientras que una luz cruda se proyecta sobre la tribuna y los emblemas que están a sus pies. Más tarde, el altoparlante permitirá efectos de volumen. Suele buscar la mirada de alguien que forma parte del auditorio, y cruza un instante su mirada con la suya, viejo procedimiento de todos los caudillos, que le resulta, por otra parte, cansador.

En resumen, se las arregla para ser el más fuerte dentro de una agrupación a la cual ha rebajado, mediante un condicionamiento insidioso, a un nivel mental que le permita sentirse cómodo.

Aparece; llega generalmente tarde y avanza con paso apresurado hacia la tribuna. Helo aquí de pie frente al pupitre, apoya las dos manos, se concentra un instante como atleta antes de dar el salto, y luego emprende lentamente su exordio. El tono se eleva en seguida poco a poco, la acción oratoria comienza; apoya la mano izquierda en el pupitre, se inclina hacia adelante, señala en línea recta con su dedo índice, aprieta los puños, retrocede un paso, golpea con el pie, patalea, ruega, increpa, maldice. Cuando quiere tomar aliento, indica una pausa: la claque siempre presente prorrumpe en aplausos y provoca una aclamación que le da nuevo impulso. Poco importa lo que dice: cuando lo dice, es sincero; una vez que ha concluido, todos olvidan el contenido de sus palabras, pero retienen ese furor y esa sinceridad sádicas.

Ahora bien, si se prepara como un histrión, perora en cambio como un apóstol; su gesticulación y su técnica respiratoria movilizan lentamente su cuerpo y su espíritu y lo conducen, por una leve disnea, a un estado de trance. Entonces palidece, suda, sus ojos lanzan chispas; gracias a un largo entrenamiento llegó a desencadenar una crisis basedowiana cuando era necesario. Emplea de esta técnica una variante para uso privado: la amonestación individual en que se exalta igualmente debido a una contradicción. Cuando la crisis histérica no ocurre, está lo bastante habituado como para simularla.

Al mismo orden de procedimientos responden las lágrimas que derrama en las grandes ocasiones. "Bastará con hacer llorar a Adolf", decía Goering en los momentos de crisis.

Los comienzos de esta facultad oratoria datan de mayo-junio de 1919, cuando llega la tardía primavera de Baviera. Hitler señala en *Mein Kampf*: *¿No era acaso la primera vez que se me presentaba la ocasión de hablar ante un auditorio importante? Y lo que yo habla*

admitido anteriormente sin saberlo, sólo por pura intuición, se revelaba exacto: sabía HABLAR. Esta exclamación demuestra que el hecho de hablar en público era en él una necesidad; durante mucho tiempo, con un empecinamiento inigualable, como un intoxicado en busca de su droga, se las ingenia para crear, multiplicar, renovar las ocasiones de hablar ante una multitud. Hitler se realiza cuando habla. *Comencé en un estado de júbilo y amor* [6].

Esta necesidad de satisfacer las exigencias del temperamento oratorio encubre probablemente otra. La gesticulación que desemboca en lo sexual es frecuente en las sociedades masculinas en las que tiene por resultado exhibiciones y excesos. En el caso de Hitler, hombre sin mujeres y sin hombres, pero sin castidad, existe probablemente, por lo menos en ciertas ocasiones, una asociación entre el trance oratorio y la autosatisfacción erótica. Después queda exhausto: *post coitum omne animal triste.* Es sabido que se cambiaba de ropa entre dos discursos, con el pretexto, por otra parte real, de que sudaba de los pies. Se puede llegar a la misma conclusión que Strasser: era malsano.

Así se revela la paradoja fundamental del destino hitleriano: ¿cómo fue posible fundar un Estado moderno sobre el autoerotismo histérico de un individuo? Hitler lo consiguió contra toda lógica aparente mediante la colaboración póstuma de un sociólogo.

El 14 de junio de 1920 murió en Munich Max Weber, uno de los más grandes sociólogos alemanes. Profesor en Munich desde 1910, había publicado una obra de circunstancia: *La política como profesión.* El título respondía a los interrogantes que se planteaba Adolf en la época de su publicación. Nada prueba que haya leído este ensayo, pero todo lo sugiere.

En 1922 se publicó en Tübingen la gran obra póstuma de Max Weber: *Economía y sociedad.* En esa época, Hitler lee enormemente, y el testamento del difunto maestro se halla expuesto en todas las librerías académicas. Veinticuatro años de historia demostrarán que Hitler debe haber leído esta obra: se encuentra en ella un repertorio de recetas que se esforzará de aplicar hasta en sus detalles y hasta el final de su vida. Es la única fuente que lo haya inspirado sustancialmente a Hitler. Nunca la mencionó.

Weber, en este voluminoso *in-quarto,* desarrolla la teoría de la soberanía. Existen tres tipos de soberanía: la soberanía legal, cuyo ejemplo es la democracia parlamentaria; la soberanía tradicional, cuyo ejemplo es la monarquía del Antiguo Régimen; y, finalmente, la soberanía a la cual denomina, con un término un poco desconcertante, "carismática" [7]. En el primer tipo, una burocracia subdividida y jerárquica ejerce el poder mediante la aplicación de un reglamento. En el segundo, el poder pertenece a los vasallos, ligados al soberano

[6] *Mein Kampf,* pág. 235.

[7] Weber toma el término del lenguaje técnico de la teología pero le da un sentido nuevo, rigurosamente profano. El sociólogo alemán declara, por otra parte, haber elegido esa palabra para evitar el adjetivo "mágico", demasiado trillado.



La orgía destructora: quema de libros nazis en mayo de 1933

por un contrato de compromiso recíproco. En el tercero, que interesa a Hitler, el Jefe no tiene más que secuaces, ligados a él por una adhesión enteramente personal, y a los cuales no debe nada.

El Jefe carismático *(Führer)* debe probar primero su valor con hazañas excepcionales de carácter inexplicable *(Wunder)*: el milagro afirma su posición y merece así un homenaje incondicional, indisoluble. Agrupa a su alrededor una comunidad de base puramente emocional que desarrolla sus formas de vida social al margen de las actividades cotidianas, en la Fiesta. De ello resulta que el poder carismático reside inicialmente al margen de las preocupaciones económicas. Se constituye el domingo, o de noche, después de cenar.

El carisma del Führer se ejerce en primer término en el seno del partido. Según Max Weber, un partido es una organización cuya finalidad reside en asegurar el poder interno de sus jefes y en asegurar a la totalidad de sus miembros una porción del poder en el seno del Estado. La estructura del partido de base carismática se compone de tres zonas: en la superior se encuentra el Jefe con su estado mayor personal; en la intermedia, los miembros cuya función primordial es reunirse para aclamarlo; en la inferior, la masa de los partidarios. Al margen, y más o menos oculto, el grupo de los mecenas. En el seno del Partido, la discusión hace hincapié en el carisma del Jefe, al cual los heréticos oponen una idea o un programa.

Los "miembros" integran un cuerpo de guerreros, sometidos a una jurisdicción particular, con derecho al rancho, a participar de las deliberaciones del Jefe, que les confía personalmente la gestión de los grandes asuntos; tienen derecho a llevar armas, a frecuentar la "casa de los hombres", carecen de familia (o bien, no cuenta), se asocian a clubes secretos.

El Jefe tiende a convertirse en un profeta, un educador que predica una ética social, un sacerdote que administra sacramentos que procuran a sus miembros la salvación. Elabora y promulga textos sagrados, establece las bases de una ciencia secreta.

Se habrá reconocido anticipadamente —puesto que el texto fue redactado antes de junio de 1920— al Führer Adolf Hitler, a los "paladines" (Hess, Goering, Ly, Goebbels, Ribbentrop, etc.), a las milicias (SA y SS), a la obra de "reeducación nacional socialista" aplicada al pueblo alemán al cual le será restituido su "honor", las grandes ceremonias del ritual hitleriano, el nuevo Corán, *Mein Kampf*, las investigaciones tendientes a crear un hombre nuevo, objeto de los oficios SS patrocinados por Himmler, los opositores (Roehm, Stennes, Strasser).

La doctrina carismática se aplicará tanto más fácilmente puesto que el pueblo es, según Weber, un grupo basado en emociones comunes, y la raza, también según Weber, deriva de la conciencia de una diferencia, impresión global de carácter pasional. El signo y el medio del poder carismático es el éxtasis del Jefe (en el caso de Hitler: trance oratorio y cólera), que, transmitido al grupo, se traduce en orgía (en este caso: putsch, fiestas, pogroms, guerra, asesinatos, prohibiciones irrevocables, crepúsculo de los dioses). En suma, Hitler



Sumamente korrect, el general von Seeckt con monóculo (a la derecha), en ocasión de las maniobras, felicita al Führer, recientemente nombrado canciller, embolsado en un impermeable informe

no tiene más que dos actitudes ante los hombres: los subyuga o los mata.

Las coincidencias entre la práctica hitleriana y la teoría de Weber son bastante numerosas, los índices de probabilidad bastante convergentes para acreditar la hipótesis de una aplicación sistemática. Hitler, primero jefe de partido, luego jefe de Estado, sigue como buen autodidacto un manual clave que ha determinado hasta los pormenores de su acción. La probabilidad psicológica de la imitación está garantizada por los innumerables plagios de *Mein Kampf* y más tarde por la aplicación de las ideas político estratégicas profesadas por Ludendorff en 1936.

Probablemente por influencia de Dietrich Eckart, Hitler adopta en 1922 algunas tesis weberianas —unas pocas páginas entre miles— y su vida toma por fin una orientación. Recurre además a otras fuentes, pero ninguna iguala ni se aproxima por su valor al testamento científico del difunto maestro.

Primero el brillante ensayo de Kurt Hesse, un joven oficial de la Reichswehr: *El estratega psicológico*, retrato anticipado del jefe de Estado, jefe de guerra, surgido de las profundidades del pueblo por una especie de predestinación, virtuoso de la propaganda.

Más adelante Hitler adopta las tesis frenéticas de un antropólogo muniqués, el profesor Günther, cuya obra titulada *Raciología del pueblo alemán* [8] alcanzará en 1938 una tirada de ciento diez mil ejemplares.

Según Günther, el pueblo alemán procede de la mezcla de seis razas o grupos antropológicos: 1) *nórdico*, alto, rubio, longilíneo, dolicocéfalo, con nariz larga y recta; 2) *fálico*, muy alto, pesado, dolicocéfalo y rubio; 3) *óstico (homo alpinus)*, bajo, moreno, rechoncho, braquicéfalo, con nariz corta y ancha; 4) *mediterráneo*, bajo, moreno, esbelto, dolicocéfalo; 5) *ostbáltico*, rubio, braquicéfalo, extremadamente robusto, pómulos marcados y ojos claros ligeramente oblicuos; 6) *dinárico*, alto, moreno, braquicéfalo, nariz aguileña. El autor engloba bajo el mismo vocablo de alto ario rubio los grupos nórdico y fálico, gracias a lo cual no le resulta difícil encontrar en Alemania más del cincuenta por ciento de "sangre nórdica".

Examina después las cualidades mentales de las diversas razas, y cae deliberadamente en lo novelesco. El criterio es simple: atribuye todas las cualidades, y sobre todo las cualidades morales y sociales (perseverancia, lealtad, solidaridad) a dos subrazas nórdicas; califica esencialmente a las otras mediante insultos; distribuye generosamente defectos y taras combinados con un lote reducido de cualidades notoriamente serviles. El que sale mejor parado es el tipo dinárico: dotado para las bellas artes (aunque no es creador), orgulloso, pero elocuente, brutal, astuto, hábil para utilizar en su provecho las debilidades individuales. Si se tiene en cuenta que Günther descubre la mayor proporción de dináricos en el sudeste alemán (Baviera, Austria, los Sudetes), una impresión latente se precisa: el retrato del dinárico es el de Adolf Hitler. Los tipos sociales dináricos son —siempre según Günther— el jefe de banda, el partidario, el guía alpino, el contrabandista; los tipos literarios: Mefistófeles y el "siniestro Hagen", el traidor de los Nibelungos. Es fácil imaginar que la raza del Führer haya sido un tema tabú durante el Tercer Reich.

[8] Munich, 1922.

La conclusión práctica de Günther es que hay que "renortificar" a Alemania por selección y represión, a fin de establecer en ella una supremacía nórdica que responda al voto manifiesto de la Providencia. "La "renortificación" llegará a ser más tarde una de las manías de la organización de los SS creados por Himmler.

Hitler se apodera y divulga también —gracias a Rudolf Hess, que las toma de su maestro el profesor Haushofer, un geopolítico muniqués— dos nociones dinámicas: la de espacio vital, elaborada por el geógrafo alemán Ratzel, y la del *Heartland* del escocés Mackinder (1919). Según este último, las tierras surgidas del globo forman una especie de isla inmensa *(World-island)* cuyo centro está en la Rusia europea; quien domine esta región está destinado a la hegemonía mundial. Ambas nociones, espacio vital y Heartland, pertenecen, así como la de raza, a la esfera de las síntesis prematuras que jalonan el período heroico de las ciencias nuevas; ambas condicionarán *Mein Kampf* y, por tal razón, las grandes empresas guerreras del Führer.

Con Weber, Hesse, Günther, Ratzel y Mackinder, abarcamos las ideas sociopolíticas que animan la imagen del mundo *(Weltbild)* y la ideología *(Weltanschauung)* hitlerista. Hitler no citará jamás sus fuentes: del jefe carismático todo desciende, en efecto, así como todo asciende; envolverá las fuentes con un pathos personal. Sobre todo, nunca parece haberse preguntado acerca de la oportunidad de su empresa "histórica", porque él, todo entero, no es sino pasión shakespereana.

Poco le importará haber pasado un mes en prisión, en julio de 1922, por haber golpeado en el transcurso de una reunión contradictoria a un adversario político, el ingeniero Ballerstedt. Tener un prontuario policial es propio de un miliciano. Pero en lo sucesivo evitará ese delito banal, incompatible con la calidad de Jefe.

Una personalidad y una crisis dominan los acontecimientos de Alemania a lo largo de 1923, con el resultado de que Adolf Hitler aparece en el primer plano de la escena política.

La personalidad es el general von Seeckt (1866-1936). Tipo acabado de oficial prusiano con partícula nobiliaria y monóculo, brillante conversador, refinado gastrónomo, dotado de una vasta y profunda cultura, el general posee a fondo el arte de la estrategia. Él fue quien abrió en el frente oriental, en 1915, la famosa brecha de Gorlicia, logrando la retirada del ejército ruso en Polonia, y la acción tuvo lugar en el sector de Hindenburg y en las narices de Ludendorff, general perteneciente a un linaje en su mayor parte plebeyo y quien nunca se lo perdonó. Después de 1920, Hans von Seeckt, en calidad de Jefe del Oficio de tropas, hace todo lo posible por defender a la república, cuya supervivencia le parece el único medio de mantener la perennidad del ejército, a la espera de algo mejor. Von Seeckt es



La movilización política se asemeja a la guerra: cascos, fusiles, brazaletes, centinelas armados

secreto, lacónico, se rodea de silencio, concilia sus modales perfectos con un maquiavelismo perfecto.

La crisis es la ocupación por los ejército francés y belga de la cuenca industrial del Ruhr (11 de noviembre de 1923) con sus consecuencias: el gobierno alemán ordena la "resistencia pasiva", para las industrias renowestfalianas y desencadena una vertiginosa inflación; de un día para el otro, los precios suben al doble; la clase media se hundirá por el término de una generación, la desesperación reina, los revolucionarios están al acecho, tanto Hitler como los otros. Pero, como ellos y como el gobierno, será manejado por von Seeckt.

Ya el 1º de mayo de 1923, el putsch no ha ocurrido en Munich por un hilo. Mientras que las milicias de izquierda se concentraban en el ferial de la Theresienwiese, al oeste de Munich, seis mil SA estaban movilizados al este en el campo de maniobras —actualmente aeródromo— de Oberwiesenfeld; allí recibieron armas y, rodeados por las unidades de la Reichswehr, esperaron todo el día la orden de avanzar contra el motín rojo; pero éste no ocurrió y hubo que devolver las armas. Ese día blanco marcó al menos prácticamente la eliminación de las izquierdas bávaras. Quedan las derechas, divididas en dos bloques: el frente "azul y blanco", partidario de una estructura federalista respetuosa del particularismo tradicional de Baviera; tiene por jefe nominal al príncipe heredero y pretendiente Rupprecht, que reside en el castillo de Nymphenburg, y como jefe real a von Kahr, del partido populista bávaro, apoyado por las antiguas milicias locales de habitantes creadas por Escherich. El frente "negro-blanco-rojo" tiene un carácter activista más acentuado; sus líderes son Ludendorff, desterrado de Munich, pero que vive muy cerca de esa ciudad, y Hitler. Agrupa a los continuadores de las antiguas milicias, formaciones de voluntarios que se batieron en Curlandia en 1919-1920 contra letones y bolcheviques, más tarde en Silecia contra los polacos: *Oberland* (Dr. Weber), Pabellón de guerra del Reich (capitán Roehm), legión Viking, Grupo Blücher, etc.: un millar de nombres organizados militarmente. El grueso de los efectivos lo constituye el regimiento SA de Munich (teniente Brükner) y el Grupo de choque de Adolf Hitler (teniente Berchtold). Von Seeckt, que pasó por Munich el 11 de marzo, quedó impresionado por Hitler, en quien presiente al detentor de una fuerza nueva.

La situación se vuelve tensa a principios de setiembre, cuando ya es evidente que Berlín renunciará al suicidio lento de la resistencia pasiva. El 1º y 2 de setiembre, en Nurenberg, setenta mil antiguos combatientes, llegados para conmemorar la victoria de 1870 en Sedán, se unen por iniciativa de Roehm en una Liga de combate *(Kampfbund)* presidida por Ludendorff. Hitler desencadena entonces una campaña de concentraciones y maniobras paramilitares.

El 24, Berlín abandona la resistencia pasiva: la gran explicación se anuncia. El 25 se designa a Hitler jefe político del *Kampfbund*; tendrá en calidad de adjunto a un antiguo actor germano-balto, Scheubner-Richter; el jefe militar de la liga es el teniente coronel Kriebel,

el mismo que, al despedirse, en 1919, de los oficiales aliados, después de la firma del tratado de Versalles, les dijo:

—Hasta pronto, señores. ¡Nos volveremos a encontrar dentro de veinte años!

El 26, von Kahr se proclama Comisario del Reich en Baviera. Berlín responde decretando estado de emergencia: se confía el poder ejecutivo al ejército, es decir, en realidad, al general von Seeckt, a quien tocará salvar la república. En Munich, representa al ejército el general von Lossow, comandante de la séptima región militar, pedagogo distinguido y prusiano de raza. Por orden de von Seeckt, este último zigzaguea: se niega a incautarse del diario hitlerista *Voelkischer Beobachter* y es destituido; von Kahr lo nombra jefe de la "Reichswehr bávara" (!), ya que requiere un ejército; es un caso de alta traición, pero von Seeckt cede y von Lossow, duramente reprendido, no habla más de renunciar.

En Munich, los populistas bávaros y el ejército equilibran el ascenso hitlerista; se puede esperar; por otra parte, von Seeckt tiene mucho entre manos. Del 16 de setiembre al 29 de octubre, aplasta, con un desgaste mínimo, tres rebeliones, una de derecha y dos de izquierda: en Küstrin, la del mayor Buchrucker, jefe de la "Reichswehr negra" surgida de las milicias (16-25 de setiembre); en Hamburgo, una insurrección general de comunistas, organizada por la delegación comercial soviética (22-24 de octubre); en Sajonia, disturbios socialistas. Asegurada así su posición, el general examina el asunto muniqués.

Aquí se trata de alcanzar tres objetivos: eliminar el autonomismo bávaro, suprimir las ligas facciosas que perpetúan a las milicias, parar al partido nacional socialista. Para alcanzarlos, un solo medio: provocar un choque entre Hitler y los autonomistas. Hitler se encargará de ello: es dinámico, es el mejor estratega revolucionario disponible; se lo tiene agarrado por su pasado, fichado por el servicio de informaciones de la Reichswehr, y por sus finanzas.

Por otra parte, ya es hora de actuar. El magnate renowestfaliano Fritz Thyssen estuvo en Munich del 23 al 25 de octubre y abrió un crédito a Ludendorff por cien millones de marcos oro; igualmente, el industrial carbonero Hugo Stinnes envió a Baviera a su director general Minoux (a quien Ludendorff expulsó por carencia de antisemitismo). ¿Pero quién oponer a Hitler en el choque espectacular y limitado que habrá de producirse? La policía bávara, pues, bajo el control discreto de la Reichswehr: así no se habrá visto al ejército disparar sobre los nacionalistas.

La policía es el coronel von Seysser, el prefecto de policía Poehner, el doctor Frick; ahora bien, el primero recomienda a sus hombres adherirse personalmente a los SA, mientras que los otros dos son protectores probados de Hitler. Habrá, pues, mediante medidas adecuadas, que obligar a la policía a actuar y, llegado el caso, a derramar sangre.

El 4 de noviembre, von Seeckt lanza al ejército una orden del día impregnada de frialdad prusiana, de una concisión lapidaria, admirable por su duplicidad. Resume las acciones que la Reichswehr acaba de ejecutar en salvaguardia del Estado, anuncia seriamente que los nacionalsocialistas bávaros se disponen a marchar sobre Berlín. (Plan ilusorio: con diez mil milicianos, ¿cómo Hitler hubiera podido controlar una línea de operaciones de setecientos cincuenta kilómetros? Von Seeckt lo sabía muy bien.)

"Mientras esté en mi puesto, no cesaré de repetir que la salvación no puede venir ni de un extremo ni de otro, ni con la ayuda extranjera, ni con una revolución interior —ya sea de izquierda o de derecha— y que solamente un trabajo duro, modesto y perseverante nos permitirá sobrevivir. Este trabajo sólo puede llevarse a cabo sobre la base de leyes y de la constitución."

Al coronel von Seysser, que había llegado urgentemente de Berlín para consultarlo —y adoptar discretamente sus consignas— declara que actuará él solo, como y cuando sea necesario (6 de noviembre).

Al día siguiente, von Kahr convoca a los jefes del *Kampfbund* y los intima a suspender su agitación. Von Seysser está presente; también lo está von Lossow, quien se declara dispuesto a hacer él mismo el putsch "cuando todo esté listo", "cuando haya cincuenta y uno por ciento de probabilidades de ganar", pues no quiere recomenzar la grotesca operación de Kapp en 1920. Es evidente que las probabilidades a favor del putsch, aún en plano local, son casi nulas.

El plan inicialmente previsto comporta, del 10 al 11 de noviembre, una movilización de las tropas del *Kampfbund* para una maniobra de noche sobre la planicie de Fröttmaning, al norte de Munich; el 11 a la mañana, entrarán a la ciudad y ocuparán los puntos estratégicos: región militar, cuarteles, estaciones, correo central, diarios, puentes del Isar; después Ludendorff y Hitler proclamarán un gobierno provisorio. Es exactamente el caso previsto por la circular de von Seeckt para una intervención de la Reichswehr; ahora bien, el general no quiere recurrir a eso a ningún precio. ¿Llama la atención que Hitler, secretamente de acuerdo con el general, eligiera aplicar un plan mucho más pobre y azaroso? Lo consigue por un procedimiento muy simple: avanzando el día J.

El nuevo plan comienza a funcionar el 7 de noviembre a la noche. Curiosa coincidencia: von Kahr es quien proporciona el pretexto. Para el día siguiente 8 de noviembre a las 20 horas, el Comisario del Reich en Baviera convocó una vasta reunión de todo lo que cuenta políticamente en Baviera: altos funcionarios, industriales, grandes comerciantes, banqueros. No es con esa clase de gente que se hace un putsch. Von Kahr se propone iniciar una evolución que lleve a Baviera al seno del Reich por la vía honorable de un compromiso. El lugar de la reunión es la cervecería Bürgerbräu.

La margen derecha del Isar, río proveniente del sur y que corta a Munich en dos partes desiguales, es relativamente escarpada; al borde de la pendiente, de unos 25 metros de altura, había anteriormente unas tabernas; una de ellas se ha convertido en un vasto



La Reichswehr ocupa Dresde; primero los fusiles, después la música

establecimiento con jardines y sala de reunión para tres mil personas, y da sobre una gran arteria, la Rosenheimerstrasse; desde hace años, esta cervecería de los arrabales, pero que queda a diez minutos del centro yendo a pie, es la sede de una conspiración permanente. Hitler declara en seguida que von Kahr decidió hacer el putsch para él solo y eliminar las valerosas milicias del *Kampfbund*, que eran la razón de ser del putsch. El argumento es falso, pues von Kahr carece de los medios para llevar a cabo un putsch; pero se impone en las toscas inteligencias de los milicianos. En vano, Frick, que teme una emboscada, intenta disuadir a Hitler. Éste se moviliza.

El 7 de noviembre a las 19 horas en los cafés de la margen derecha, el teniente Heines, homosexual militante y verdugo sádico, que llevaba en sus tarjetas de visita la inscripción *Vehmemörder* (asesino de la Santa Vehme) convoca a su batallón de SA para el día siguiente a la misma hora en la Rosenheimerstrasse cerca de la cervecería Bürgerbräu.

Igualmente el grupo de choque de Adolf Hitler recibe orden de reunirse al día siguiente a las dieciocho horas. Este grupo de choque, creación de Julius Schreck quien quedó como ayudante de compañía, es una selección de SA especialmente formados para asegurar el orden de las reuniones y garantizar la seguridad de los desfiles: unos matones. Su jefe es el teniente Berchtold, que tiene una cigarrería en la Talstrasse; a sus cien hombres les da más de lo que vende; en su negocio se lubrican las armas, se pintan los cascos, se abastecen de armas. La comisaría central suele reunirse muy cerca de allí, en la sala destinada al juego de bolos de la cervecería Torbrau, bastante aislada; se ve allí a menudo al segundo de Berchtold, Emile Maurice, un relojero, y a los jefes de sección von Knobloch, Kallenbach y Schon. Los hombres tienen entre veinte y treinta y nueve años y pertenecen en principio a las clases medias como "estudiantes", "comerciantes", etc. Pero algunos aprovechan su presencia a la noche en la Torbräu para vigilar las evoluciones de sus protegidas en el asfalto contiguo. El ocho al mediodía llegó la orden de la alerta a sus destinatarios. El total de las fuerzas movilizadas llega a unos mil cien hombres para el primer escalón. Esto no podría inquietar a la Reichswehr, puesto que dispone de un regimiento completo, es decir tres mil hombres, con un material muy superior, además de la policía urbana y de la gendarmería. A los seis mil hombres —cálculo aproximado— que ingresarán en las filas de los putschistas en la noche del 8 al 9, la Región militar puede oponer en veinticuatro horas quince mil hombres, blindados livianos y cañones.

¿La movilización hitlerista es por lo menos un secreto? ¡De ninguna manera! Una orden transmitida verbalmente a mil cien hombres no puede quedar secreta. Además, la jornada del 8 está llena de llamados telefónicos, de idas y venidas. A la mañana, Hitler fue a ver a von Kahr, pero su visita fue suspendida para el día siguiente; se lo vio en casa del periodista Schiedt, jefe de redacción de la *Münchener Zeitung*, y en casa del fabricante de cigarrillos Zentz, proveedor de SA. Con ellos, decidió boicotear la reunión de la Bürgerbräu e impo-

ner el putsch a von Kahr. Hitler fue recibido por Poehner, a quien ofreció la presidencia del Consejo de Baviera. En la sede de la SA, en Schellingstrasse, se vio llegar a mediodía a Pernet, yerno de Ludendorff, a Rossbach, del cuerpo de milicianos Oberland, a Wagner, instructor de la Escuela de infantería, quienes conferenciaron con Goering. Después Wagner arengó a los cadetes de la Escuela y los alistó; el coronel comandante de la escuela se declaró neutral, pero informó a von Lossow. Finalmente, a partir de las 18 horas, hay doscientos hombres armados en la cervecería Löwenbräu, alrededor de Roehm, unos cien en la Torbräu, en pleno centro de la ciudad y unos seiscientos o setecientos que circulan de un hotel a otro de la Rosenheimerstrasse. Todo eso es evidente. Por otra parte, la muchedumbre de curiosos llena las calles como en los buenos tiempos de 1918 y 19. El putsch es un secreto a voces. No obstante, la Reichwehr se contenta con reforzar su acuartelamiento, von Kahr no cancela la reunión y el servicio de orden que la protege no tiene más que treinta hombres. El proyecto de putsch no es serio: todo depende de la capacidad que tendrá Hitler de atraer para su causa a un público particularmente recalcitrante, en vez de la plebe habitual que concurre a sus reuniones. Todo ese despliegue huele a provocación.

Poco antes de las 20 horas, Hitler se pone un chaqué que le queda tan bien como a un vendedor de castañas: pero esa es la vestimenta del futuro ministro; se coloca su Cruz de Hierro y sube con Drexler y Rosenberg en un coche conducido por un guardaespaldas que los deja en la Bürgerbräu donde se reúnen con Goering y Scheubner-Richter. Imposible entrar en la sala colmada; von Kahr comenzó a leer su exposición, pero no alcanzará a terminarla.

20 horas 30: llegada del Grupo de choque. Los hombres bajan de los camiones y entran en batería una pesada ametralladora que apunta hacia la calle. El oficial de policía interviene, Hitler parlamenta. Hombres del Grupo de choque toman posiciones en los jardines que rodean a la cervecería. Luego los milicianos del batallón Heines rodean los alrededores.

Una segunda ametralladora, puesta a la entrada, frente a la sala y la tribuna, entra en batería. Precedido del SA Gerum, flanqueado de su guardaespaldas Ulrich Graff, matarife, Hitler avanza entonces con chaqué, seguido de Goering con trench-coat, de Rosenberg y de Scheubner-Richter. Todos empuñan una pistola. Von Kahr interrumpe su alocución.

Hitler llega al estrado y sube las gradas. En la sala protestan: "¡A México!". Dispara al techo un tiro de revólver para obtener silencio y exclama:

—*¡Qué nadie salga! ¡La sala está rodeada por seiscientos hombres armados! ¡La revolución nacional ha estallado! ¡Los cuarteles de la Reichswehr y de la gendarmería están ocupados por nuestros hombres! ¡Tropas regulares y secciones de asalto fraternizan bajo el signo de la cruz gamada!*

Invita entonces a von Kahr, von Lossow y von Seysser a seguirlo hasta una pieza contigua cuya puerta será custodiada por Gerum y

Graff. Goering permanece en la sala y entretiene al público con sus muecas y sus bromas.

Pero von Kahr invoca su lealtad monárquica, discute paso a paso. Lossow, que sabe a qué atenerse, se muestra sarcástico, glacial; el coronel de gendarmes está mudo de asombro. Hitler vuelca sobre ellos un torrente de palabras.

Vuelve a aparecer luego en la sala anunciando la destitución del gobierno de Berlín y proclama al nuevo gobierno provisorio en el que fuguran von Kahr, Poehner, Lossow, Seysser y Ludendorff. Hitler será el director político "hasta la exterminación de los traidores". Una sola consigna: avanzar sobre Berlín, la "Babel prusiana". El Reich será gobierno federal. Baviera tendrá allí su lugar. Finalizó diciendo:

—*¡Mañana se verá un gobierno nacional alemán o nuestros cadáveres!*

Los SA lo aclaman. En aquel momento, hacia las 21 horas 30, llega Ludendorff. El general pasa revista a la guardia SA, y luego se le franquea la entrada de la sala de conferencia.

—Sobrecogido por la grandeza del instante —declaró—, me pongo a disposición del nuevo gobierno.

Lossow contuvo una carcajada cuando el general le dio a su vez la mano. Luego todos, aparentemente de acuerdo, bajo la presión del energúmeno Hitler, vuelven a la sala.

El rostro de von Kahr está rígido como una máscara. Hitler está radiante. Ludendorff está grave y emocionado. Lossow, desenvuelto se mantiene apartado de los políticos. El gendarme, desconcertado, está muy pálido.

VON KAHR: Tomo el partido de la revolución nacional como representante de mi rey.

LUDENDORFF: Por mi propia autoridad me pongo a disposición del gobierno nacional.

Lossow declara que toma la palabra porque se lo piden con insistencia; se somete, dijo con una sonrisa enigmática a la autoridad de Ludendorff. El coronel von Seysser se agarra del cable que le tiende Lossow. Aclamaciones. Son las 22 horas 15. La sala se vacía lentamente; a la salida la sección Kallenbach intercepta el paso para revisar los documentos de identidad.

A las 22 horas 30, nueva conferencia. Llega la noticia de que las cosas no marchan muy bien; en el cuartel del Regimiento 19 de infantería, una sección de Oberland fue rodeada y desarmada. ¡Hitler se va entonces de la Bürgerbräu! Pretexto: evitar el derramamiento de sangre en el cuartel del 19. En seguida von Kahr, von Lossow y von Seysser se despiden de Ludendorff para volver a sus puestos e impartir las órdenes necesarias; el general, para quien no hay réplica para este argumento técnico los deja irse.

Vuelve Hitler. Scheubner-Richter hace notar al general que tal vez... El otro lo pone en su sitio.

—¡Le prohíbo dudar de la palabra de un oficial alemán!



Un comando nacional socialista bajando de un camión

En adelante, el putsch, destinado al fracaso, no avanza. Queda explotarlo para la propaganda. ¡Mientras tanto, que la tropa reciba algunas satisfacciones!

A las 23 horas, Heines ataca con unos cincuenta hombres la imprenta Parcus y Mühltaler, "casa judía", destroza materiales y se apropia de grandes sumas que sirven para pagar a la tropa y que se transforman en chops de cerveza. Berchtold, con un destacamento del grupo de choque, asalta dos periódicos social-demócratas; destroza trescientos ochenta cristales y se lleva los archivos. Luego, acompañado de Maurice, Kallenbachh y veinte hombres, se presenta en el domicilio del diputado socialista Auer y arresta al yerno de este último.

Roehm, con sus hombres del Pabellón Imperial, logró ocupar la sede de la séptima región militar; Ludendorff se traslada allí con Pernet y von Aigner, para examinar la situación. A medianoche, Rossbach domina la Escuela de Infantería; Strasser moviliza desde Landshut a Munich a su batallón SA; Streicher, que partió de Nurenberg con el suyo, estará allí en el tren de la mañana. Pero Regensburg, en la ruta de Berlín, está en manos de la Riechswehr y, fuera de Baviera, todo está quieto; no es una revolución nacional sino un simple putsch muniqués. Ludendorff, que se ha comprometido personalmente, está decidido, sin embargo, a seguir adelante.

Von Kahr llega hasta el cuartel del 19 de infantería y toma sus resoluciones por teléfono. Disuelve el Partido Nacional Socialista, difunde por radio un comunicado a la prensa y redacta una proclama que será pegada en las paredes de la ciudad al amanacer. El cardenal-arzobispo Faulhaber, que ya estaba al tanto desde las 21 horas, moviliza al Partido Populista, que, a las tres de la mañana, se pronuncia contra el putsch. El pretendiente Rupprecht envía de Chiemsee a un edecán ¡no vaya a ser cuestión que el prusiano Ludendorff, luterano extraviado en el paganismo, abusa de la hospitalidad bávara!

Al final de la noche, los ministros civiles dejan Munich y toman el camino de Regensburg. La coyuntura ahora se presenta conforme a los votos de von Seeckt: ¡el espantapájaros hitleriano arrojó a los autonomistas en brazos del ejército! Queda por liquidar el asunto sin demasiado desgaste. Lossow mantiene a las tropas acuarteladas, ordena reprimir toda intriga facciosa y trae a Munich refuerzos de tropas alpinas. En cuanto a lo demás, se espera que amanezca mientras se encomienda a la policía la misión de mantener el orden.

Hitler envía a varios emisarios al cuartel Nº 19: ninguno vuelve. A las 5, se encuentra junto con Ludendorff y Roehm en la región militar. Se espera en vano la llegada de von Kahr, Lossow y Seysser. Hitler, sin que esto resulte sorprendente, comienza a hablar de traición: ya tiene en sus manos el germen de su leyenda. Luego vuelve con Ludendorff a la Bürgerbräu. En seguida Roehm se encuentra investido por un destacamento de la Reichswehr, y la policía ocupa los puentes del Isar en su desembocadura sobre la margen izquierda. Se observan: Hitler está indeciso, el ejército deja al tiempo trabajar a su favor, la policía se presta a un doble juego.

Hitler, que ha dejado el chaqué por el trench-coat, reflexiona: el fracaso es patente, logrado; ¿cómo darle un aspecto de leyenda? Mediante un desfile cuyo carácter ambiguo, semibelicoso, semipacífico, se prestará a todas las interpretaciones. Desde las 9 ya se habla de ello en la Bürgerbräu. Tal vez la muchedumbre reaccione positivamente, esa muchedumbre que se largó a las calles para asistir al milagro. La noticia lleva evidentemente al cuartel del 19.

La idea es aparentemente estúpida: esa masa de hombres en marcha resulta de difícil manejo; es vulnerable en sus flancos y ofrece un blanco favorable a las armas automáticas; no puede servirse de sus propias armas, a falta de un ángulo de tiro. En fin, esa masa se pone en la boca del lobo; en primer término, será neutralizado su estado mayor, que marcha a la cabeza. Todo sucede como si Hitler hubiera querido facilitar el trabajo represivo de la Reichswehr. La operación se denomina *Aufklärungsmarsch*, lo cual tiene dos sentidos: "desfile de propaganda" o "acción de reconocimiento militar"; en todos los participantes, excepto Hitler, domina la mayor confusión.

A mediodía, la columna se forma en la Rosenheimerstrasse: a la cabeza, dos portaestandartes seguidos del estado mayor; detrás, en filas de seis, aproximadamente dos mil milicianos, seiscientos de los cuales llevan el arma sobre el hombro y la bayoneta calada, y los alumnos de la Escuela de Infantería con uniforme de fajina. Aquí y allá, ambulancias. Como guardia de los flancos, formando dos filas más bien abiertas, los hombres del grupo de choque.

La columna se rompe, atraviesa la Ludwigsbrücke donde desarma a un destacamento de policía, toma por la Talstrasse, desemboca en la plaza del Municipio; allí recoge a Julius Streicher, que había llegado de Nurenberg y que estaba perorando subido a una silla; éste se ubica a la izquierda y a la cabeza, y el cortejo, doblando hacia la derecha, en un ángulo de 90°; se interna en la Resindenzstrasse. Es una emboscada perfecta, pues a trescientos metros de allí, después de haber formado un lado del Residenzplatz, se insinúa, abarcando ocho metros de ancho, entre un edificio oficial, la Residencia, y un monumento de estilo florentino, el Mercado de los Mariscales, a la entrada del barrio ostentoso, con grandes avenidas, donde están los ministerios. El lugar está severamente vigilado por la policía.

Un poderoso destacamento, al mando del teniente von Godin —antiguo comandante de compañía de Hitler— baja las escaleras del Mercado y se coloca en fila, con los mosquetones depuestos; detrás de la cortina de policías, se puede ver, a derecha e izquierda, dos autoametralladoras de la Reichswehr.

—¡No tiren —grita Ulrich Graff—, su excelencia Ludendorff está entre nosotros!

Streicher parlamenta y trata de desarmar a un policía.

A la derecha marchan dos portaestandartes: a la izquierda, Bauriendl por la SA, a la derecha, Garreis por Oberland. En la primera fila, de izquierda a derecha, Graff, Scheubner-Richter, Ludendorff, Hitler, el doctor Weber, Feder, Kriebel, agarrados del brazo; en la

segunda fila, de izquierda a derecha, Goering, Neubauer, Rosenberg, Brückner, von Aigner, Esser. El instante es crítico; ahora bien, en relación a ese momento preciso, los relatos se vuelven demasiado confusos como para suponer que la confusión no haya sido creada y fomentada. Aquí intervienen dos hipótesis lógicas.

El primer tiro fue disparado por una pistola: apunta al teniente von Godin, y es una señal; pues el libreto debía prever aquí —de acuerdo con Hitler— la detención del estado mayor insurrecto; pero la columna empuja por detrás, y von Godin ya no puede ejecutar su misión: dispara al aire para desencadenar la segunda variante del libreto. Estalla el tiroteo.

"El Estado, amenazado por la insurrección, fue quien disparó", dirá más tarde, en la audiencia, von Lossow; el Estado es la policía y el ejército. Hay catorce muertos y doscientos heridos recogidos en el cortejo y en la vereda, muchos de los cuales son curiosos; la localización de los muertos, aunque parcial es reveladora. Bauriedl fue muerto; detrás de él, Scheubner-Richter fue muerto; Graff, gravemente herido; en la segunda fila, Neubauer fue muerto; Goering recibió un proyectil en la ingle, que pondrá su vida en peligro.

Laforce, único muerto del grupo de choque, podía haber estado entre la guardia de los flancos a la altura de Goering, a lo largo de la vereda. Conclusión: el autoametralladora de derecha, frente al cortejo, abrió fuego; el segundo vehículo blindado fue mantenido en reserva; el eje de tiro estaba definido a la derecha por la bandera de Bauriendl, a la izquierda por la de Garreis. La policía habrá disparado hacia arriba, probablemente subiendo mucho la puntería. La conclusión es evidente: Ludendorff y Hitler debían estar protegidos por la Reichswehr. En lo que respecta a Ludendorff, no es sorprendente; en cuanto a Hitler, hay una gran presunción de complicidad en este oscuro asunto.

Si se demostrara que se tiró al suelo al primer disparo, la complicidad sería segura.

Toda la columna está ahora cuerpo a tierra. Sólo Ludendorff continúa marchando. Con las manos en los bolsillos de su chaqueta, el viejo soldado pasa entre los mosquetones depuestos de la policía y llega hasta la Odeonplazt, donde los jóvenes soldados de la Reichswehr lo detienen manifestando un profundo respeto. Se pone furioso: ¿desde cuándo el ejército dispara contra un general?

Hitler se tiró al suelo con tanta violencia instintiva que se disloca el hombro izquierdo y se fractura el húmero. Algunos hombres del cortejo comienzan a tirotear; mueren dos policías; después el fuego cesa, y los enfermeros entran en acción. El coche del doctor Schultz carga a Hitler, completamente groggy, y se lo lleva. La manifestación se desbanda; el grupo de choque libera a sus rehenes y desaparece. Goering, refugiado en Austria, se recupera difícilmente y se habitúa a la morfina. Después de un último combate, que le cuesta dos muertos, y... un desfile, Roehm se rinde. (Su portaestandarte se llama Heinrich Himmler, 1900-1945. En Berlín, en 1919, fue amante de una

prostituta que murió asesinada, la coartada de Himmler fue establecida por el testimonio de Karltenbrunner, quien formará parte de la Gestapo.) El militarote escribió más tarde en sus memorias que todos los documentos sobre el putsch fueron conservados durante mucho tiempo en la caja de caudales de la Región Militar y que hombres de confianza de Hitler terminaron por robarlos. Apostamos que de haber copia de ellos en algún archivo, y que aclara la colusión de la Reichswehr y de Hitler en ese putsch desconcertante cuya réplica parecer haber conmocionado a Argelia en enero de 1960.

El 11 de noviembre, Hitler fue detenido en Uffing, en la propiedad del editor Hanfstaengl, a orillas del Staffelsee; los inspectores descubren a Hitler en el guardarropa de la cantante Erna Hanfstaengl; no ofrece resistencia, pues está muy deprimido. No importa; para él que, como Lenin, saber ver muy lejos, el saldo es positivo, puesto que ha conseguido a largo plazo la benevolencia de la Reichswehr. La puerta de la prisión es también la puerta del porvenir.



Cromo para las almas tiernas: un prisionero busca el horizonte de la libertad. En la foto es evidente la exoftalmia basedowiana

El prisionero de Landsberg, 1923-1924

Landsberg es una pequeña ciudad bávara a orillas del Lech, a unos sesenta kilómetros al oeste de Munich. La antigua ciudadela ha sido transformada en prisión militar; se encierra allí sobre todo a estudiantes duelistas; para ser una prisión, es sumamente confortable; la división donde Hitler será internado fue construida en 1909.

Llega a las 22.30 horas, rodeado del director, de uniforme, y de dos policías de civil, con un perro; tiene el brazo izquierdo en cabestrillo y lleva su Cruz de Hierro en la chaqueta. Lo alojan en la celda que debe evacuar de improviso el conde Arco-Valley. Un destacamento de la Reichswehr viene para relevar a la guardia.

El 14, la detención provisional de Hitler pasa a estar sujeta a investigación; recibe las primeras visitas: su abogado Roder y la viuda de Scheubner-Richter. Pronto lo acompañan en su cautiverio Streicher, Drexler, Strasser, el príncipe de Wrede, con botas altas de montar, el ministro de Justicia Roth, y Eckart. Este último, liberado al cabo de diez días, no tarda en morir (30 de diciembre).

El médico de la fortaleza, que examinó y cuidó a Hitler, redacta el 8 de enero un informe detallado: ninguna tara hereditaria o de educación, ha sido siempre dueño de su determinación y de su voluntad; ninguna influencia mórbida en su actividad intelectual, "aún si se considera defectuosas las premisas y los móviles de ese putsch". Está convencido de la idea de una gran Alemania; sus conocimientos políticos e históricos están muy por encima del término medio. "Estas cualidades fueron discernidas por notables personalidades políticas". "Personalidad fascinante, talento sugestivo de orador". Si los acontecimientos se produjeron fue debido "a la naturaleza psíquica normal de los individuos y sobre todo de las grandes masas". Hitler sufre de "una luxación en el hombro izquierdo, con fractura de la cabeza del húmero" y de "una neuritis traumática subsecuente, muy dolorosa". Está bajo atención médica permanente y probablemente no sanará de una anquilosis parcial y de una afección dolorosa en el hombro izquierdo. En la audiencia, su capacidad de ser escuchado no ha disminuido.

El 22 de febrero de 1924, a las 8.45, lo trasladan en auto a la prisión militar de Munich hasta el término del proceso, que durará veinticuatro días, entre el 26 de febrero y el 27 de marzo.

En la sala de audiencia, en la Escuela de Cadetes, figuran en el banquillo de los acusados Ludendorff, vestido con uniforme de general, con la espada y el casco en punta, Hitler, Poehner, Kriebel, con

uniforme de teniente coronel, Brückner, Wagner, el doctor Weber, Roehm y Pernet. Entre los testigos, hay otros actores del 8 de noviembre: von Kahr, Lossow, Seysser, etc. El jurado está compuesto de buenos nacional socialistas elegidos entre la clase media muniquesa. Todos se encuentran en una situación falsa, empezando por el presidente del tribunal, requerido para "esclarecer" la investigación, pero sólo hasta cierto punto. Gürtner, el nuevo ministro de Justicia, es quien ahora mueve los hilos.

Hitler sale muy bien del paso. Su defensa personal fue hasta tal punto aplaudida que el presidente amenazó con desocupar la sala. En su peroración invoca a la Justicia y a la Historia. El presidente logra con mucha dificultad convencer al jurado de que la absolución general sería excesiva, aunque más no fuera un recuerdo de los dieciséis muertos y de los trescientos ochenta cristales rotos.

Ludendorff es absuelto; está todavía furioso y jura no volver a ponerse más el uniforme. Cinco años de prisión, con promesa de liberación anticipada para Hitler, Kriebel, Poehner y Weber; quince meses con sobreseimiento para Frick, Brückner, Wagner, Roehm y Pernet. Multas insignificantes completan la sentencia.

La noche misma del fallo, von Kahr, Lossow y Seysser parten hacia Corfú a pasar las vacaciones.

Von Seeckt cumplió sus objetivos: el orden reina en la Reichswehr, los cadetes insurrectos son licenciados; Ludendorff desaparece de la escena política; los cuerpos milicianos ya no existen; el autonomismo bávaro ha muerto; Hitler no podrá hacer nada durante algún tiempo. El putsch fantasma produjo los efectos esperados y consolidó la independencia de la Reichswehr frente al gobierno de Berlín.

El 1º de abril de 1924, a las 17 horas, Hitler y los otros condenados regresan a Landsberg; Hitler tiene buena cara. Le toca la pieza 7, a Kriebel la número 8 y a Weber la 9, en el primer piso que ha sido pintado durante su ausencia. Kriebel protesta que el olor a pintura fresca lo incomoda. El mobiliario comprende: cama de hierro, colchón, frazadas de lana, dos sillas, mesa, armario y silla retrete durante la noche. Después de haber estudiado el reglamento, Kriebel observa que un teniente coronel tiene derecho a una cómoda; la reclama y la obtiene.

Comparten las tres comidas con los guardianes de la prisión; tienen derecho a medio litro de cerveza o un cuarto de vino diarios. Los dormitorios están abiertos durante el día. No hay obligación de trabajar. El "casino" o sala común queda abierta hasta las 21 horas en invierno y hasta las 22 horas en verano; se puede fumar. Hasta medianoche, permiso de tener encendida la luz en los dormitorios. Cada semana están autorizados a seis horas de visitas y seis horas de paseo en el jardín, que es vasto pero tapiado.

Kriebel y Poehner, recientemente elegidos diputados del Lanstag, no tardan en dejar esta vida contemplativa, pero un segundo proceso trae a Landsberg dos docenas de putschistas: Hess, Streicher, Heines, Kallenbach, Berchtold, miembros del grupo de choque, etc. Son alojados en la planta baja, trabajan el jardín por una suma de



Los principales acusados posan para la prensa y la posteridad (de izquierda a derecha): Pernet, Weber, Frick, Kriebel, Ludendorff, Hitler, Brückner, Roehm, Wagner

dinero, practican deportes y publican una hoja clandestina que componen de noche: *El ciudadano de honor de Landsberg.*

Hitler se contenta con meditar, leer, recibir homenajes y visitas, leer su correspondencia. Recibe cartas patrióticas o enternecedoras de aburridos y de chiflados. Preside los juegos deportivos, asiste a las conferencias del doctor Weber, pero no participa en ellas. Todos las noches predica.

Su pensamiento recibe entonces un nuevo aporte gracias a las visitas reiteradas del profesor Hauschofer, general de infantería y promotor de la geopolítica, maestro de Hess en la Universidad de Munich. También entonces aparece una obra curiosa, el primer libro consagrado a Hitler, el de Georg Schott: *El libro popular de Adolf Hitler*. Se ve formarse allí, con todas sus características, el mito ejemplar del Führer; Hitler temió ya no dominarlo.

Por otra parte, lee mucho; los estrategos: Moltke, Clausewitz, Bismarck y Federico II. Poco a poco se apodera de él el deseo de escribir. Ahora ha digerido a Weber y Kurt Hesse, frecuentó de cerca a Ludendorff, conoció las realidades de la guerra civil; Strasser, en ocasión de visitarlo, le sugirió redactar un libro, ya que podía hacer discursos. Consigue una maquina de escribir y teclea con un solo dedo las primeras páginas, luego Hess y Maurice, que saben de dactilografía, ofician de secretarios, y se pone a dictar *Cuatro años y medio de combates*, lo que constituiría el primer tomo de *Mein Kampf*. Dedica a esa tarea todo el verano de 1924.

Mein Kampf, completado en 1927 con un segundo tomo, es una obra heteróclita, indigesta y pesada, surgida de una improvisación en colaboración con Maurice y Hess, destinada a un público de prisioneros convencidos de antemano, corregida en sus detalles formales por el crítico musical Stolzing-Czerny y por un tal Stämpfle, jefe de redacción de un diarucho bávaro publicado en Miesbach.

Es una retahíla de lugares comunes sobre un tema autobiográfico profuso. Hay desarrollos racistas, sociales y políticos derivados del período vienés y de la Gran Guerra. Es una sarta de omisiones, añadidos, silencios calculados, exageraciones y mentiras cuyo examen crítico sería interminable, porque *Mein Kampf* no es más que un retrato del político Hitler tal como quería ser conocido.

El estilo de esta improvisación ha sido mal apreciado; se han señalado torpezas, repeticiones, galimatías; pero se ha subestimado el aspecto oral. Las mejores páginas se prestan muy bien a una tipografía en versículos. Leídas en alta voz se asemejan extrañamente, por su armonía sorda y su ritmo compulsivo, a las frases del Corán salmodiadas según las reglas.

La composición del conjunto es débil: el autor salta de un tema a otro y no se molesta en seguir una progresión lógica; un índice alfabético compuesto más tarde permite consultar cómodamente al oráculo. *Mein Kampf* desconcierta a la crítica universitaria. Sin embargo, el valor típico y documental de ese texto no se ha perdido: primero estoy yo, y después yo, y siempre yo, el Führer carismático. Están "mis planes", y son perfectamente claros: legislación racial,

selección y exterminación; expansión pangermanista; guerras. Porque los proyectos políticos del futuro jefe de Estado figuran en detalle: anexión de Austria, derrota de Francia con la complicidad italiana y la neutralidad inglesa, después vuelta al este, liquidación de Polonia y ocupación de la Rusia europea. Se revelan hasta los futuros errores: creer que Inglaterra admitirá la hegemonía alemana en el continente, considerar —aun en 1941— a la URSS como un Estado arcaico. La falta de cultura extranjera es flagrante. Si la hubiera poseído, el Führer habría tenido que olvidarla para ser lo que es: un hombre del siglo XIX.

Un solo capítulo resulta, si no original, por lo menos adelantado para su tiempo: el que dedica a la propaganda (I, 6), en el cual Hitler hace el papel de sociólogo práctico.

Procede mediante una visión estadística de la humanidad como colectividad pensante: a medida que el nivel intelectual se eleva, los representantes de ese nivel son menos numerosos; debajo de cierto nivel medio, es decir a medida que uno se aproxima, por todos los grados del cretinismo, a la ausencia total de pensamiento, los temas son cada vez más escasos. La humanidad presenta así el aspecto de dos pirámides unidas por la base. Hitler quiere ignorar a los portadores de un pensamiento superior; en cuanto a los de un pensamiento muy inferior, piensa ya entonces exterminarlos; sólo se interesa en el hombre mediocre, útil, y a él amolda su propaganda.

La propaganda es un medio que debe ser juzgado en función de su finalidad; su finalidad es la conservación de un pueblo hasta en la guerra; debe dirigirse a las masas de ese pueblo, es decir conformarse a la mentalidad media, apuntando metódicamente bastante bajo.

La tarea de la propaganda no reside en la formación científica del individuo, pero consiste en inculcar a la masa hechos, necesidades, etc., cuya significación debe ser por ese hecho mismo puesta al alcance de la masa (pág. 197, parágrafo 2).

Toda propaganda debe ser popular y ajustar su nivel intelectual sobre la receptividad del más limitado entre los cuales piensa dirigirse (pág. 197, parágrafo 4).

La receptividad de la gran masa es muy reducida, y su entendimiento escaso; su capacidad de olvido, en cambio, es infinita (pág. 198, parágrafo 5).

Hay que renunciar, pues, a todo aparato científico, a toda discusión, proceder por afirmaciones simples y rotundas, y repetirse infatigablemente.

Toda propaganda que se ejerza ya sea en la esfera de los negocios o de la política, obtiene éxito por la duración y la unidad mecánica de su aplicación (pág. 203, parágrafo 4).

Ahora bien, sucede que en la esfera de la política, precisamente, la desigualdad de los dones intelectuales está abolida por el derecho al voto, adquisición de las revoluciones liberales desde 1789. (Esto no lo dice Hitler expresamente.) El ejercicio de ese derecho y la aplicación de una propaganda consecuente habrán de llevar,

pues, a la larga a Hitler al poder por una vía legal: simple cuestión de tiempo y de trabajo.

Mein Kampf fue poco leído en las altas esferas del partido, al cual repugnaba este inútil esfuerzo intelectual. Fuera de Alemania fue tratado con orgulloso desprecio, salvo quizá en la URSS, donde tenían experiencia de revolucionarios.

Se vendió al principio a doce marcos —lo que era caro—, después a siete marcos cincuenta en edición popular, los dos tomos en un solo volumen, y su tirada aumentó con el éxito político de su autor; la trigésima primera edición, en 1933, anuncia 438.000 ejemplares. Con la toma del poder, la adquisición llegó a ser prácticamente obligatoria para toda biblioteca de colectividad. Por decisión administrativa se vendía un ejemplar a los recién casados. Se llegó así a una tirada de aproximadamente siete millones, sin contar las traducciones. Para el autor representa, por la parte baja, una ganancia de quince a veinte millones de francos oro o de nuevos francos.

El 1º de octubre, Hitler solicita su liberación anticipada; la obtiene el 20 de diciembre a mediodía; el coche de Poehner viene a esperarlo en la puerta de la fortaleza. El manuscrito de *Mein Kampf*, que se disputan los editores, lo pone a resguardo de las necesidades económicas.



La inscripción "Judío, Judío, Judío" y la estrella de David marcan las casas de comercio Israelitas (1933)

El jefe de partido 1925-1933

Cuando Hitler regresa a Munich ha madurado su plan: recuperar la dirección del partido, darle una organización calcada en el Estado, asegurarse una base financiera sólida y conquistar el poder por la vía legal. Desarrollará el plan ajustándolo al azar de las circunstancias, pero con una consecuencia rigurosa de 1925 a 1933.

No habrá más putsch; las lecciones de von Seeckt dieron fruto, y hasta se diría que un acuerdo secreto lo liga a Hitler: no bien el general es dado de baja (25 de octubre de 1926), Goebbels, por una gestión decisiva, es nombrado galeiter de Berlín (1º de noviembre). En seguida el general se lanza a la política, solicita y obtiene una banca de diputado por un partido de derecha, pero su carrera está terminada.

El 27 de febrero de 1925, Hitler proclama en la Bürgerbräu el nuevo Partido Nacional Socialista ante cuatro mil admiradores apasionados; recibe la ficha de afiliación Nº 1. Luego reconstituye su estado mayor: Bouhler vuelve a ser secretario general, Schwartz tesorero, Amann jefe del servicio editorial; el periódico *Völkischer Beobachter* reaparece como diario (abril). Se contrata, para registrar los discursos, taquígrafas a cuarenta y cinco marcos la hora. En junio, alquiler de un nuevo local, en 50 Schellingstrasse.

El 22 de mayo de 1926, en la Bürgerbräu, Hitler retoma el control personal de las diferentes agrupaciones sucesoras y proclama nuevamente el programa de veinticinco puntos. La SA se reconstituye en *Sport-Abteilung* (sección deportiva). Un congreso nacional tiene lugar en Weimar los días 3 y 4 de julio, con desfile de seis mil milicianos. A partir de 1927, la organización SA se extiende a todo el Reich, con grupos territoriales jerarquizados según el modelo del ejército, pero con prohibición de portar armas. Goebbels, enviado a Berlín, comienza en seguida la lucha, a la vez contra los comunistas y contra los hermanos Strasser, instalados allí desde 1925.

Del 19 al 21 de agosto de 1927, primer congreso del partido en Nurenberg, con desfile de veinte mil SA. A fin de año el partido cuenta con setenta y dos mil afiliados, y doce diputados en el Reichstag, con ochocientos nueve mil sufragios. Más adelante comienza a desarrollarse la juventud hitleriana y la organización femenina; Darré se afirma como el futuro jefe del campesinado nacional socialista; se constituyen agrupaciones de estudiantes, de médicos, de docentes. El congreso de 1929 reúne sesenta mil SA con uniforme de campaña; a fines de año, el partido cuenta ciento setenta y dos mil miembros y la SA alrededor de cien mil hombres; la milicia obtiene entonces secciones de transmisión y una playa de estacionamiento, y después un servicio de sanidad.

El partido tiene sus héroes luminosos, creados por Goebbels con materia abyecta: Kütemeyer, que se ahogó en Berlín, estando ebrio, en un canal de la Landwehr, y sobre todo Horst Wessel, joven berlinés de buena familia, jefe de sección SA, que fue amante de una prostituta y que murió asesinado por un rufián. Era el autor de una breve canción en forma de marcha que llegó a convertirse en el himno del partido. En julio de 1930, Hitler adquiere en Munich, cerca de la Plaza Real, el palacio Barlow, que luego será la "Casa Parda". Instala allí una suntuosa oficina y una sala con sesenta butacas de cuero rojo que no utilizó nunca. Esta innovación, concebida en el estilo con el cual soñaba en su pieza de Urfahr, puso a Hitler al borde de la quiebra.

Las finanzas del partido alcanzaban sumas importantes: un SA adquiría un equipo completo pero recibía, por cada día de servicio, comida, cigarrillos, una botella de cerveza y cincuenta pfennings. Había que agregar a ellos los gastos de viaje, alquiler, oficina, etc. Pero tanto los gastos como los ingresos pasaban por una serie de cajas de las que sólo Schwarz, hombre discreto, y Hitler conocían el secreto. Amann, que administraba la editorial con todo el cinismo de un hombre de negocios, equilibraba los diarios que daban déficit con publicaciones lucrativas.

Cada afiliado depositaba, por derecho de afiliación, un marco y una cuota mensual de ochenta pfennings. Cada reunión era paga: veinticinco pfennings para oír a Goebbels, sesenta para un discurso de Hitler. En las grandes manifestaciones espectaculares, como los congresos de Nurenberg, se arrebataban las entradas para las buenas localidades a precios fabulosos. En líneas generales, los afiliados y los simpatizantes cubrían los gastos ordinarios.

Para los gastos extraordinarios, Hitler se dirigía a los mecenas y aplicaba así el esquema de Max Weber. A partir de 1927, después de haber tomado lecciones de economía política para hacer un buen papel (de esa época data el proyecto genial de una red alemana de autopistas y el de un ferrocarril transcontinental con trocha de tres metros de ancho), se dedicó a explorar las cajas de caudales de las grandes industrias y de las grandes empresas; había pocas en la Baviera agrícola, pero el norte de Alemania estaba mejor provisto. Fueron así inducidas a cooperar: la Lufthansa, que manejaba desde 1927 el monopolio de los transportes aéreos en Alemania; Heinckel, fabricante de aviones, Kirdorf, magnate de la Ruhr que fue invitado al congreso de 1927 y supo manifestar su reconocimiento, después Fritz Thyssen (1928), después la firma Mercedes Benz y las construcciones navales (Blohm und Voss, 1931). En 1932, Hugenberg financió la campaña presidencal de Hitler. En 1933, Thyssen, Vögler y Springorum, del trust del acero, depositaron tres millones de marcos en manos de Schacht. Señalemos además las contribuciones de



Rodeado de policías de civil, Goebbels ante el micrófono

las empresas de fletes (Hapag), potasa, de productos químicos (I. G. Farben), la banca (Deutsche Bank, Dresdner Bank), las compañías de seguros (Allanz).

Se agregaban a estos ingresos confesables los de las colectas, tráficos, extorsiones y chantajes, regalos (el "Donación a Adolf Hitler") y cancelación de deudas. Después de la toma del poder, un verdadero racket, organizado especialmente por Goering y la Gestapo, reinó en todo el territorio del Reich; la firma Reemstma (cigarrillos) desembolsó 12.250.000 marcos en total hasta 1945.

Todas estas consideraciones explican que la afiliación al partido no tuvo el apoyo obrero: 1 marco era el precio de una comida de restaurante en 1930-32; esta tarifa ponía al partido a salvo de los desocupados. La idea de los sindicatos nacional socialistas, propuesta por Hitler después de 1926, nunca se llevó a cabo. La propaganda hitlerista, puramente opositora, y la estructura del partido se adecuaban a la mentalidad de una pequeña burguesía descentrada por la guerra y la inflación, amenazada por la crisis económica y moralmente librada al instinto de masa; cada vez tiene más confianza en Hitler.

En el interin, Hitler renunció a su nacionalidad austríaca: según los términos de la ley alemana, su calidad de apátrida hacía imposible su extradición (1925). Sólo el 24 de febrero de 1932 obtiene la nacionalidad alemana por obra de malabarismo: unos amigos lo hacen nombrar consejero económico del Land de Brunswich, lo que le confiere calidad de ciudadano. El 4 de marzo renuncia a sus nuevas funciones, pero conserva la nacionalidad alemana, lo que le permitirá presentar su candidatura a las elecciones presidenciales de abril de 1932.

Entre la falange de los líderes nacionalistas surgidos de la derrota, la mayoría de ellos ha perdido todo prestigio: Class, Kapp, Reventlow, Wulle, Ludendorff, Mahraun, Rossbach, Ehrhardt, August-Wilhelm de Hohenzollern, Graefe, etc. Dos de ellos están aún en pie: Seldte y Hugenberg. El primero es jefe del Casco de acero, milicia de antiguos combatientes patriotas; su lema es: "Saber esperar". El segundo es un tecnócrata de Westfalia, director general de la empresa Krupp desde 1912 y uno de los dueños del consorcio de prensa Scherl, al cual se consagra exclusivamente desde 1919. Después de 1925, al ser elegido Hindenburg presidente de la república, poco a poco llegan al primer plano de la escena política donde, con excepción de Stresemann y Adolf Hitler, no hay más que comparsas. Los dos surgieron de los antiguos cuadros imperiales y tienen mentalidad de casta. Hitler es en cambio un hombre nuevo al que no traba ningún prejuicio. Fue el tambor del Tercer Reich, ¿cuándo será su canciller?

En 1929, una voz profética se eleva sin ser escuchada. El profesor Kretschmer, caracterólogo distinguido, escribe en su obra sobre los "trastornados sublimes" *(Geniale Menschen)*: "Una gran parte de los grandes movimientos intelectuales o políticos proceden de hombres que no se sienten bien... hombres de pasión furiosa...

vidas descarriadas... tramposos y estafadores, charlatanes y vanidosos, asesinos y perversos. Los psicópatas siempren se encuentran entre ellos. Pero en las épocas frías son objeto de nuestras investigaciones, y en los períodos cálidos... nos dominan... Ser psicópata es siempre una desgracia, ¡pero se obtienen a veces grandes honores!"

Después del lapso relativamente pacífico posterior a 1923, 1929 señala el advenimiento de un nuevo período crítico: la crisis económica comienza con el "día negro de Wall Street" (17 de octubre) y repercute en seguida en Alemania, donde hay considerables inversiones de capitales norteamericanos. El número de desocupados aumenta rápidamente: dos millones trescientos mil a principios de 1930, seis millones en 1932; esta última cifra significa que la cuarta parte de la población alemana está reducida a la mendicidad. La producción baja el cuarenta y cinco por ciento; en la construcción la desocupación llega al noventa por ciento.

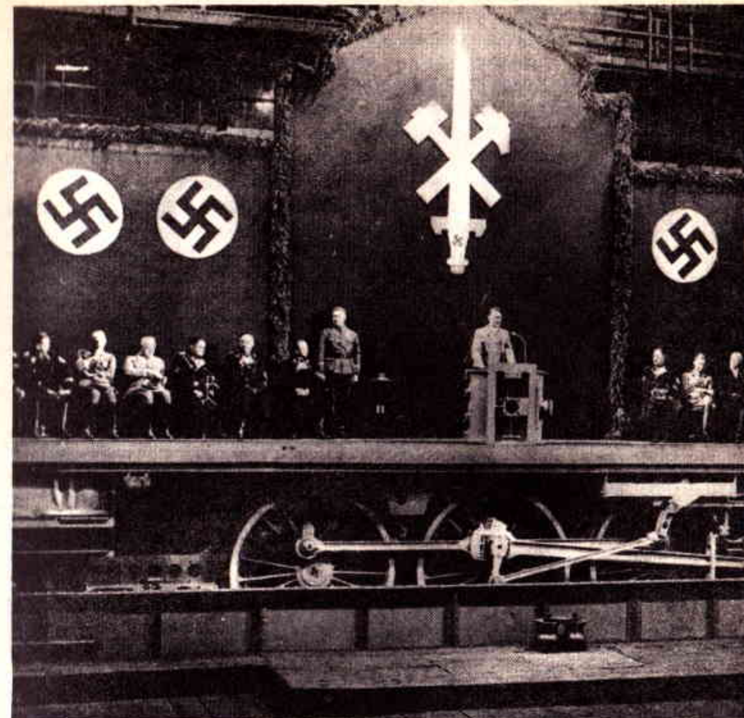
Cada vez que un obrero se queda sin trabajo, un elector centrista pasa a la derecha y se une a las filas de Hitler.

A esta crisis económica, los responsables de la época no aplican más que remedios políticos. El Partido Comunista alemán, subvencionado directamente por Moscú, dispone en 1932 de tres millones de marcos oro y reúne en sus organizaciones cuidadosamente disfrazadas cerca de un millón de afiliados, de los cuales trescientos mil son combatientes eventuales en caso de guerra civil. El Partido Socialista patrocina la organización Bandera del Imperio, que carece de dinamismo y será juguete de los acontecimientos. Las fuerzas armadas apoyan financieramente a Casco de acero, subdividido en batallones, regimientos y brigadas, con un millón de afiliados, mal preparados además para la guerra civil. El Partido Nacional Socialista tiene sus secciones de asalto, reorganizadas por Roehm a su regreso de Bolivia (octubre de 1930): veintiún regiones de cuatro a siete brigadas; la brigada tiene tres regimientos, etc., hasta la cuadrilla de cuatro a doce hombres; es decir, cuatrocientos mil hombres con una escuela y todos los elementos de un estado mayor. En esta oposición de cuatro ejércitos privados, los nacional socialistas tienen la doble ventaja de recibir de la industria pesada una importante ayuda financiera y de operar a plena luz del día.

El observador sagaz estimará que las enormes sumas gastadas para el equipamiento y el mantenimiento muy costosos de esas legiones hubieran estado mejor empleados en inversiones rentables.

Naturalmente, toda la prensa alemana, sobre todo la de izquierda, está al acecho de las debilidades privadas del nuevo gran hombre; pero el botín es notablemente pobre: Hitler sólo tiene un embrión de vida personal, porque no es más que una máscara y una voz.

A su alrededor, pocas mujeres. Antes de 1923, se creía haberlo notado interesado en la hermana del SA Haug; poco antes del putsch, decepciona también su timidez a la cantante Erna Hanfstaengl. Después de 1925, decepciona también a Henni Hoffmann, "rubia etérea



Hitler, locomotora de la raza, habla en la fáfrica Krupp

con cuerpo de efebo", hija de su fotógrafo personal y futura mujer de un joven abotargado, Baldur von Schirach, jefe de la Juventud hitlerista.

En 1931, Hitler vive en Munich, en la "Casa Parda", donde su media hermana Ángela Raubal vive con su familia. Ángela tiene una hija, Geli, alegre pero poco inteligente, que estudia canto; desde 1927, Geli es la querida del SA Maurice, individuo poco recomendable. Esta relación está mal vista por el tío Adolf.

El 17 de setiembre, Hitler se va en automóvil a Erlangen; antes de partir, le pide encarecidamente a Geli, que lo saluda desde la ventana del segundo piso, que no regrese a Viena. A la mañana siguiente encuentran agonizante a la muchacha; Hitler le había dado, como a todas las mujeres que compartían su intimidad, una pistola de 6,35 y, sin duda por torpeza, se pegó un tiro en el corazón. Por lo menos, en el sumario figuraba como suicidio. Maurice, a quien se le encuenta oportunamente un padre judío, recibe 20.000 marcos para que se calle y no vuelve a asomar al primer plano.

Hitler se sintió muy apenado. Durante tres días no probó alimento y Rudolf Hess, que lo vigilaba sin descanso, tuvo que esconder todas las armas, porque se temió que el Führer se suicidara. Más tarde, gracias a la amabilidad del gobierno austríaco, Hitler consiguió llegar de incógnito a Viena donde Geli había sido inhumada; meditó un rato ante la tumba de la joven. Parece haber sentido por ella un afecto sincero y profundo. Después de la muerte de Geli Raubal, Hitler se volvió estrictamente vegetariano.

Seis meses más tarde, una noche en el cine, Hoffmann lo sentó junto a una vendedora extasiada que trabajaba en su tienda de Berchtesgaden: Eva Braun.

En la misma época, Hitler sufrió con otro miembro de su familia contrariedades que lindaban con lo policial. Tenía en los Estados Unidos un sobrino, William-Patrick, nacido del matrimonio de su medio hermano Aloys II con una irlandesa. En el curso del verano de 1921, el joven escribió a su tío que el asunto Schicklgruber iba a ser divulgado en los diarios, lo que ocurrió: el antisemita aparecía allí como descendiente probable de judíos. Hitler pidió al abogado Hans Frank, de Munich, que hiciera una investigación; este último verificó el detalle de la pensión alimenticia, pero no pudo afirmar nada en cuanto a la filiación de Aloys I Hitler. Aloys II, por su parte, se negó siempre a dejar el restaurante que poseía en Berlín; su segundo hijo, Heinz, educado en un liceo nacional socialista, murió posteriormente en el frente ruso; William-Patrick fue oficial del ejército norteamericano de invasión de 1945. *Nunca tuve suerte en mi vida privada*, solía decir el Führer.

La República de Weimar, de naturaleza enfermiza, sucumbe bajo el peso de la miseria pública. Entra en agonía a partir de 1930. En seguida el Tercer Reich encomiado por Hitler, está considerado el sucesor, y los sufragios que recoge en los diferentes escrutinios siguen la curva de la desocupación.

En 1931, el periodista francés Raymond Recouly observa: "Hitler, considerado antes como un mero energúmeno, como un esperpento, está cambiando ahora de aspecto y se presenta como un hombre nuevo, encargado por la providencia de purificar y vivificar a Alemania". Formula así el diagnóstico, en fin, del jefe carismático, capaz de todo. Hitler ha llegado a ser un factor de la política europea: ¿traerá la guerra?

El Partido Nacional Socialista, explotando a fondo las circunstancias favorables, progresa rápidamente: doce bancas en el Reichstag de 1928, 107 en 1930; 11.339.000 votos, luego 13.418.000 para Hitler en las elecciones presidenciales de la primavera de 1932; el 30 de julio de 1932, el partido obtiene 13.700.000 sufragios y 230 bancas en la legislatura. Goering se convierte en presidente del Reichstag y aprovecha su cargo para hacer fracasar al gobierno de von Papen. Después de este hidalgüelo, Hitler recurre a un general, von Schleicher. También fracasa. Hitler aparece como el único "hombre fuerte"; lo repite: *Yo o Moscú*. Se producen desórdenes en todas partes. El ejército y la industria prefieren a Hitler en vez de Moscú; su evolución se manifiesta en seguida después de la tregua de Navidad.

El 3 de enero de 1933, a la noche, el tren que toma Hitler para Munich con destino a Hannover, donde el Führer decidió jugarse a fondo en las elecciones del pequeño estado de Lippe-Detmold; pero el vagón dormitorio modifica el recorrido en el curso del viaje y se detiene en Bonn. Hitler se encuentra con su comitiva en la salida noreste de Colonia y se aleja luego en un automóvil. Tiene cita en casa del banquero von Schröder con el antiguo canciller Franz von Papen. Este pillo aristocrático, antiguo oficial de húsares, tiene por cualidad principal la confianza en sí mismo. Von Papen ofrece a Hitler el cargo de canciller. Una zancadilla al canciller en ejercicio, von Schleicher, un mensaje a Oskar von Hindenburg, consejero de su padre envejecido y, con la ayuda del éxito electoral obtenido en Lippe-Detmold, el 30 de enero, a las 11 horas, el "cabo bohemio" o "M. Schicklgruber", como lo llamaba el mariscal-presidente, es nombrado canciller del Reich; Frick y Goering reciben las carteras del Interior en el Reich y en Prusia. A Seldte y Hugenber les tocan funciones ingratas: al primero Trabajo, al segundo Agricultura y Alimentación. Gürtner, como anteriormente en Munich, es el ministro de Justicia. Un conde y dos barones, entre los cuales figura Franz von Papen, completan el equipo. Los barones cuentan con los hombres de acción, Hitler, Frick y Goering, para liquidar a los medios de izquierda, después de lo cual volverán a su sitio. Ignoran que han confiado el poder a un discípulo asiduo de Max Weber.

En el puesto de Ministro de la Reichswehr, Hitler coloca a otro barón: el general von Blomberg, que jugó en el ejército la carta del nacional socialismo y obtiene así el cargo esperado. Blomberg era alto, delgado, fino como un florete; lo apodaban "El Joven Hitlerista Quex", por una reciente novela de propaganda, y también el "León

de Poca Monta"; cometía el error, después de quedar viudo, en 1932, de desaparecer por algunas horas en las casas de citas.

Hitler está abrumado de felicidad y consciente de sus responsabilidades. Mientras tanto, desde las 19 horas hasta la una de la mañana, desde la ventana de la Cancillería asiste al desfile de las secciones de asalto. En la noche invernal, la multitud rebosa de entusiasmo; aclama a los milicianos portadores de antorchas. Algunas ventanas más allá de donde se encuentra el nuevo canciller, el mariscal Paul von Beneckendorf und Hindenburg asiste al apoteosis. Hacia medianoche, las columnas del Casco de acero suceden a las de la SA. ¡Demasiado tarde! La Alemania de mañana será nacional socialista; el cabo Schicklgruber ganó la primera mano.

La idea del nacionalsocialismo, en especial el pensamiento del Führer, constituye en adelante la plataforma sobre la cual será construida y gobernada Alemania.



Manifestación comunista: los sombreros y las corbatas escasean (1929). "Raus!". ¡Fuera! (se sobreentiende que es Hitler)

Goering, 8 de julio de 1933

El Führer del Tercer Reich [1]: 1933-1945

Queda por ganar la segunda.

Primera etapa de la maniobra: obtener el estado de emergencia. El 31 de enero, Hitler pronuncia un discurso difundido por radio acerca del tema: denme cuatro años. En ese plazo, se compromete a salvar al campesinado y eliminar la desocupación; pero antes que nada habrá que aplastar al comunismo. Es disuelto el Reichstag; el 5 de marzo habrá elecciones. El 6 de febrero, Hitler adopta un decreto "para la protección del pueblo alemán".

Segunda etapa: destruir la oposición política. El 22 de febrero, Goering otorga a los SA y Casco de Acero la categoría de policías auxiliares. En las calles se combatía. El 27 a las 21, Hitler, que se encontraba en casa de Goebbels escuchando música, se enteró de que el palacio del Reichstag se incendiaba. Eso lo sorprendió; el golpe había sido imaginado por Goebbels y organizado por Goering, pero fue atribuido oficialmente a los comunistas. Las listas estaban preparadas: son arrestados cuatro mil militantes. El día siguiente, 28, era derogado el artículo 48 de la Constitución, y suprimido el derecho de palabra y de reunión. El 5 de marzo, el Partido obtenía doscientos ochenta diputados; inmediatamente los SA completaron la toma del poder apropiándose por la fuerza de todos los gobiernos regionales. Himmler pasa a ser entonces prefecto de policía en Baviera.

Después, recobrar por cuenta propia el poder tradicional según Max Weber. El 21 de marzo, en presencia de Hindenburg, Hitler, en la Garnisonkirche de Potsdam, se inclinaba sobre la tumba de Federico el Grande y rendía homenaje al mariscal-presidente, que le estrechó la mano emocionado.

Legalizar el golpe de fuerza. El 22 de marzo, el Reichstag acuerda al canciller los plenos poderes por cuatro años. Los socialistas votan en contra; los comunistas se hallan en prisión y su mandato es anulado sin reemplazo.

Las leyes del 1º y 7 de abril suprimen las asambleas regionales y derogan todas las autonomías salvo en Prusia. A su vez, los ministros son regimentados; el 22 de abril apunta Goebbels: "Dentro del Gabinete se ha impuesto la autoridad del Führer. Ya no se vota; decide el Führer. Todo anda mucho más rápido de lo que nos había-

[1] La expresión "Tercer Reich" se debe a Joachim de Flore (muerto en 1263). Fue retomada por Moeller Van der Bruck (muerto en 1925).



El Reichstag otorga plenos poderes a la cruz gamada

mos atrevido a esperar". Goering, presidente del Consejo de Prusia, crea la Gestapo (27 de abril).

Se instaura así un régimen policial sin antecedentes, que proliferará en todos los ámbitos.

Hay que ocuparse de los obreros... El Primero de Mayo, Hitler habla ante un millón de ellos, en Tempelhof. Al día siguiente son suprimidos los sindicatos y confiscados sus haberes. Es creado el Frente del Trabajo, que se confía a un borracho: Ley.

Séptima etapa: liquidación de los partidos políticos. Después de los comunistas, proscriptos desde marzo, toca el turno a los socialistas (22 de junio), a los partidos pequeño burgueses, al partido populista bávaro (4 de julio), al Centro católico (5 de julio). Por último, el Casco de Acero es disuelto dentro de la SA. La partida está ganada.

El nuevo canciller se organiza en su puesto. El procedimiento clásico discernido por Max Weber era el plebiscito: el 12 de noviembre, treinta y nueve millones seiscientos mil "electores" envían al Reichstag 661 "diputados" nacionalsocialistas. En todos los rangos del poder, los partidarios del Jefe se inician en las tareas burocráticas del poder legal; no tendrán más éxito que aquel.

Hitler se ejercita en la función de canciller. Distribuye su tiempo entre Berlín, Munich y la aldea de Obersalzberg.

Cada mañana a las 8, en la Cancillería, el ayuda de cámara Krause, un ex marino de un metro noventa de altura, deposita sobre un taburete, ante la puerta de la habitación, los diarios y los despachos de agencias noticiosas. A las 9.30, el criado llama a la puerta. Hitler pasa al cuarto de baño, se afeita y asea solo; anuda él mismo su corbata, pero no sabe hacer el nudo mariposa. A las 9.52, se pone la chaqueta y llama pidiendo el desayuno. Entonces Krause le lleva, en un plato: dos tazas de leche caliente, una decena de masitas, media tableta de chocolate rallado; el Führer mismo abre la puerta de su pieza y desayuna de pie en cinco minutos, mientras lee las noticias. Establece la lista para el almuerzo y luego se dirige a su escritorio.

Conferencias y entrevistas hasta alrededor de las 13 o 14 horas. Cuando entra el último visitante, Hitler telefonea para que se tenga lista la comida. Después pasa un instante al cuarto de baño y va al comedor, da la mano a todos sus invitados, habitualmente una veintena. Hay varias mesas redondas; la comida dura de treinta a treinta y cinco minutos. Los visitantes más frecuentes son Goebbels, Goering, Ribbentrop. El Führer no come carne ni pescado; a veces huevos, a menudo queso, con una predilección por el Petit-Gervais. Habas, arvejas y lentejas son la base de su alimentación. De postre, una manzana. Siguen al almuerzo algunas entrevistas privadas: Hitler conduce al jardín de invierno a uno de sus huéspedes para una conversación personal.

A las 16, café con masas en el Hotel Kaiserhof; esto dura hasta las 18 y 30 o 19 horas. Cerca de las 20, cena en la Cancillería, donde son invitados entonces actores o grandes personajes de la cinema-

tografía. Hitler examina una lista de seis a ocho películas y elige la que verá por la noche: le apasiona el cine, como a Goebbels, a quien además le apasionan las actrices.

Entonces se sirve el café en la sala de fumar, mientras la sala de música es preparada para la película. Hasta el invierno de 1942-43, Hitler se reserva el derecho de censurar los noticieros; después no querrá verlos más.

A medianoche, una vez partidos los invitados, el Führer se queda en la sala de fumar conversando con el personal inferior, al cual se sirve un café completo, con sandwiches. Se habla de todo, excepto de política, hasta las dos o tres de la mañana.

Entonces el Führer se retira a su departamento privado, donde se encierra con llave; sobre su mesa encuentra una infusión de valeríana y una botella de coñac. Para dormir, se pone un camisón.

De día Hitler vestía camisas de cuello duro, que se cambiaba en ocasiones tres veces por día o bien con menos frecuencia; prefería los calzoncillos cortos, calzaba siempre medias negras livianas, incluso con las botas. Se ponía cualquier corbata y se vestía con descuido, con ropas que su sastre tenía que cortar calculando. Sostenía su pantalón con tirantes; sin chaleco, chaquetas cruzadas o la chaquetilla kaki de SA, más tarde una chaquetilla de *feldgrau*; la primera era preparada en Munich, la segunda en Berlín; con frecuencia se ponía la una o la otra con un pantalón negro. Le fastidiaba tener que ponerse levita, cosa a veces inevitable.

Sus zapatos son un capítulo aparte; sus largos pies en pincel le dolían y no podía resolverse a desechar sus zapatos viejos. Los usaba casi siempre negros, aun con traje claro. Más tarde se ponía casi siempre zapatos de charol muy blandos, igualmente negros.

Sus sombreros son de fieltro color topo, proporcionados por una buena casa de Munich. La gorra militar no le queda nada bien; debido a su frente huidiza, le cae sobre los ojos dándole aspecto de cartero. Compra sus sobretodos de confección a un sastre mayorista berlinés. Cuando va en coche, luce un abrigo de cuero y un gorro.

Su único lujo residía en la adquisición de elementos ceremoniales; los quería inmensos y majestuosos, a la medida de sus pensamientos. Además tenía cuadros por todas partes: Böcklin, Makart, Rembrandt, Thoma; siempre había retratos de su madre colgados en una pared de su habitación.

Esta existencia reunía las manías del solterón y las irregularidades del bohemio; al Führer le espanta la soledad, salvo para dormir; entonces se encierra siempre con llave, y prefiere colchones gastados, hundidos en el medio. Efectivamente, se pregunta uno cuándo trabaja, pero es que cultiva en política el estilo artístico.

Su salud, que este tipo de vida somete a dura prueba, le causa entonces algunas molestias; la existencia sedentaria y la alimentación a base de farináceos le provocan hinchazones; estómago e intestino trabajan con dificultad.

Hasta 1934-36 consulta regularmente a un especialista berlinés, el doctor Grawitz. Luego Hoffmann lo pone en comunicación con su



Milicianos SA desgarran la bandera republicana en Hamburgo

médico personal, el doctor Morell. Éste es un ex médico de la marina mercante especialista en enfermedades venéreas (lo cual acredita la hipótesis de la sífilis contraída por Hitler en su juventud), con aspecto de epicúreo obeso y mirada de cerdo astuto detrás de sus anteojos. Morell se dedica con éxito a restaurar la flora intestinal del Führer; recibe el título de profesor y enormes ventajas financieras. Aplica a su paciente terapéuticas de caballo que gracias a un temperamento férreo, Hitler tolera bien: inyecciones de vitaminas y de azúcar de uva; inyecciones contra la gripe, contra el reuma, etc.; le tolera las píldoras "Antigas", de las cuales tiene siempre una reserva y utiliza inmoderadamente. En suma, en el caso preciso a su cargo, el doctor Morell da pruebas de sentido psicológico y clínico: evita hacer política y ofrece consultas gratuitas al personal inferior, pero tiene a distancia a todos mediante recriminaciones perpetuas. No es miembro del Partido. Como médico privado, es socio del doctor Brandt, cirujano del trabajo en las minas, que acabará ahorcado en Nuremberg en 1946: inteligente y talentoso, Brandt sucumbió a la influencia del Führer.

En 1933, Hitler se hace arrancar la mayor parte de los dientes, y desde entonces luce una prótesis más estética que los "dientecitos de rata" que eran los suyos; su perfil se modifica: la línea de la nariz, que era recta, se hace cada vez más curva. Resuelve además no volver a comerse las uñas, y se hace manicurar.

En 1935, el cirujano laringólogo von Eicken lo opera de un pólipo de las cuerdas vocales que amenazaba dejarlo prácticamente mudo.

El ordenamiento de sus días se repite cada semana de martes a viernes, salvo un viaje por razones de servicio. Habla en ocasión de grandes manifestaciones habituales: 30 de enero en Berlín (toma del poder); 1º de mayo (Fiesta del Trabajo), principios de setiembre (congreso del Partido en Nuremberg); principios de octubre (Fiesta de la cosecha en el Bückeberg); 8 de noviembre (putsch de 1923 en la Bügerbrau).

Cada uno de estos festejos, y sobre todo el congreso del Partido en Nuremberg, está encuadrado por un ceremonial wagneriano; un rasgo común de las construcciones previstas para alojar estos fastos es que se asemejan al sitio de llamada de un campo de concentración. El aniversario del Führer es celebrado con regularidad el 20 de abril. Todos los años, en julio, concurre al festival de Bayreuth; allí se encuentra el 25 de julio de 1934, y precisamente en el teatro, cuando un despacho le anuncia que en Viena un centenar de SS clandestinos, la "SS gimnástica", han intentado un putsch y asesinado al canciller austríaco, Dollfuss. En agosto de 1936 no falta a una sola jornada de los Juegos Olímpicos; la triple victoria del negro norteamericano Jess Owens, figura deportiva legendaria el trofeo, lo entristece.

Pero habitualmente, a fines de cada semana, viaja a Baviera, su comarca predilecta.

Están a su disposición tres medios de transporte: primero, tres grupos de seis a ocho automóviles Mercedes, de seis litros de cilindrada a compresor, motores veloces y robustos. A partir de octubre de 1939 uno de ellos está blindado: cristales de cuatro centímetros y medio, palastros de cuatro milímetros sobre los costados, de seis milímetros debajo; el Führer prefiere el auto; se sienta junto al conductor y dispone, mapa en mano, el itinerario y las paradas. También viaja en tren: un coche-cama especial es enganchado al tren común; más tarde tendrá su tren especial. Si el tiempo apremia, toma un avión. Si emplea el tren, los autos y el avión viajan vacíos, y recíprocamente.

En Munich subalquila una habitación en la calle Prinzregentenplatz 16; luego va adquiriendo la casa pieza por pieza, pero se acantona en su habitación inicial, pequeña y escasamente amueblada.

Desde Munich llega en auto hasta Obersalzberg donde, gracias a las ganancias obtenidas con *Mein Kampf*, se ha convertido en hacendado.

La estadía de Hitler ha hecho célebre el pueblo de Berchtesgaden, en la Alta Baviera, no lejos de Salzburgo. Dietrich Eckart, que gustaba refugiarse allí cuando tenía dificultades con los tribunales, había llevado a su amigo.

Habitualmente Hitler ocupaba una pieza alquilaba en la casa Wachenfeld, de la aldea de Obersalzberg, y Eckart una casa vecina, el Platterhof. Ya canciller, Hitler se paseaba a pie por los alrededores, siempre los mismos, saludando a los campesinos y palmeando llas mejillas de los niños; más tarde compró la casa Wachenfeld (1933) e hizo rodear al terreno con un cercado mientras el edificio era reacondicionado. En las cercanías fue construida una casa de huéspedes, además de viviendas para la guardia personal y los policías asignados a la vigilancia. En adelante esta residencia fue denominada Berghof.

Martin Bormann, que se había iniciado como empleado en el servicio de seguros de los SA, habiendo llegado al puesto de secretario de Hess, se dedicó a transformar Obersalzberg en un refugio sagrado para el gran hombre. Creó un sindicato destinado a comprar una por una, a cuatro veces su valor, todas las tierras del lugar; finalmente, él y Hitler llegaron a ser sus únicos propietarios. Se hizo vegetariano. Más tarde hizo reconstruir el Platterhof conservando la habitación de Eckart; Hitler le quedó agradecido por esta atención y por su labor incesante, que él, por lo demás se arreglaba para hacer valorizar. Hasta en plena guerra, millares de obreros trabajaron en las nivelaciones y construcciones: cuando el Führer estaba allí, se evitaba trabajar con explosivos antes de mediodía.

Este parque nacional culminaba en la "Casa de Té". Por medio de un largo camino sinuoso se llegaba a una gigantesca puerta metálica; detrás, al fondo de una galería, se había abierto en la roca un ascensor; así se llegaba cien metros más arriba, a una casa situada a 1.800 metros de altura, en lo alto del Kehlstein: desde allí se extendía un panorama, especialmente cautivante al finalizar la



tarde, sobre las vastas bahías de la región de Salzburgo. Pocas veces iba allí Hitler, ya que la altura, y sobre todo el ascensor, lo incomodaban. Allí recibió algunos invitados escogidos. Esta creación era una idea de Bormann. Como en 1940, en otoño, la princesa heredera de Italia se quemó con un té demasiado caliente, aquel aprovechó el incidente para hacer enviar a retiro al edecán Brückner, uno de los nacionalsocialistas más antiguos. Desde entonces, a Bormann le resultó fácil allegarse al Führer, primero con el apoyo de Himmler, luego contra él. Estas rivalidades, que el Führer adivinaba perfectamente, lo colmaban de satisfacción. Era al departamento de Munich donde el Führer hacía llamar a Eva Braun; esta llegaba discretamente antes que él, y salía de igual manera después de su partida. O bien ocupaba una habitación en el Platterhof para luego ir unas horas al Berghof.

Hacia 1934, las damas del Partido oyeron hablar por primera vez de una amiga del Führer, una empleada del fotógrafo Hoffmann, Eva Braun, nacida en 1910. Medía un metro sesenta y cuatro y vigilaba celosamente su peso. Tenía lindas piernas. Se ha discutido el volumen de su pecho. En cuanto al rostro, tenía tez clara y fresca, de una lindura banal, los ojos avellanados, con largas cejas. Al natural era menos rubia de lo que aparece en las fotografías.

Sus padres tenían otras dos hijas; una de ellas, Gretl, se casó en 1944 con un comensal de Hitler, Fegelein, que era un hombre corrompido. La tercera hija de Braun, jubilada de la enseñanza técnica, emigró a Estados Unidos y se casó con un médico israelita. Cuando el señor Braun, rindiéndose ante la evidencia tuvo que confesarse que su hija Eva era la amante del Führer, escribió a Hitler una hermosa carta preguntándole qué intenciones tenía.

Éstas eran las de un viajante de comercio que, cuando está de paso, gusta encontrar en su cama una mujer joven, linda, segura y discreta. Eva lo dispensaba de hojear obras pornográficas, como lo hacía desde 1925 hasta 1930. Con su hermana Gretl, habitaba en una residencia de la Wasseburgerstrasse, en Munich. Sus necesidades materiales eran cubiertas por una participación en los negocios de Hoffmann. Fue sin duda bajo la influencia de Eva, o del sentimiento que esta le inspiraba, que en 1933 Hitler dejó de comerse las uñas, se hizo poner dentadura postiza y adoptó el hábito de las píldoras "Antigas".

Angela Raubal, que tenía a su cargo el arreglo doméstico en el Berghof, no soportaba a Eva. En 1936 con el apoyo de Magda Goebbels, poseedora de gran experiencia sobre sexo masculino, se propuso encontrar para su medio hermano una cónyuge más conveniente para su situación que aquella persona; Adolf le hizo entonces una escena terrible, y ella abandonó el Obersalzberg para volver a casarse. Fue reemplazada por una pareja de mayordomos, y así Eva se convirtió en dueña de casa. En 1939, para satisfacer las leyes sobre trabajo en tiempo de guerra, Hitler la designó gobernanta.

Era el suyo un espíritu de mantenida pasiva, tironeada entre el gusto tradicional por una vida burguesa y el que la atraía a la gran

vida marginal. Su situación clandestina no era una posición estable. Sin embargo, le resultaba imposible salir de ella; conocía al Führer demasiado de cerca y no podía manifestar la menor independencia. Pero Hitler estaba siempre ausente, participando en reuniones mundanas donde las mujeres bellas lo rodeaban y acosaban. Para haber aceptado esta falsa situación, Eva, joven aún, debió carecer de carácter y de inteligencia; cuando sus tristes reflexiones se los aportaron, era demasiado tarde para reconstruir su vida. La amante de Hitler merece una compasión cuya profundidad solamente una mujer puede medir.

A partir de 1936 fue amante titular. Jamás se ocupó de política ni de intrigas; habiendo elegido un papel, lo mantuvo hasta el final. A veces su mal humor se manifestaba contra el personal y su rostro, marcado por dos arrugas que encuadraban la boca, parecía envejecer veinte años.

Mientras tanto, y detrás de su despreocupación de dilettante, el Führer llevaba adelante su plan: establecer su poder absoluto.

Tal poder reside en la persona del Führer, designado por la Providencia, surgido del Pueblo y por él plebiscitado, creador y jefe del Partido en el cual se reúnen los elementos válidos del Pueblo, jefe del Estado. El Estado, organismo tradicional; el Partido único, organismo renovador, comunican al Pueblo la voluntad del Führer, determinada por el racismo, moldeada por las circunstancias. Toda función decisiva es asumida por un miembro del Partido; la obediencia es ilimitada, garantizada por el juramento y controlada por la policía política.

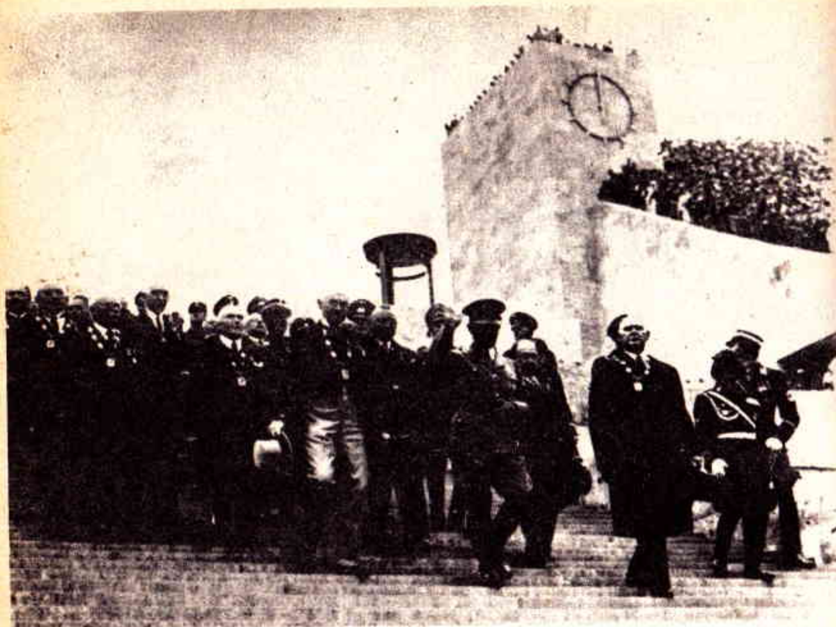
A partir del verano de 1933 la sincronización del pueblo alemán se halla encaminada. Quedan dos puntos oscuros: la Reichswehr y las SA. En cuanto a la primera, Hitler adopta precauciones sin apresurarse; espera que, gracias al aumento de los efectivos y al reclutamiento de nuevos oficiales que ya no pertenecen a la nobleza, haya disminuido el espíritu de independencia de los cuadros. Entre tanto, se apoya en el Estado Mayor.

El 16 de abril de 1934, durante un crucero por el mar del Norte a bordo del "acorazado de bolsillo" *Deutschland*, el canciller recibe las quejas del general von Blomberg, verdadero sucesor de von Seeckt. El general es terminante: subsiste un elemento de anarquía, la SA. Esta debe ser controlada o desaparecer; es el precio del apoyo de la Reichswehr. Hitler medita.

Los Cuerpos de Asalto de 1934 no son ya la milicia anterior a la toma del poder. Antes tuvieron trescientos muertos y diez mil heridos en las batallas contra los comunistas; ahora dominan la calle sin peligro alguno, y el miliciano dedicado al servicio es reemplazado por la simple bestia protegida por la coartada de ser policía. Sus efectivos se han elevado de cuatrocientos mil a más de un millón; el valor promedio de los cuadros ha disminuido. Este crecimiento ha sido posible por la adhesión masiva de oportunistas deseosos de salvarse de la desocupación y jugar un papel sin riesgos; entre estos nuevos milicianos figuran ex activistas de izquierda deseosos de ha-



Bayreuth



1º de agosto de 1936: el Führer se dispone a inaugurar las Olimpiadas

cer méritos ante el nuevo régimen; secciones enteras de la Antifa comunista y de la Bandera del Imperio socialista han ingresado en bloque en la SA, llevando sus armas y entregando sus depósitos clandestinos. En suma, la SA se ha convertido en un elemento indisciplinado de ideología insegura, que tiende colectivamente a lanzar una segunda oleada revolucionaria. Roehm ha concebido el plan de integrarla al ejército, o incluso de absorber en ella la Reichswehr; pero ya no domina muy bien a sus tropas y, conociendo bien a Hitler, que lo tutea, le deja tiempo para que decida.

Por su parte el canciller, perfectamente informado de lo que ocurre dentro de la SA, tiene que adelantarse a la tempestad; necesita golpear a Roehm antes de que este haya perdido la confianza de su milicia, pues si no, tendrá que enfrentar una insurrección generalizada, mucho más difícil de vencer, que arriesga beneficiar a los comunistas. Nadie, ni en la izquierda ni en la derecha, protestará contra una disolución de las milicias pardas; los elementos serios de estas se inclinarán ante la razón de Estado y serán reorganizados, una vez depurados.

Otro grave motivo aboga por la destitución de Roehm: este puede ser un rival personal de Hitler si el favor de la Reichswehr, apoyada por las armas pesadas, se vuelve hacia él. Hitler advierte bruscamente una deficiencia de su sistema: no cuenta con un ejército personal de importancia, ya que la SS, pese al impulso que le ha dado su Reichsführer Heinrich Himmler, no ha podido ser llevada sino de doscientos ochenta a unos setenta mil hombres; demasiado poco frente a la Reichswehr por sí sola e insignificante contra la eventual alianza de la Reichswehr y la SA.

A todo riesgo, se encarga a Goering, a Himmler y su feroz ayudante Heydrich (expulsado en 1931 de la Marina por deudas, duelos y enredos femeninos) reunir "pruebas"; por si acaso, los tres las recogen también contra Hitler. El 20 de abril, las atribuciones de Himmler y de la Policía secreta estatal son extendidas a todo el Reich. En mayo, Goebbels lanza una campaña contra los "criticones y derrotistas", vale decir, contra la oposición conservadora y el sector militante de la SA.

Mientras tanto aumenta la urgencia del apoyo del ejército para Hitler, ya que el viejo mariscal Hindenburg se vuelve cada vez más senil y la cuestión de su sucesión amenaza plantearse de un día a otro. El 16 de mayo en Nauheim, Blomberg ha comunicado en una conferencia de los jefes militares que Hitler es su candidato para la Presidencia del Reich, y las seguridades dadas por este.

Himmler por un lado, por el otro Goering —ya que éste, disgustado por haber tenido que ceder a Himmler una gran parte de sus prerrogativas, ingresa en una competencia de celo junto con el Reichsführer SS— se afanan febrilmente en la purga que se prepara, estableciendo extensas listas de hombres a eliminar y repartiendo las "misiones especiales" entre los ejecutores designados. El ex canciller Brüning, puesto sobre aviso, sale de Alemania. La puja entre esos dos hombres y sus servicios de información llegó a componer un

cuadro aterrador de la supuesta "oposición". Sin embargo, Hitler se demora; espera a que se desencadene en él el gusto por actuar con violencia y la elección de la dirección que imprimirá el golpe descargado.

Vacila todavía el 14 y 15 de junio, cuando visita Venecia, donde lo recibe el Duce. Hitler, en "Trench-coat" y sombrero de fieltro, parece insignificante al lado de aquel romano teatral. Mussolini sugiere delicadamente a su visitante que Heines y Roehm comprometen el prestigio del régimen. Le proporciona así el pretexto honorable para asesinarlos. El 16, Hitler, de regreso en Alemania, reúne a los jefes del Partido en Turinge, Gera.

El mismo día, el vicecanciller von Papen, incorregible atolondrado, pronuncia en Marburgo un sermón estrepitoso y conminatorio, donde llama al canciller a obedecer a la moral. Este discurso temerario, que leyó, había sido redactado por su secretario. Al mismo tiempo, otros despistados conservadores hacían circular listas ministeriales para el próximo gobierno, que sucedería al de Hitler.

Por la noche, al regresar a Berlín, Hitler se entera de que Roehm, de licencia desde el 7 de junio, continúa apaciblemente su cura antirreumática en Wiessee, Baviera, a cincuenta kilómetros al sur de Munich, mientras que Blomberg se encuentra en Neudeck junto al mariscal-presidente: "Sud" y "Norte" se retiran bajo su carpa. Hitler acude al más apremiante: a Neudeck.

El 21 por la mañana, se presenta ante la entrada de castillo, envuelto en un cálido sol. En uniforme de gala, Blomberg, más elegante y más seco que nunca, declara al canciller que ha recibido del presidente directivas imperiosas para rogarle que restablezca el orden (vale decir que contenga a la SA). El canciller olvida el objeto inicial de su misión, que era informar al presidente acerca de los resultados obtenidos en Venecia. El viejo mariscal, cuya inteligencia se apaga con rapidez, repite a Hitler las opiniones que acaba de dictarle Blomberg. Inútil insistir; lo impide la salud del mariscal. Cuatro minutos más tarde, Hitler se encuentra de nuevo en la antecámara con Blomberg, más rígido que antes. Parte y vuelve a subir a su avión con Goebbels que, prudente, no volverá a separarse de él hasta que concluya la crisis. Mastica la ofensa; Blomberg la pagará algún día.

El 25 de junio marca un aumento de la tensión: Al llegar al dominio de Schorfheide, donde Goering hacía reinhumar a su primera mujer Karin, en un monumento formidable, Himmler recibe algo en el parabrisas; probablemente una piedra del camino. Un SA del servicio de orden es fusilado por el atentado. Desde la radio, el fiel Rudolf Hess parte a la carga contra los opositores de derecha y de izquierda. El general von Fritsch, al comando de la Reichswehr, anula los permisos y acuartela todas las unidades. El 28 de junio Roehm es expulsado de todas las asociaciones militares a que pertenecía. El 29 de junio, Blomberg firma en el *Völkischer Beobachter* un artículo donde proclama la adhesión del Ejército a la persona del Führer. Este oportunismo de los militares resulta curioso. En otro tiempo, cuando von Seeckt quería promover a Hitler, dirigía a sus subordinados una

circular de elevado estilo; su sucesor espiritual cohabita con Rosenberg y otros pasquinistas en el órgano oficial del Partido; acaso pretendía aplicar la máxima contenida en el reciente Código de Honor del soldado alemán: "el servicio militar es un servicio de honor hacia el pueblo alemán"; y esto, no en calidad de general sino de ministro.

¿Y Roehm? Nadie sabe qué preparaba; quienes podían conocer sus ideas fueron masacrados junto con él. Su teoría equivaldría sensiblemente a la que afirmaría Himmler, y que en julio de 1944 llegaría a colocar al ejército bajo el control absoluto del Partido; pero lo que se sabe de estos últimos días muestra una pasividad sorprendente. Aunque ordenando a los SA que se mantuvieran preparados, a mediados de junio decidió licenciarlos por cuatro semanas a partir del 1º de julio: ¿disimulo, maniobra para reconciliarse con la Reichswehr, medida previa a su dimisión completa?

La clave de lo que se ha designado "caso Roehm", y con más exactitud la "purga del 30 de junio", no reside en Roehm ya que este no es sino una víctima entre muchas otras; reside en Hitler. Como político, éste nunca se negó a derramar sangre. Roehm tuvo la desgracia de proporcionar ocasión y disfraz para una acción que Hitler consideraba necesaria; la voluntad del canciller transformó la bola de nieve en una avalancha: cuando hace falta, algunos buenos asesinatos ruidosos, explotados por la publicidad, logran un gran efecto. Y además, si el Führer castigaba así a los suyos, todo le sería permitido luego, tratándose de sus enemigos.

Los detalles del caso del 30 de junio no interesan más que para verificar estas premisas. A veces son alucinantes.

Después de un viaje de diversión por Renania, el 30 de junio, a la una de la madrugada, Hitler, con Goebbels, Otto Dietrich y sus guardias personales vuela desde Bonn a Munich. Roehm lo espera a mediodía en Wiessee.

Los jefes SA de Munich se encuentran en el Ministerio del Interior con algunos "duros" de la época heroica, especialmente el relojero Maurice y el rufián Christian Weber, convertido en organizador de carreras de caballos y director del Ballet Estatal bávaro. Se bebe cerveza. Entra Hitler. Dos hombres sujetan a cada uno de los rebeldes. Hitler los azota con su fusta, les arranca las charreteras y los entrega a la SS, que los encarcela en el Stadelheim, el presidio de Munich. La acción ha comenzado bien; el Führer desborda de ardor y de empuje. Es dudoso que sus víctimas hayan sido conspiradores; por lo demás, Roehm no se entera para nada de todo este alboroto: este supuesto rebelde no tiene siquiera un informante en el aeródromo, ni en el Ministerio del Interior, ni en la prisión; en Munich, todos velan a la espera del Führer pero él, el jefe de estado mayor SA, duerme. A las 5 de la mañana, la expedición punitiva emprende camino a Wiessee.

En el telegrama por medio del cual Hitler anunciaba a Roehm su llegada a Wiessee, le rogaba también que convocara para el 30 de junio a las 10 a todos los jefes y subjefes de grupo SA; Roehm se atuvo a eso. Si se omite mencionar la existencia del telegrama, se



Idilio en Beighof. Eva, sonriente, vigila la siesta de Adolf

obtiene la "prueba" de la conspiración. A Hitler, si no necesitara la purga generalizada, le bastaría aún esperar a las 10, arengar a sus jefes SA y luego deshacerse de Roehm, ya sea en condiciones honorables o con pretextos infamantes; pero la purga se haría imposible. En cambio, se necesita sangre.

A las 7, la caravana de Hitler, sólidamente armada, protegida por un destacamento de SS, llega frente al Hotel Hanslbauer donde se aloja Roehm; la sigue un automóvil blindado de la Reicheswehr a toda eventualidad: como en 1923 en Munich, detrás de la policía se encuentra el ejército, y Hitler vuelve a hallarse en la línea de tiro.

Alrededor de esa misma hora, en la estación central de Munich, los SS reciben a los jefes SA que acuden de todas partes de Alemania con los trenes nocturnos; los arrestan y conducen al Stadelheim. Ignorando de qué se trata, estos obedecen.

Hitler baja del coche; la guardia SS ocupa las salidas. El tiempo es excepcionalmente bueno; en las ventanas se ven aparecer rostros: son los "turistas berlineses" llegados la víspera, miembros de la Gestapo. Sin darse cuenta de nada, Roehm duerme.

El canciller entra en el hotel aún silencioso; sus guardias personales lo flanquean. En la habitación nº 5, el conde Spreti, un joven de gran belleza, duerme en su lecho. Brückner y Maurice entran en la pieza nº 9, que Haines comparte con su chofer; los apresan y conducen afuera. La habitación nº 7 es la de Roehm. Hitler llama.

—¿Quién es? —pronuncia la voz adormilada de Roehm.

—Soy yo, Hitler; ¡abre pronto!

—¡Vaya! ¿Ya llegaste? Te esperaba a mediodía.

Entra Hitler. Breve discusión. Hitler, torrencial, expone sus quejas. Roehm fatalista, discute blandamente; luego eleva el tono. Entra la guardia; lo atan y arrojan al corredor. Llega el hotelero Hanslbauer, despavorido ante tanto alboroto.

—Heil Hitler —dice, con el brazo derecho en alto.

—Grüs Gott —responde Roehm, a la manera bávara.

Se lo llevan y lo suben a un auto. En el mismo instante Heines, Spreti y el chofer son eliminados a pistoletazos.

A las 7 y 45 llega el destacamento de SA armados que Roehm había citado para rendir honores al Führer. Hitler ordena al jefe del destacamento que vuelva a su cuartel y luego se dirige a Munich.

Durante el trayecto se encuentran con los jefes SA que llegan en coches. Hitler hace detener los vehículos, indica a quiénes eliminar y suelta a los demás. El convoy se carga de prisioneros. Todos, y con ellos Roehm, son encarcelados en el Stadelheim. Son las once.

En toda Alemania, los policías de Goering y Himmler proceden con igual vigor. En el estado mayor de Berlín, Goering selecciona los hombres a eliminar; los comandos SS se distribuyen por la ciudad. Se mata a domicilio a von Schleicher, Klausener, jefe de los Jóvenes Católicos; a von Bose, jefe de gabinete de von Papen, Edgar Jung, redactor del discurso de Marburgo; por su parte el canciller advertido subrepticiamente por Goering, se hace proteger eficazmente por una compañía de la Reichswehr.

Hay fusilamientos en prisión. Se fusila en Stadelheim, se fusila en el cuartel de los Cadetes de Lichterfelde, en Berlín; allí, el pelotón dispara a cinco metros de distancia en un patiecito; por un tragaluz los jefes SA detenidos presencian la carnicería y sortean quién pasará primero. En el Stadelheim de Munich, igual carnicería. La fórmula de la orden es siempre la misma: ¡Es la voluntad del Führer! ¡Heil Hitler! ¡Fuego!

Se pone un revólver a disposición de Roehm, pero hay que matarlo en su celda. Igual ocurre con Gregor Strasser. Luego son ejecutados algunos de los fusiladores. Hay mil cien víctimas; Hitler confesará setenta y una de ellas.

A las 18, el trimotor de Hitler aterriza en el aeródromo berlinés de Tempelhof; el Führer recibe el informe. Al día siguiente es aclamado en el balcón de la Cancillería, en tanto Blomberg lanza una proclama a las tropas en la cual levanta el estado de alarma; el Führer, dice, "ha atacado en persona y aplastado a los amotinados y traidores con la decisión de un soldado y un valor ejemplar".

El mismo día, Hindenburg le hace llegar sus felicitaciones. Su inteligencia ha llegado ya al Walhall.

Pocos días después de la purga, es hallado en el pantano de Dachau, cerca de Munich, el cadáver de un viejecito que ha sido torturado y masacrado a azadonazos: von Kahr.

El 3 de julio, Hitler informa al Consejo de Ministros; es votada una decisión que legaliza la purga retroactivamente. El 13, Hitler relata la historia a su modo en el Reichstag. El 20 crea efectivamente la SS, independiente dentro del Partido, dividida en guardias de corps, tropas de marcha y formaciones Calavera. Seis meses más tarde, ya se producían roces entre la SS y el Ejército.

En el ámbito religioso, Rosenberg y Himmler procuraban instaurar una paganismo de base política; sin mucho éxito, ya que estaban restringidos.

La Iglesia, cuya oposición se manifestaba de manera sorda mediante extravagancias episcopales, fue paralizada con una serie de procesos por tráfico de divisas y, en 1937, por medio de ruidosos procesos por malas costumbres. La designación de un "obispo del Reich" y algunos arrestos llamaron al orden a los protestantes. En cuanto a los judíos, se los boicoteaba (1933), se les exigía rescate cuando pretendían abandonar el Tercer Reich; el 9 de noviembre de 1938, Goebbels organizó contra ellos un programa general y Goering les aplicó impuestos por cien millones; más tarde se reunirían con los gitanos en campos de concentración. El campo de concentración —que para muchos resume al Tercer Reich— es, por su desarrollo y concepción, una característica del régimen. Sin duda esta institución tiene antecedentes históricos, incluso filosóficos; se asemeja curiosamente a la "prisión nocturna" en que Platón (La República) encerraba a los opositores; la cámara de gases recuerda las chalanas del revolucionario Carrier, en Nantes, y Lille conoció las ejecuciones con música. Pero a la era industrial corresponde una organización sistemática de la muerte.

El primer campo abierto (1933) fue el de Dachau, en un pantano cercano a Munich; el segundo, el de Oranienburg, cerca de Berlín. Las ulteriores ampliaciones territoriales trajeron consigo su proliferación en las zonas fronterizas: Flossenbürg (1938) al borde de Bohemia; Mauthausen (1938) en Austria; Auschwitz (1940) en el linde con Polonia, etc. Birkenau (1942) cerca de Auschwitz, debía ser el centro geométrico de la nueva Europa, a igual distancia de los tres mares: Negro, Adriático y Báltico. Dora (diciembre de 1943) era la usina subterránea en que se fabricaban las V-2; allí se moría en seis semanas.

El responsable administrativo era Heinrich Himmler, jefe SS para el Reich, que sólo respondía ante Hitler. El personal era suministrado por las formaciones SS "Calavera"; los condenados por delitos comunes cumplían la función de cuadros inferiores.

El primer campo, Dachau, fue poblado por comunistas y agregado a una fábrica de explosivos que debía permanecer secreta. Como el procedimiento parecía cómodo, se lo extendió; en general, la mano de obra concentracionaria trabajaba para la producción de guerra. Aunque débil, el rendimiento era provechoso.

En estos campos perecieron en total seiscientos mil alemanes, millones de judíos y representantes de todas las naciones ocupadas durante la guerra; los procedimientos eran de lo más variados; el sadismo de los guardianes se ejercía sin trabas hasta un punto que excede toda imaginación, pero predominaban la horca, los apaleamientos y la cámara de gas; expresión de un sadismo oficial que masacra sin hacer brotar sangre y sin dañar el rostro humano.

Hitler era informado acerca de estos campos regularmente y en detalle; pero, por lo demás, los rodeaba un secreto riguroso. Nunca apareció en ellos: cuando el jefe carismático mata, se rodea de un horror misterioso. Al final de todos estos actos calculados e indudablemente criminales se hallaba la guerra.

La movilización industrial, secretamente preparada desde 1919 hasta 1929 mediante la cooperación entre la Reichswehr, capitales anglosajones, industriales alemanes, firmas suecas y usinas soviéticas controladas por el Ejército Rojo, había comenzado en 1932 con enormes adquisiciones de materias primas en el extranjero; bastaba con desarrollarla y utilizar esta base material para reconstruir un ejército de conscripción.

Las etapas sucesivas de este rearme fueron el 14 de octubre de 1933 (Alemania se retira de la Sociedad de las Naciones y exige igualdad de derechos en el terreno militar); el 1º de febrero de 1934 (el general von Fritsch, técnico "apolítico", es designado jefe de la Reichswehr); el 2 de agosto de 1934 (a la muerte de Hinderburg, Hitler, convertido en Führer-canciller, recibe el juramento del ejército y la marina); el 16 de marzo de 1935 (ley militar que instituye la Wehrmacht, nueva designación oficial del ejército nacional); el 26 de junio de 1935 (ley sobre servicio de trabajo obligatorio); el 7 de marzo de 1936 (reocupación por la Wehrmacht de la orilla izquierda del Rhin); el 1º de agosto de 1936 (ley sobre la Juventud Hitlerista). En setiembre de 1935, durante el congreso del Partido, en el cual



La SA cultivaba un nihilismo infantil

figura en masa el ejército, han sido promulgadas las leyes raciales denominadas "de Nuremberg".

Entonces son utilizados con Blomberg y von Fritsch, que no son lo bastante dóciles, los alguaciles de la Gestapo. El 12 de enero de 1937, Blomberg se ha casado con su secretaria, Erna Gruhn, de 25 años, que tiene "un pasado", en este caso un prontuario por prostitución en la policía de moralidad. Hitler es testigo en el casamiento; luego el caso comienza a comentarse, y Blomberg, que el 20 de abril de 1936 ha llegado a mariscal, recoge el fruto de sus malas compañías: obligado a renunciar, se exilia en el extranjero, entre los aplausos de sus buenos camaradas, los generales. Al retirarse, Blomberg ha propuesto a Hermann Goering para que lo suceda, pero Hitler pensaba en von Fritsch. Entonces Himmler presenta sobre este último un prontuario por pederastia, enteramente urdido por sus servicios de información. Hitler le presta oídos inmediatamente, y comienza la gran puesta en su sitio de las instituciones.

El 4 de febrero, después de un vasto movimiento entre los generales y de numerosos retiros, un decreto del Führer dispone:

En adelante, el comando de todas las fuerzas armadas, será ejercido directamente por mí.

La dirección central de las fuerzas armadas, con sus tareas propias como comando supremo de las fuerzas armadas, pasa bajo mis órdenes directas y constituirá mi estado mayor militar...

Este estado mayor es confiado al general Keitel, estratega de oficina; el comando supremo, el general von Brauchitsch. Goering es nombrado mariscal del imperio (título inédito en Alemania) y ministro del Aire, encargado como antes del plan cuadrienal. Funk es designado ministro de Economía. El baron von Neurath cede su puesto en Relaciones Exteriores a un representante del champaña alemán Henkel, el juerguista Ribbentrop. Por último, el Führer crea un nuevo órgano de gobierno: el Consejo Privado, presidido por Neurath como figurón, con Hess, Goering, Ribbentrop, Goebbels, el doctor Lammers, jefe de la Cancillería, y tres militares: Keitel, jefe de Estado Mayor; Brauchitsch, jefe de la Wehrmacht; el almirante Räder, jefe de la marina. La función de este Consejo Privado será nula.

Va a levantarse el telón sobre las grandes operaciones de política extranjera de la cual la guerra no es, según Clausewitz, más que la continuación por otros medios. Segun Ludendorff (que rechazó el título de mariscal y ha muerto el año anterior), la política no es sino una forma de la guerra.

Hacia esta época, la imagen que del Führer se hace el mundo está más o menos establecida.

Para la opinión pública, es ante todo un hombre fuerte, a quien su misma fuerza hace atribuir calificaciones ambivalentes; para unos es fuerte y por consiguiente hermoso, digno de ser amado, y suscita declamaciones idólatras; para otros es temible, espantoso, provoca descrédito, vituperación e invectivas. La objetividad escasea. ¿Era acaso posible?

La mayoría de los políticos queda más o menos subyugada; la enumeración de los insensibles será breve. Entre sus aliados, Hitler temía al mariscal rumano Antonescu, estratega cartesiano; su ascendiente sobre el rey Boris de Bulgaria, aristócrata superior, fue nulo. Horthy, el regente de Hungría, se rebeló tardíamente. Entre aquellos cuyo apoyo buscó Hitler, dos lo decepcionaron profundamente, y su evocación le arrancaba gritos de furia: el general Franco, dialéctico inatrapable, y el auvergnés Pierre Laval; ninguno de los dos se dejó engañar por el taumaturgo. En escala mundial, tres hombres nunca se hicieron ilusiones: Churchill, Roosevelt y Stalin, y a la larga fue su criterio el que prevaleció.

El 12 de febrero de 1938, el canciller austríaco Schuschnigg es recibido en Berghof; se le prohíbe secamente fumar. El 20 de febrero, Hitler pronuncia en el Reichstag un discurso anunciando, para diez millones de hermanos alemanes oprimidos en las fronteras, el fin de su esclavitud.

El 12 de marzo la Wehrmacht invade Austria. Hitler pasa por Braunau, Leonding y Linz, estrechando manos. Himmler lo ha precedido en Viena, donde llega el Führer el 13 a las 19, entre aclamaciones. El Anschluss ha sido llevado a cabo.

Luego el Führer impulsa la construcción de fortificaciones, cuyos planos ha examinado en detalle. En seguida se dedica a anexar la región de los Sudetes.

Tras peripecias en que la guerra europea pende de un hilo, la crisis tiene su desenlace el 29 de setiembre, con una conferencia en Munich; concurren a ella Mussolini, el primer ministro inglés Chamberlain y el presidente del Consejo francés, Daladier. Las discusiones concluyen el 30 de setiembre a las 2 y media de la mañana: el Tercer Reich queda satisfecho en toda la línea.

El 13 de marzo de 1939, Hitler recibe al prelado eslavo Tiso; el 14, Eslovaquia proclama su independencia. Por la noche, en la Cancillería, el Führer amedrenta al presidente checoslovaco Hacha, que sufre una crisis cardíaca. El 15 a las 16 horas, Hitler llega a Praga por la ruta y toma posesión del Hradschin: Checoslovaquia ha vivido. Bohemia y Moravia pasan a ser protectorados.

Entonces Hitler suscita la cuestión de Dantzig. En julio inspecciona la "línea Sigfrido"; luego impulsa a fondo las negociaciones con Stalin. El 23 de agosto, este último firma prudentemente un pacto de no agresión con Alemania. El 27 es introducido el racionamiento. El 30, Polonia se moviliza. El 31, Hitler, convencido de que Inglaterra no hará la guerra y que Francia la imitará, decide atacar Polonia al día siguiente. Himmler es encargado de organizar, con presos comunes vestidos con uniformes polacos, un ataque contra la estación radiotelefónica de Gleiwitz, en Silesia. Luego el Führer convoca al Reichstag y pronuncia un gran discurso. Es el 1º de setiembre de 1939. De este mismo día data la ley imponiendo la supresión de los alienados y anormales.

Desde las cinco y veinticinco —dice en el Reichstag— *contraatacamos.*

Así se inicia la segunda guerra mundial, que continúa y acaso pone fin a la primera, ya que dos días más tarde, ante la sorpresa indignada del Führer, Francia y Gran Bretaña entran en el combate.

De primera instancia, la estrategia hitleriana parece magnífica. No lo es, ni mucho menos: rodeado de enemigos por él provocados o resucitados, Hitler acude siempre a lo más apremiante. Ataca en 1939 Polonia para atacar en 1940 a los aliados occidentales que lo habrían atacado en 1942, fecha en la cual temía también el ataque norteamericano. En suma, verificando la profecía de Schott en 1924, "plantea la reivindicación de lo imposible" y deberá sucumbir.

Todos los pagarés insatisfechos serán presentados en bloque en la primavera de 1945, y esto será, después de la guerra total e incondicional, la derrota total y la capitulación sin condiciones de Alemania, el suicidio del Führer.



Deportación de los judíos en Varsovia (1939)

Al mismo tiempo que hace la guerra a sus enemigos externos, el Führer se afana por destruir sus enemigos internos, y hasta a sus propios generales. Además permite que en todas sus grandes decisiones influyan motivos de orden "psicológico", aun cuando contradigan la estrategia.

En el exterior, Hitler aplica la estrategia expuesta por Ludendorff en su "guerra total": vasto desbordamiento, cerco general, destrucción de las fuerzas enemigas; es el famoso, clásico, sempiterno esquema de la batalla de Cannes (año 212 antes de nuestra era).

La maniobra tuvo éxito en Polonia donde, por lo demás, Wehrmacht dispone de todas las cartas de triunfo: posición envolvente desde el comienzo, ventajas de efectivos, de la instrucción, del material. En todas partes Hitler pisa los talones a los combatientes, sobrevuela el campo de batalla, preside el 5 de octubre de 1939 la revista de tropas en Varsovia conquistada. Con todo el Ejército Rojo ha ocupado media Polonia sin esfuerzo.

En Francia, la maniobra envolvente tiene éxito recién después de una fulminante arremetida efectuada por los tanques blindados contra el centro débil del dispositivo aliado, y después de retirarse las fuerzas británicas. De todos modos, fracasa sólo a medias: los vencidos de 1940 tienen espacio libre detrás. La fortaleza inglesa permanece intacto, el África del Norte francesa fuera del alcance alemán. Pero el éxito es espectacular para una Europa que recuerda cuatro años de combate en las trincheras.

El armisticio franco-alemán fue firmado el 22 de junio de 1940, a las 18 y 50 horas, en el mismo vagón de Rathondes donde había sido suscripto el del 11 de noviembre de 1918. Una vez que se alejaron los plenipotenciarios franceses, un destacamento del cuerpo de ingenieros destruyó con dinamita el monumento conmemorativo; luego el vagón fue puesto en camino hacia Alemania.

El 23 de junio, en tres horas, el Fürer visitó un París abandonado por su población, saboreó esta ciudad como un todo terminado; la Madeleine le pareció una obra maestra; en cuanto a la Ópera, el exterior era demasiado cargado. Se hizo fotografiar ante la torre Eiffel, sobre la terraza del Trocadero, visitó la tumba de su precursor en los Inválidos y —hay que decirlo en su descargo— el Sacré-Coeur de Montmartre le pareció absolutamente espantoso.

Después recordó que sería necesario conquistar Inglaterra. Gracias a la expedición escandinava de abril-mayo, la flota alemana ocu-

paba la costa Atlántica, desde el cabo del Norte hasta la Bidassoa. Ahora había que franquear a viva fuerza un brazo de mar y desafiar a la Home-Fleet. Pero Hitler tenía sólo un plan, y no flota de choque. Hizo algunos preparativos, incitó de nuevo a sus tropas en el norte de Francia; las confió a una hornada de doce mariscales nombrados de una sola vez, con el efecto calculado de desvalorizar el título.

Entonces se trabó un duelo aéreo, que, conducido de manera deshilvanada por el diletante Goering, se prolongó sin señaladas ventajas durante el otoño y después el invierno. Llegaron las brumas; animada por Churchill, Inglaterra respiró. Hitler odiaba a Churchill; de haberlo atrapado, lo habría enjaulado y exhibido en las ferias, como en otra época se hiciera con el lúbrico energúmeno Jean de Leyde. El ataque no había tenido lugar; un jefe carismático no hace matar un millón de hombres al comienzo de una guerra, y además, toda la propaganda de Goebbels no había logrado inspirar a los alemanes un verdadero odio hacia los ingleses. Eran todas razones para que Hitler probara suerte en otra parte: sabía que en 1941 habría que vencer a la URSS.

En junio de 1940, el Kremlin, mediante una serie de revoluciones teleguiadas, se había anexado prudentemente a los países bálticos: Lituania, Letonia, Estonia; de tal modo el Ejército Rojo se había puesto en contacto con Prusia oriental. Hitler intentó neutralizarlo con una maniobra política.

En noviembre, Molotov fue a Berlín. Ribbentrop, quien admiraba a esos "hombres de duro rostro del Kremlin", le insistió para que adhiriera al Pacto tripartito. Hitler recurrió en vano a toda su dialéctica: según él, la URSS debía poner todos sus recursos a disposición del Tercer Reich para abatir al mundo capitalista. El coriáceo Molotov no se tragó el anzuelo y se marchó, dejando a Hitler con un palmo de narices y seguro de que el ataque alemán no podía tardar.

Hitler se creó una base de partida en los Balcanes. Intimidando a Hungría, Rumania y Bulgaria, sometió por las armas, entre el 6 de abril y el 27 de mayo de 1941, a los yugoslavos y los griegos. Así Alemania relevaba en los Balcanes a los desdichados italianos, mientras que en Libia, el Afrika-Corps del general alemán Rommell, que no tardaría en hacerse legendario, iniciaba en el desierto una especie de juego de escondites con los británicos, de resultado durante mucho tiempo indeciso.

Desde ese momento, todos esperaban novedades en el este.

El 10 de mayo se produjo un suceso singular. Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler y alto jefe del Partido, era buen piloto; había ganado la competencia aérea de la Zugspitze (1938) y el Führer, considerando inútil esa clase de exhibiciones, le prohibió volar. Pero el 10 de mayo por la tarde partió de Augsburgo solo, a bordo de un Messerschmitt 109, guiándose por las emisoras nacionales alemanas, y al quedarse sin nafta saltó en paracaídas sobre Inglaterra. Allí se declaró portador de una oferta de paz del Führer.

La situación era espinosa, ya que Hess conocía a fondo los planes de ofensiva en el este. Por si acaso Hitler, en un comunicado

publicado el 11, hizo declarar que su lugarteniente estaba loco, cosa que luego pareció confirmar su actitud en el cautiverio y durante el proceso de Nuremberg, donde fue condenado a cadena perpetua. No loco, sin duda, sino alarmado por la idea de la guerra en dos frentes y harto de ser tenido en la oscuridad desde hacía veinte años. Churchill se negó a entrevistarse con este extraño diplomático, cuya llegada sugería que se preparaba una grave decisión y que los allegados del Führer estaban nerviosos.

En esta guerra, el momento de la verdad llegó el 22 de junio de 1941, a las tres de la madrugada, cuando desde Memel, sobre el Báltico, hasta Galatz, sobre el Bajo Danubio, se pusieron en marcha hacia el Este las unidades germanas y sus aliados. La Wehrmacht atribuyó el Führer una frase siniestra: *¡Terminaron las vacaciones en el Oeste!*

Con una confianza ya total en su talento militar, Hitler despreciaba a su comandante en jefe, el mariscal von Brauchitsch, a quien el 5 de noviembre había zamarreado como a un palafrenero borracho; hablaba de quebrar "el espíritu de Zossen" (era la sede del Gran Estado Mayor), invocaba a Federico II.

La oposición entre el jefe carismático y el espíritu de un ejército moderno pertenece a la naturaleza de las cosas; el jefe militar surge de una vocación, de una lenta formación; su adelanto es determinado por la antigüedad, las relaciones y el mérito, vale decir, por una referencia permanente a sus colegas, a una situación; el jefe carismático, en cambio, es incomparable por definición, sordo a consejos y advertencias; su índole personal lo prepara a concebir al mundo como una red de contactos y luego de conflictos suyos personales. Tal contraste tiene que estallar en la primera crisis.

Con el comienzo de la guerra germano-rusa, Hitler se halla entre la espada y la pared: ¿logrará dominar la guerra total?

Naturalmente, el grueso de los medios utilizados era suministrado por la Wehrmacht, a la cual se subordinaban tácticamente unidades de SS, de Waffen SS, contingentes húngaros, rumanos, eslovacos, croatas, italianos, el ejército finlandés y diversas fuerzas insignificantes, provenientes de España y de Europa ocupada. Entre estos aliados, solamente los rumanos sabían, en rigor, por qué combatían: para recuperar Besaravia y Bucovina, perdidas en 1940. Aún así, era previsible que su empuje no fuera más allá del Dniester. Salvo los finlandeses, todos estos aliados estaban asignados, por evidentes razones logísticas, a la parte meridional del frente; su dotación de material era mediocre. Y fue precisamente este sector el que no tardó en convertirse en esencial. En cuanto a los finlandeses, para ellos era una doctrina de Estado no hacer nada que pudiera disputar a los rusos el disfrute de Leningrado, y su papel ofensivo fue prácticamente nulo.

Las instrucciones generales impartidas por Hitler prescribían profundas penetraciones de tanques blindados y la desorganización del dispositivo enemigo mediante batallas de cercamiento; es la antigua recta napoleónica: "atacar en todas partes y ver", adaptada a la



Himmler y Hitler

salsa Ludendorff. En cuanto a la jerarquía de los objetivos, seguía siendo vaga: "Alcanzar para el 1º de noviembre una línea Arkhangelsk-Astrakhan". Además, desde setiembre, había que tener en cuenta el barro. Los militares proyectaban una arremetida por el sur, la ocupación de Ucrania y un asentamiento al norte para cercar, al oeste de Moscú, al grueso de las fuerzas soviéticas (plan Marcks). Los políticos consideraban oportuno desmembrar el régimen staliniano aprovechando a fondo las tendencias centrífugas de los países bálticos, y sobre todo el autonomismo ucraniano: serían creados gobiernos satélites, que reencaminarían la economía destruida. Todo aconsejaba una guerra y una ocupación moderados en sus métodos.

Hitler desechó todas las objeciones; su desprecio por los militares alcanzaba a los diplomáticos tradicionales. Había rechazado la propuesta, formulada por la Cruz Roja Internacional y aceptada por Moscú, de aplicar el Acuerdo de Ginebra. Además, cuatro "grupos de intervención" SS, formados desde la primavera, fueron destinados inmediatamente a exterminar a los judíos, los gitanos, los "asiáticos inferiores" y los comisarios políticos. La idea racista así aplicada hacía imposible la explotación política de la victoria inicial.

Por consiguiente, era necesario que esta se hiciera total, traduciéndose en la eliminación de todos los combatientes soviéticos y la ocupación completa del territorio, por lo menos hasta el Caspio y el Ural.

Para lograrlo, el Führer trató de poner en práctica los principios de Ludendorff, sin darse cuenta de que el difunto general había vertido en ellos un odio de fracasado. Había establecido su cuartel general en Prusia oriental, en una región pantanosa y boscosa cercana a Rastenburg; en medio de un vasto perímetro interdicto y custodiado por SS, protegido con minas y alambradas, se alzaba una serie de cuadras, así como refugios de cemento armado (Bunker) reforzados hasta ocho metros de espesor, y que llevaban el nombre convencional de Wolfsschanze: madrigueras de lobo. Una potente red de transmisión lo vinculaba con los ejércitos y la retaguardia. El programa de trabajo era absolutamente aplastante. Según Ludendorff, en *La guerra total* que es su testamento estratégico (1936), era necesario hacer a un lado a los "intermediarios", ya que: "el general en jefe debe examinar todas las medidas que se toman en los ámbitos financiero y económico... Comanda la totalidad de las fuerzas armadas y debe velar... porque el ejército reciba la preparación y se le proporcione el equipamiento necesarios... Es responsable de la conducción de la guerra y a él, cerebro del ejército, incumbe aniquilar al enemigo... Por último, debe velar por la cohesión del pueblo, al cual debe animar la voluntad jubilosa de luchar... En su oficina, el jefe de la guerra analiza e integra las informaciones de todo tipo que le llegan del frente, y decide... Deben reinar relaciones de suma confianza entre el comandante en jefe y los comandantes de ejército colocados bajo sus órdenes...". En este caso, la teoría de Ludendorff requería, para tener éxito, la aceptación de dos postulados: 1) una buena información; ahora bien, el conocimiento de la URSS estaba prohibido

como sospechoso desde 1933; 2) el sentido de las cosas rusas; este, en Hitler, se limitaba al odio por el eslavo en general. Y sus relaciones con sus generales no tenían nada de confiadas.

Con los medios logísticos así definidos, suponiendo que fueran eficaces, era necesario ahora triunfar en la gran batalla de cerco; el mismo Ludendorff la había ejecutado en 1914 en Tannenberg, aunque luego confesó haberse lanzado a la acción sin meditar; la maniobra de Masuria no excedió algunas decenas de kilómetros de envergadura. En Polonia (1939) un plan análogo había tenido éxito sobre un frente de seiscientos kilómetros, pero con setenta y cinco divisiones contra treinta; en el oeste (1940) una arremetida previa en los Ardennes le permitió aplicar en junio el esquema de Cannes, sobre ochocientos kilómetros de frente, pero con ciento cincuenta divisiones contra setenta. En 1941, al este, el Führer, debilitado por las operaciones de Africa y de los Balcanes, sólo disponía de ciento ochenta divisiones contra doscientas unidades rusas grandes identificadas —sin hablar de las reservas, prácticamente desconocidas— y el frente se extendía al principio sobre quinientos kilómetros, poco después dos mil, luego dos mil quinientos; semejante frente no podía ser sino discontinuo. Parecía imponerse la arremetida central.

Mientras tanto, en el nivel de la tropa, esta guerra se volvió en seguida alucinante. Es verdad que en un comienzo todo era arremetidas, ataques, desbordamientos, pero esta marcha hacia adelante no tenía fin; bajo las botas de los soldados desfilaba la inmensidad de la tierra rusa; ciudades y campos incendiados, puentes destruidos, fábricas en ruinas, edificios públicos llenos de bombas de tiempo, pozos colmados de carroña, existencias carbonizadas; tierra arrasada por todas partes. Pese a las insuficiencias del comando y a la deficiente moral de los alógenos, la resistencia aumentó en las cercanías de Moscú; el soldado ruso evidenciaba su valor tradicional y combatía hasta el final; sus tanques fueron una desagradable sorpresa para el invasor; entró a su vez en la guerra total.

Además, en el nivel estratégico, por primera vez, los ejércitos surgidos de la conscripción se mostraban incapaces de cumplir su misión; la ocupación del terreno era precaria, aun sobre los grandes ejes de comunicación; en todas partes actuaban los saboteadores en la retaguardia. Este hecho, nuevo por su amplitud, es evidentemente un aporte de la ciencia militar soviética, basada en la movilización de las masas y en la utilización de los grandes espacios continentales.

El 4 de agosto, el Führer cayó como un rayo sobre von Brauchitsch, en el Cuartel General de Borissov: el cuerpo de batalla soviético estaba destruido, las cabeceras blindadas a trescientos veinte kilómetros de Moscú, la arremetida sobre la capital parecía necesaria y posible. Hitler trató a sus generales como a niños, repartió sus fuerzas blindadas en dos grandes grupos que envió al norte contra Leningrado, al sur contra el ejército de Budienny, que ocupaba Ucrania. Rodeada, Leningrado resistió; al sur, cayó Kiev el 19 de setiembre y Budienny sufrió pérdidas colosales, antes de que el frente se estabilizara ante el Donetz.



Espantosamente clásico: las barracas del campo de concentración

Entonces el Führer volvió a reunir sus fuerzas blindadas en el sector central y atacó Moscú, aunque con dos meses de retraso. Guderian, Hoth y Höppner se lanzaron el 2 de octubre desde Smolensk; el 20 se encontraban a ciento diez kilómetros del objetivo, cuando cayó precozmente la primera nevada; a fin de mes el termómetro marcaba veinte grados bajo cero; la Wehrmacht carecía de equipos, sus carros blindados, de nafta superfluida para el invierno. Detenida el 30 de octubre, reiniciada el 16, luego el 22, luego el 24 de noviembre, por último el 2 de diciembre, la ofensiva murió el 7 de diciembre en Klim y Dimitrov, veinte kilómetros al norte del Kremlin. Ese día los japoneses, cayendo en el lazo tendido por Roosevelt, atacaban por sorpresa Pearl Harbour. El Führer estigmatizó a Roosevelt como "instrumento de la judería mundial". Los rusos desencadenaron frente a Moscú su primera acción de desembarazamiento, y Hitler declaró que las operaciones al este quedaban cumplidas. Una afirmación puramente propagandística. En realidad, la situación estratégica se había deteriorado gravemente desde junio; sobre todo la red soviética de emisoras clandestinas y el incremento de los movimientos nacionales de resistencia sugerían que se les aplicara una medida "psicológica".

Este fue el decreto *Nacht und Nebel* ("Noche y Niebla", una reminiscencia wagneriana) de aquel mismo 7 de diciembre; dicho texto prolonga y amplía la ordenanza del 27 de agosto de 1941 relacionada con el exterminio de los judíos en toda Europa ocupada, dispone la deportación inmediata y secreta de todo individuo culpable o presunto culpable de cualquier acción contraria a la potencia ocupante. La Gestapo lo aplicó ampliamente. Un decreto análogo dispuso más tarde la eliminación de todo militar enemigo que llegara con paracaídas (18 de octubre de 1942). Se lo aplicó en casi todas partes; la excepción fue, gracias a Rommel, el teatro de operaciones nordafricano. El 11 Hitler entraba en guerra contra Estados Unidos; el 19 suprimía a von Brauchitsch sin reemplazarlo sino consigo mismo. Ahora era el único jefe responsable en medio de una guerra mundial a la escala de sus concepciones, aunque no de sus medios.

Todavía puede hacerse ilusiones durante seis meses. En el Pacífico, los japoneses hostigan a los anglosajones, pero ni siquiera se les ocurre atacar a los rusos, ya que el avispero chino los tiene ocupados. Al este, se ordena a los alemanes invernar donde están Para sorpresa de los militares, el resultado es satisfactorio: por la noche, los soldados se amontonan en las escasas isbas hirvientes de parásitos; nada se mueve bajo la nieve y el viento, a treinta y cinco grados bajo cero; en formaciones "erizo", las tropas alemanas aguardan. Se ha hablado de milagros; en realidad, a principios de 1942 no hay más Wehrmacht ni Ejército Rojo; allí donde existen todavía algunas unidades regulares, como el ejército de Zukov que defiende Moscú, obtienen resultados: al oeste de Moscú, donde el XVI Ejército alemán es cercado en Cholm y Demiansk durante ciento tres días, el avance soviético es de doscientos cincuenta kilómetros. Los

adversarios se empeñan en reconstruir ejércitos que se enfrentarán en primavera.

La ofensiva alemana, preparada desde mayo en Crimea, comienza el 22 de junio. Objetivo: ocupar la curva del Don, franquear el río, alcanzar y sobrepasar la línea ferroviaria Orel-Stalingrado, seguir hacia el norte en dirección al Volga central y aislar Moscú por el este; el horario es sumamente estricto, sobre todo para un conjunto de sólo ochenta divisiones, veinte de ellas aliadas. El 7 de julio, los alemanes se encuentran en Voronej, pero no logran trasponerla; consumen en vano sus reservas estratégicas: es el momento decisivo de la campaña y de la guerra. Hitler retoca su plan, lo amplía incluso para una arremetida hacia el Caspio, pero el segundo invierno y el desastre de Stalingrado, insinuado el 19 de noviembre y consumado el 2 de febrero, acaban de dar vuelta la hoja.

El genio de Goebbels logra convertir a Stalingrado en una apoteosis wagneriana, pero Hitler aprovecha para imponer en todo el ejército comisarios políticos y reforzar las Waffen-SS. Alemania es controlada por los seiscientos mil miembros activos del Partido; los aliados son amedrentados mediante llamados del Führer a Berchtesgaden o a Klessheim, cerca de Salzburgo; la policía política controla todo y hace estragos en territorio ocupado. Así protegido, el Führer adopta un nuevo maestro de estrategia: Stalin 1941.

Desde julio de 1943, cuando Voronov, para retomar Orel, ha puesto en acción mil ochocientos cañones por kilómetro de frente, los alemanes combaten uno contra dos, tres o siete; retroceden, son ellos ahora quienes practican la tierra arrasada, quienes procuran ganar tiempo para el Führer.

Hitler había subestimado la potencia rusa; como europeo que es, y del siglo XIX por su formación, subestima también la potencia norteamericana. Esta se ha manifestado en noviembre de 1942 en ocasión del desembarco masivo efectuado en África del Norte, que sella el destino del frente de Libia y de Italia. Ha tomado forma jurídica el 23 de enero, en Casablanca, cuando Roosevelt y Churchill se han puesto de acuerdo para exigir al Reich una capitulación incondicional. Esta decisión ha sido discutida; sin embargo, solamente ella correspondía a la verdadera índole del jefe carismático, conminado a lograr un milagro o desaparecer.

Queda por intentar el milagro; en 1943, éste tiene que ser de orden técnico e industrial. Para lograrlo, el Führer cuenta con las armas secretas; desde 1933, ejerce sobre ellas, como sobre todo el armamento, un control personal, estricto, no siempre afortunado; en ese momento ellas se convierten en esperanza suprema y supremo pensamiento.

Para ganar una guerra, se abren ante una gran industria tres caminos: 1) una profusión de material clásico; 2) un material clásico perfeccionado; 3) un material revolucionario. Únicamente el tercero abre una posibilidad al Führer, quien lo emprende a fondo.

El Schnorchel, tubo de ventilación, aumenta los rendimientos de los submarinos, los aviones clásicos Me-110 y Do-335 alcanzan a 625

y 700 kilómetros por hora. El Me-262 a reacción, producido en octubre de 1944, alcanza a 900; el Me-263, avión a chorro que se eleva hasta once mil metros en tres minutos, sobrepasa los 1.000, con una autonomía de vuelo que llega a los cuarenta y cinco minutos. Surge en abril de 1945.

El avión-robot V-1 a reacción es un aparato primitivo comparado con el V-2, salido de los talleres de Peenemünde, sobre el Báltico; de trece metros de largo, cargado con una tonelada de explosivo, el V-1, de velocidad ampliamente supersónica, llega a los 350 km. Cuatro mil trescientos V-2 son lanzados por equipos de SS; dos mil cien parten satisfactoriamente, mil cincuenta llegan a Londres en otoño de 1944, otros a Anvers. El efecto de sorpresa es aterrador; el estratégico, nulo: el cohete sólo obtendría todo su rendimiento en asociación con una bomba atómica, constituyendo así la única arma-rayo adaptada al jefe carismático. Pero Hitler no tenía la bomba A: de haberla tenido, la habría utilizado.

El Führer vive cada vez más enclaustrado en su refugio blindado de Prusia Oriental. Desde diciembre de 1941 tiene fobia a la nieve. Desde febrero de 1943 no ha ido nunca al frente. Jamás ha visitado una ciudad bombardeada. Cada día preside tres conferencias de situación: a mediodía, a las 17 horas, a medianoche; luego monologa hasta las 3, 4, 5 de la mañana, mientras que las taquígrafas que obedecen a Bormann anotan sus reflexiones. Se acuesta a la hora matinal en que se desencadenan las ofensivas enemigas. Agotado, drogado, envejece a ojos vista: cada retroceso de sus ejércitos le cuesta una parte de su salud.

Ocho millones de trabajadores, cuatro millones de prisioneros, ocho millones de deportados extranjeros han sido llevados al Reich; el sector central del frente oriental es perforado; desaparecen allí setenta y cinco divisiones. En cuanto a la Wehrmacht, donde todo movimiento de un batallón es sometido a la autorización del Führer, se parece cada vez más a un puñado de fichas sacrificadas sobre el tapiz verde de las batallas.

Ciertos militares, alarmados en su patriotismo y heridos en su honor profesional, deciden suprimir a Hitler; es el atentado del 20 de julio de 1944, culminación tardía y fallida de una larga y laboriosa actividad secreta, cuyos comienzos se remontan a 1938 y a las primeras operaciones hitlerianas sobre el mapa de Europa.



El Führer "libera" los Sudetes

En esta época los soviéticos se encuentran frente a Kaunas, Wilna, Lublin, Lvov, y abordan Rumania.

Al oeste, está asegurada en Normandía la base de partida de la ofensiva anglosajona. Al sur está perdido el Mediterráneo; hace un año que Italia ha capitulado, el 5 de junio ha sido reconquistada Roma. Por todas partes se siente la presión enemiga.

La primera conferencia estaba prevista para mediodía; comienza a las 12 y media y tiene por escenario, no el refugio fortificado habitual, sino una cuadra. Hitler ocupa el extremo de la mesa; el general Heusinger presenta su informe de la situación. Entre los asistentes, el joven coronel Clauss Schenk von Stauffenberg, treinta y cinco años [2], mutilado de guerra, es colocado por Keitel no lejos del Führer; todos están de pie, mientras se discute alrededor del mapa desplegado; Stauffenberg apoya en la pata de la mesa el portafolio que lleva consigo, y que contiene una bomba de detonación retardada, cargada con un kilo de hexógeno; su potencia explosiva equivale a la de un obús de 150 mm. Un cómplice llama por teléfono a Stauffenberg; éste se agacha, saca un documento de su portafolio, apreta el detonador y se aleja rápidamente. Se encuentra a unos cien metros cuando estalla la bomba. Son las 12 y 42. Si la explosión hubiera tenido lugar en el Bunker habitual, sepultado bajo ocho metros de cemento armado, todas las personas presentes habrían sido fulminadas; la cuadra, con las ventanas abiertas, queda sólo devastada; hay tres muertos. El mariscal Keitel, con los cabellos enrojecidos por la llama, sale y constata:

—Todavía no nos llegó la hora.

—¡No valía la pena de quedarse en casa! —refunfuña el general Jodl.

Los dos serán ahorcados en Nuremberg, en 1946.

Hitler no sufre más que una fuerte equimosis en el brazo derecho y una desgarradura de los tímpanos. El atentado ha fracasado. En Berlín, el putsch aborta. Pocas horas bastan a Goebbels, en calidad de gauleiter, para restablecer la situación. La represión se abate sobre los oficiales conspiradores. Los que solamente son fusilados tienen suerte. La represión se convierte en purga: varios millares de muertos. Todavía el 17 de octubre, Rommel, en convalescencia cerca de

[2] El 30 de enero de 1933 saludaba el advenimiento de Hitler recitando versos patrióticos.

Ulm, recibe del Führer, por medio del general Burgdorf, la orden de suicidarse. Recién en abril el almirante Canaris, jefe del contraespionaje, es estrangulado en el campo de concentración de Flossenbürg.

—*¡Por fin los tengo!* —ha exclamado Hitler.

Mientras tanto, el 20 de julio a las 15 horas, el tren especial de Mussolini llega a la estación del Cuartel General. En el andén, Hitler, con la tez grisácea, le tiende la mano izquierda; informa a su huésped y le muestra el sitio del atentado. Mussolini enmudece. Más tarde van a tomar el té. A las 17 horas tiene lugar la reunión oficial. Todo el mundo está sobreexcitado, salvo al principio Hitler y Mussolini. Ribbentrop y Doenitz censuran a los generales traidores; Graziani, que acompaña al Duce, intenta desviar la conversación relatando historias africanas; luego un torpe evoca la purga de 1934.

Entonces Hitler se yergue, echando espuma por la boca; este acceso dura una media hora. El Führer declara que se vengará de todos los traidores; que los culpables serán objeto de un castigo sangriento; que sus allegados serán encerrados en campos de concentración; que la Providencia lo acompaña. Mussolini permanece turbado. Graziani vuelve a tratar de distraer la atención discutiendo con Keitel sobre técnica; en vano.

La escena fue interrumpida por la comunicación telefónica con Berlín, durante la cual Hitler se puso a vociferar órdenes que se resumían en impartir a todo el mundo la orden de fusilar a quien fuera. ¿Y qué hacía, pues, Himmler, por qué no había ido todavía a rendir cuentas?

—*Me pregunto* —dijo para terminar— *si el pueblo alemán es de veras digno de mis grandes ideales.*

Luego volvió a sumirse en el silencio, poniéndose a chupar pastillas "Antigas". A pocos pasos de allí, Goering casi llegaba a las manos con Ribbentrop, en medio del alboroto histérico de las conversaciones.

—Sigo siendo ministro de Relaciones Exteriores —chillaba el adversario del mariscal imperial— y me llamo von Ribbentrop.

Por la noche, Hitler se acostó más temprano que de costumbre. Luego se reanudó con mayor ardor aún el baile de los generales. En la Wehrmacht, el saludo militar fue reemplazado por el saludo hitleriano, llamado "saludo alemán".

Himmler logró un buen ascenso aparente: Jefe del ejército del Interior y de Reserva, lo cual equivalía a generalísimo, dada la situación. Pero había cometido el error de dejarse sorprender por el complot, y desde entonces, pese a todo su celo, quedó desacreditado ante el ánimo del Führer. Éste último se hallaba bajo la influencia de Martin Bormann, a quien ayudaban Burgdorf y Fegelein, edecán y agente de comunicación con la SS. Sobre un tórax poderoso invadido por la plétora, Martin Bormann tenía brazos cortos, una cabeza grande de rostro pastoso, con una nariz remangada de boyero bávaro. No es seguro que haya muerto. Se sabe que a veces le costaba contenerse, que bailó con Burgdorf un día en que éste había bebido

más que de costumbre; se sabe asimismo que el tercer miembro del trío, Fegelein, tenía todos los vicios. Se puede deducir que el fiel Bormann los tenía también en buena medida.

Después del atentado, el Führer sufrió una depresión; permaneció un mes entero en cama en su refugio de cemento armado, con la luz permanentemente encendida; sin embargo, salía de su pieza para las tres conferencias cotidianas. En setiembre su doble afección de los tímpanos seguía sin cicatrizar, y sufrió un ataque de ictericia. Dos médicos fueron convocados a su cabecera: los doctores Giesing, otorrinolaringólogo, y von Hasselbach, especialista en hígado. Según la declaración que más tarde formuló ante una comisión aliada, el doctor Giesing[3] vio a un hombre de 1,74 a 1,75 m de estatura, de tipo muscular mediano; tenía el tórax un poco hundido, la respiración superficial; la grasa era normal, un poco más desarrollada sobre el abdomen; el sistema piloso corporal poco abundante, pero la barba fuerte; la piel del cuerpo de una palidez sorprendente. Por lo demás, ninguna deformación; el bigote no disimulaba un labio leporino, como se había dicho; el hombro derecho era más vigoroso que el izquierdo, cosa que el médico atribuyó a la práctica del saludo hitleriano, que antes el Führer ejecutaba durante horas. La rubicundez del rostro y el dermografismo observados procedían de un temperamento vagotónico. En conjunto, Hitler poseía una resistencia fenomenal, atribuida a sus ascendencias rurales; le bastaba con poco sueño. "Un gran idealista solitario", concluyó el médico, no sin un humor siniestro.

No obstante, agregaba Giesing, desde 1943 hacía del refugio protegido una verdadera psicosis, aumentada por una obsesión por la muerte y una farmocomanía que le prestaba una extraña traza de "curandero".

Los médicos examinaron la terapéutica del doctor Morell. En esta época, este administraba al Führer hasta veinte inyecciones hebdomadarias: yodo, vitaminas, calcio, extractos de corazón, de hígado, hormonas. Y había confirmado el empleo de las píldoras "Antigas" sin conocer su composición. Apoyada por el doctor Brandt, médico SS que hallaba por fin la ocasión de alejar a Morell, Hasselbach exigió un análisis: ¡nuez vómica y belladona! ¡Y Hitler tomaba hasta veinte píldoras diarias! La estricnina exasperaba los reflejos, en tanto que la atropina los paralizaba. El abuso de estos tóxicos había provocado la ictericia. Brandt clamó que se trataba de un envenenamiento; Himmler habló de ahorcar a Morell. Pero el Führer lo defendió; Hasselbach fue destinado a una unidad de combate y Brandt despedido del Cuartel General, donde lo reemplazó otro médico SS, el cirujano Stumpfegger.

Preocupado por estudiar a fondo el problema, Hitler se había documentado en las obras de farmacología; renunció en adelante a intoxicaciones, pero el efecto fue desastroso: en octubre, comenzó a temblarle la mano izquierda, luego la pierna izquierda.

[3] Véase *Le Monde*, 3-1-1951 y días subsiguientes.



De izquierda a derecha: Chamberlain estoico, Daladier sombrío, Hitler serio, Mussolini pensativo. Munich, setiembre de 1938

Entonces abandona definitivamente la Prusia oriental, a la cual los ataques rusos al menudeo comienzan a amenazar. Es objeto de una segunda intervención laríngea, ya que su pólipo había reaparecido.

El Ejército Rojo señala su entrada en Alemania con una masacre de civiles en Goldap; es el resultado de los grupos de exterminación SS. La población se repliega hacia el oeste.

El 19 de octubre, primer llamado al Volkssturm, guardia nacional que combate dentro del territorio. El 27, gran discurso de Goebbels, difundido por radio. Dice:

—He pasado varias semanas junto al Führer, y eso me ha infundido confianza; está firme como una roca en un mar embravecido.

Luego el orador se refiere a las armas secretas. El sexto invierno de guerra cae sobre Alemania.

A fines de enero de 1945, el Führer acaba de superar un ataque benigno de congestión cerebral. La ofensiva de Rundstedt, lanzada en los Ardennes el 16 de diciembre, ha fracasado. La ofensiva Koniev-Zhukov del 12 de enero sobre el Vístula ha barrido Polonia. En Curlandia, en Prusia Oriental, en Budapest, en Poznan, elementos alemanes cercados combaten para no ser destruidos. Noche y día, millares de toneladas de bombas caen sobre las ciudades alemanas. En el Pacífico, los japoneses se hallan en pleno desastre.

Al oeste como en el este, recibe el brazalete de Volkssturm jovencitos de catorce a dieciséis años. En el sector de Silesia, son muchachas quienes atacan los tanques rusos con descargas de bazuka. Dos de ellas son condecoradas.

El 30 de enero a las 22 y 10, el Führer se deja oír por radio: *No hemos tenido más que seis años de paz para salvar al pueblo alemán de la decadencia y de la desaparición. Los traidores serán eliminados. Las promesas anglosajonas no tienen valor. Londres será víctima del bolchevismo. Combatimos en todas partes, en todas las circunstancias (gleich wo, gleich in welchen Umständen). La Providencia me ha designado para mi cargo en ocasión del atentado del 20 de julio; no abandonaré mi sitio. Cada uno debe presentarse ante el Todopoderoso con un pasado de sacrificios, a fin de que nos otorgue la vida, el honor y la libertad.*

Doce años antes, una multitud aclamaba al nuevo Canciller ante las ventanas de la Cancillería. Ocho millones de refugiados se hallan en fuga ante un frío siberiano. En los apartaderos se encuentran vagones llenos de niños congelados.

Febrero: Goebbels y su familia habitan ahora en el ministerio de la Propaganda, donde disponen de un refugio a veinte metros bajo tierra. El jardín es contiguo al de la Cancillería. Una tarde, entre dos alertas aéreas, el Führer llega de visita. Goebbels hace el saludo alemán y Hitler ofrece a Magda Goebbels un ramo de lirios del valle, diciendo:

—Desde que su marido cerró las florerías (octubre de 1944) *ya no se encuentra nada que valga la pena.*

El aspecto de Hitler es agobiante: le tiemblan brazos y manos, arrastra una pierna, tiene la voz cascada. Un ayuda de cámara le

sigue llevando un portafolio con las iniciales A. H. El Führer se sienta, saca de él un termo y un paquete: su té y masitas. Se queda una hora y media; la conversación es entrecortada: Goebbels constata que el Führer es una ruina.

Fines de marzo: al Oeste, el Rhin ha sido franqueado; el Ruhr está siendo cercado. Al sur, los rusos se encuentran a cincuenta kilómetros de Viena. Lo que queda de Alemania se funde como nieve bajo el sol primaveral. El 9 de abril, Koenigsberg, cuna de la realeza prusiana, se rinde a discreción con veintisiete mil hombres, sobrevivientes de veinticinco divisiones; en una gruta de Turingia, los norteamericanos descubren la reserva de oro del Reichsbank y las insignias imperiales. En Viena, sede secular del Imperio, los últimos SS se hacen matar en la Brigittenau. El 13, las vanguardias blindadas SS tocan el Elba en Tangermünde. El 16, a las 3 de la mañana, gran luminosidad al este: con todos los proyectos encendidos, la ofensiva rusa se lanza sobre el Oder con tres millones de hombres y cuarenta mil cañones; la proporción de los efectivos es de tres contra uno; la de los cañones, de ocho contra una; la de los tanques, de veinte contra uno. A las 10 ya no hay más frente alemán; las comunicaciones están cortadas, no hay municiones.

En Berlín, los dignatarios del Partido huyen hacia Baviera. La población acampa en los bosques. El 16 Hitler ha lanzado una proclama y hecho condenar a muerte al doctor Brandt, su antiguo médico, culpable de haber hecho que su familia abandonara Berlín. Brandt será ahorcado recién en Nuremberg.

El Führer se encuentra en su puesto, en la Cancillería. El edificio neoclásico está en ruinas, pero posee cuatro importantes refugios de cemento armado; dos de ellos, situados bajo los edificios, están reservados para el personal; los otros dos han sido construidos en los jardines en 1944.

Se llega al primer refugio por dos escaleras procedentes, la primera de la Cancillería, la segunda del lado de Relaciones Exteriores; cruzando la oficina del mayordomo se llega a un compartimiento en forma de depósito. A partir de allí está prohibido fumar. Una puerta blindada impermeable al aire y al agua se abre sobre un comedor alargado; a uno y otro lado se reparten doce piecitas: a la izquierda la cocina, la despensa, dos cuartos de trastos; a la derecha, oficinas, una enfermería. Al fondo del comedor, una escalera permite descender al refugio del Führer, más profundo y mejor protegido.

Este está distribuido de manera similar, pero es un poco más vasto. El eje es una sala de espera que prolonga un salón de conferencias. A la izquierda, el retrete y los lavatorios; después, seis habitaciones pequeñas para uso del Führer: estudio, cuarto de aseo, baño, luego antecámara, oficina, dormitorio del Führer; la séptima pieza, junto al salón de conferencias, es la sala de mapas; una octava, contigua, aloja a los guardias personales y a la perra Blondi, de raza ovejera alemana. Colman la oficina del Führer una mesa de trabajo, cinco sillones, un canapé y otra mesa; en la pared, un retrato de Federico II y otro de Klara Hitler-Pözl.



Las tropas alemanas en Francia

Ante la habitación de los guardias parten dos escaleras; la primera conduce a una torre de vigilancia reforzada y sin terminar, cuyas aspilleras dan sobre el jardín; la segunda es una salida de emergencia que desemboca a diez metros de dicha torre. El sector derecho del refugio contiene: la sala de máquinas, luego la central de transmisiones (teléfono, radioemisora de 100 kilovatios); la oficina de Borman, la de Goebbels, el despacho médico y las habitaciones de los médicos.

Surte al conjunto una central eléctrica autónoma con motor Diesel, y un sistema de ventilación con chimenea de llamada y ventiladores.

En los dos refugios de la Cancillería se hallan alojados Borman y su estado mayor, los oficiales de servicio y la guardia SS del Führer: además, el jefe de brigada SS Mohnke, quien comanda la guarnición, dos mil voluntarios bajo la denominación de "Grupo de choque Adolfo Hitler". En el refugio doble del Führer: la cocinera vegetariana Manzialy, la perra Blondi, el médico SS Stumpfegger, el profesor Morell y Eva Braun.

Esta había llegado el 15 de abril; primero Hitler quiso enviarla de vuelta a Berchtesgaden, pero ella insistió en quedarse. Había consagrado su juventud a Hitler, aceptado todas las servidumbres impuestas por su papel a la sombra de semejante personaje: callar, vivir oculta, temer por su vida, ocuparse tontamente de futilezas, esperar, ser atractiva y discreta cuando Hitler llegaba, no frecuentar sino a sus hombres de confianza, cortesanos, guardias de corps, esbirros de la SS o espías. Presentía el fin de la guerra con aprensión: Hitler estaba condenado; no le quedaba otra elección que entre el suicidio o el tribunal y la horca. ¿Combatir? Estaba físicamente incapacitado para hacerlo. Al cabo de una vida inexistente, en cuyo transcurso la voluntad de Eva, débil desde un principio, se había asimilado lentamente a la de Adolf, ¿para qué enfrentar otra vida inexistente, fértil en acechanzas, que exigiría una energía personal? Y además, ¿si lo amaba?

La psicología de esta mantenida glorificada sigue abierta a las conjeturas, pero en la decisión final que adoptó de morir junto al hombre de su vida, el orgullo de la favorita conspira con la facultad de compasión de la mujer. Sin duda alguna, en 1907, el orgullo y la compasión habían sido los últimos sentimientos de Klara Hitler moribunda. En abril de 1945, Hitler, en lo físico como en lo político, era un hombre acabado.

El fin: 20-30 de abril de 1945

Viernes 20 de abril

Al sudeste de Berlín, los tanques soviéticos de tipo Super-Stalin han aplastado las defensas de la Volkssturm y se hallan a doce kilómetros de Erkner.

En el Bunker de la Cancillería se celebra el quincuagésimo sexto cumpleaños del Führer; será el último.

A partir de mediodía, después de la conferencia militar de la mañana, el Führer recibe en los jardines a una delegación de la División Juventud Hitleriana, encabezada por su jefe, Arthur Axmann. Distribuye condecoraciones. Se hallan presentes Himmler, Goering, Goebbels. Luego el Führer recibe en particular las felicitaciones de Doenitz, Keitel y Jodl. El contraalmirante Doenitz se dirige luego a su cuartel general de Ploen, cercano a la frontera danesa.

Tiene lugar una segunda conferencia con Goering, Keitel, Himmler, Bormann, Goebbels, Krebs (sucesor de Guderian, especialista en carros blindados, desplazado en marzo) y Burgdorf. Hitler decide que, ante la inminencia de que Alemania quede cortada en dos, los plenos poderes en el sector norte sean confiados a Doenitz. Para el sur vacila todavía en designar al mariscal Kesselring. Después de la conferencia, Himmler regresa a su cuartel general de Ziethen.

Hitler tiene que partir ese mismo día de Berlín hacia Berchtesgaden, pero sus familiares dudan de que ponga en práctica este plan.

A partir de las 16 horas, autocars y camiones emprenden camino hacia Obersalzberg, presunto puesto de comando de la zona defensiva sur. Por la tarde, se marcha Goering, dejando en su reemplazo a dos generales de la Luftwaffe, Koller y Christian; se dirige luego a su suntuosa residencia de Karinhall y, a las tres de la mañana, la abandona para siempre con un convoy de vehículos y camiones en dirección a Berchtesgaden. Las últimas palabras del Führer han sido despectivas:

—*¡Naturalmente, comprendo perfectamente, mi estimado Goering!*

Por la noche, el ministro de armamentos Speer parte a su vez hacia Hamburgo.

Sábado 21 de abril

Una profunda arremetida rusa ha desbordado Zossen, al sudeste de Berlín, uniéndose con los paracaidistas lanzados sobre Jüterborg, junto a la ruta a Leipzig, al sur de la capital. Es tomada Bernau,

veinte kilómetros al sur de la avenida de los Tilos. En los suburbios se esfuerzan por construir nuevas barricadas, pero la mayoría de los civiles permanecen soterrados en sus casas. Se hace cola ante las cocinas rodantes y se comienza a pillar los depósitos de víveres.

Hitler consagra la jornada a preparar y hacer ejecutar una gran ofensiva de desprendimiento hacia el sur; la comanda el general SS Steiner y el Führer aguarda sus resultados con optimismo.

Domingo 22 de abril

Ha comenzado la batalla de Berlín. Carros blindados rusos han franqueado la línea ferroviaria del noreste, en Pankow y en Weissensee; los cañones de asalto mantienen bajo su fuego la Alexanderplatz. Violentos incendios han estallado en las estaciones de Anhlat y Potsdam. Köpenick y Friedrichshagen, al sudeste, son ocupadas. Caen las barricadas una tras otra. Sobre el Elba, los soldados alemanes que ocupan el sector situado frente a la cabeza de puente norteamericana de Barby oyen los descargan rusas que se les acercan por detrás.

Durante toda la mañana, el Bunker telefonea convulsivamente a todas las unidades afectadas. ¿Cuál ha sido el resultado de la contraofensiva de Steiner? Ha tenido lugar, dice Himmler. No, responde la Luftwaffe. Para tratar de actuar al sur, ha sido necesario desguarnecer el sector norte, donde los rusos han hecho progresos inmediatamente; pero ni siquiera ha sido posible alinearse al sur.

A las 15 horas, conferencia en el Bunker. En la sala: Bormann, Burgdorf, Keitel, Jodl, Krehs y dos taquígrafos; Krebs y Jodl recurren a todo su valor e informan: la ofensiva de Steiner no ha tenido otro resultado que un precario avance de dos kilómetros.

Aterradora furia de Hitler, quien declara que se quedará en Berlín y allí morirá. Protestas de los presentes. Doenitz, Himmler y Ribbentrop telefonean. Berlín y Praga difunden por radio una proclama del Führer. En Berlín y Berghof se comienza a destruir documentos.

Hitler envía a buscar al Ministerio de la Propaganda a la familia Goebbels. El pequeño ministro, ocupado cerca de mediodía en grabar una alocución radiotransmitida, ha sido interrumpido por los primeros obuses rusos llegados al cuartel oficial; las salvas se suceden cada treinta segundos y forman un decorado sonoro para la palabra que Goebbels halla excelente cuando, a las 13, escucha su discurso retransmitido. Luego redobla el fuergo de artillería, en tanto que entran en acción los aviones de asalto Stormovik. La batería antiaérea del Tiergarten dispara al principio, pero luego se interrumpe, carente de municiones. A las 17 horas Magda Goebbels entrega cuanto posee a sus criadas y reúne a sus seis hijos. Toda la familia se alojará en la parte del Bunker que acaba de evacuar el doctor Morell. Keitel apremia a Goebbels para que intervenga a fin de alejar de Berlín al Führer; el otro se encoge de hombros, declarando que se suicidará; Magda Goebbels agrega que ella hará lo mismo y envenenará a sus seis hijos.

Hitler hace llamar entonces a Keitel y Bormann para confirmar su decisión de quedarse, aunque ordena a Keitel y Jodl que partan al día siguiente rumbo a Baviera; los generales aducen que tres cuartas partes de las fuerzas disponibles se hallan en el sector sur, a las órdenes de Schörner en Bohemia y Vietinghoff en Italia; que necesitan un jefe para combatir.

—*Combatir está fuera de cuestión* —interrumpe Hitler—; *y si hay que negociar, Goering lo hará mejor que yo.*

Luego proyecta una nueva ofensiva de desprendimiento: el ejército Wenck —¡tres divisiones!—, que defendió el Elba frente a los norteamericanos, presionará sobre Berlín por el sudoeste. Keitel se reunirá con el general Wenck y Jold se dirigirá a Krampnitz, al oeste de Berlín, donde se encuentra el estado mayor del sector.

A las 23 llega de Hohenlychen el doctor Gebhardt, director de la clínica SS, quien viene de parte de Himmler. Stumpfegger le confirma las informaciones transmitidas por Fegelein: el Führer morirá en su sitio. Gebhardt, un sujeto rechoncho con cara de bulldog, propone evacuar mujeres y niños. En vano. Será colgado por los aliados en Nuremberg.

A las 23 y 30 un emisario del sur, Berger, constata cuando lo recibe el Führer que el brazo izquierdo le cuelga inerte, y que la pierna izquierda se niega a funcionar de manera normal. Se habla de los rehenes extranjeros y de los separatistas austrobávaros.

—*Fusílenlos a todos* —dice Hitler.

Lunes 23 de abril

Berlín está siendo cercada por los rusos. Al norte es tomada Oranienburg; es franqueada la Havel; al sudoeste, por Teltow y Lichterfelde, los rusos amenazan Potsdam. Un formidable bombardeo de artillería truena sobre la antigua ciudad federiquense, en pleno centro. En las afueras, los rusos han instalado por todas partes sus *Katiuskas*, lanzacohetes de 6, 8 y 12 tubos; cada vez que llega un camión de municiones, abren el fuego; una vez que terminan, se sientan en tierra y esperan al próximo camión. Incendios en la Wilhelmstrasse, en la Friedrichstrasse. Arde la estación de Görlitz; las otras están destruidas. La estación de Wedding se encuentra en manos de los rusos. Los Stormoviks barren las calles con el fuego de sus cañones y ametralladoras. Falta el agua. El aeródromo de Tempelhof está amenazado. Las primeras patrullas del ejército Koniev han llegado al Elba, en Sajonia.

A la una de la mañana, Berger ha salido de Berlín en el cuatrimotor personal de Himmler. Durante la noche, Schaub, edecán del Führer y miembro de su vieja guardia (bebía y tenía por amante a una prostituta berlinesa), el almirante von Puttkamer, agregado naval, las secretarias Schroeder y Wolff, el doctor Morell, parten a su vez. Pronto los sigue Koller para reunirse con Goering en el sur. Ya no quedan alrededor del Führer sino quienes se hallan personalmente vinculados con él: Bormann, su ayudante Zander, su secretario Krü-



Rommel, en el desierto de Libia, teatro de su leyenda

ger, etc. Eva Braun escribe a su hermana Gretl: "Cada día y a cada hora esperamos el fin".

A mediodía, en el sur, el general Koller se presenta en la habitación de Goering, en el pueblo de Obersalzber; allí repite al mariscal del Reich la reflexión de Hitler acerca de la aptitud de Hermann para negociar. El mariscal del Reich queda perplejo. Lo más sensato sería quedarse quieto, pero Goering considera más expeditivo enviar a Hitler un pedido de confirmación: ¿se le transmiten plenos poderes, como estaba previsto por la ley del 29 de julio de 1941? Se ruega contestar antes de las 22. El texto está redactado tan estúpidamente que casi parece un ultimátum.

El telegrama es recibido por von Below, ayudante del Führer para la aviación, quien lo pasa a Bormann. Éste reflexiona: ¿un ultimátum? Va entonces en busca de Hitler, ya que al fin se presenta la oportunidad de derribar de su pedestal al mariscal del Imperio. Hitler, muy afectado, estalla:

—Ese morfinómano... que negocie la capitulación... por lo demás, qué importa quién lo haga...

Se dirige a Goering un telegrama: merece la muerte por alta traición, pero, teniendo en cuenta sus servicios anteriores, solamente se lo despoja de sus derechos, títulos y prerrogativas. Goering queda consternado; después reconoce en aquel golpe la mano atenta de Bormann. A las 22 en punto, un destacamento SS entra en la residencia y arresta al mariscal imperial con todos sus edecanes.

A las 20, en el Bunker, visita inesperada de Speer, llegado de Hamburgo a toda velocidad para una diligencia incomprensible: confiesa al Führer haber saboteado sistemáticamente las medidas de destrucción, añadiendo más aún: ha examinado si sería posible matar al Führer volcando productos tóxicos en la chimenea de ventilación del Bunker. Hitler lo escucha con calma y no toma medida alguna: por casualidad, Speer llega cuando la ola retrocede. Permanece en total ocho horas en el Bunker, donde tendrá todavía una conversación con Eva Braun y dos entrevistas con el Führer; ¡los dos discuten sobre la traición de Goering!

Al caer la tarde, el mariscal Schörner, cuyas tropas combaten en Bohemia, acude a presentar sus respetos, y sugiere al Führer que lo acompañe a su cuartel general. Hitler se niega y Schörner se marcha.

Martes 24 de abril

Al oeste de Berlín ha caído Spandau. Al sudoeste, los rusos ocupan los estudios cinematográficos de la UFA en Neu-Babelsberg. Al sudeste se halla amenazado el corazón de la ciudad, en Neukölln. Al este se ha llegado al Spree. En los túneles del tren subterráneo, duros combates oponen los SS, la Gestapo y los restos de la Volkssturm a las tropas de choque soviéticas. En la estación Gneisenaustrasse, una carga sacudida por los bombardeos estalla prematuramente, sepultando a varios centenares de mujeres y niños. En

Pomerania, una ofensiva soviética se acerca a Pasewalk, donde en otro momento el Führer se enterara del armisticio de 1918.

A las 4 de la mañana, Speer abandona la Cancillería, poco después de Ribbentrop. Schörner envía un telegrama insistiendo de nuevo ante el Führer para que vaya a su cartel general de Bohemia. Desde Hamburgo, el general Wegener pide por teléfono un cambio de política. El general de aviación von Greim, que comanda en Munich la Sexta Flota Aérea, recibe un telegrama desde el Bunker: el Führer lo llama a Berlín junto con el general Koller; en la época heroica del movimiento nacional-socialista, von Greim ha piloteado el avión personal de Hitler (1920).

Miércoles 25 de abril

El cerco de Berlín está casi completo. Al sudoeste de la ciudad, los carros blindados soviéticos han llegado a Wannsee. La Heerstrasse, última ruta hacia Potsdam, se encuentra bajo el fuego de su artillería. Los defensores disputan el terreno metro por metro, pero son desbordados por todas partes.

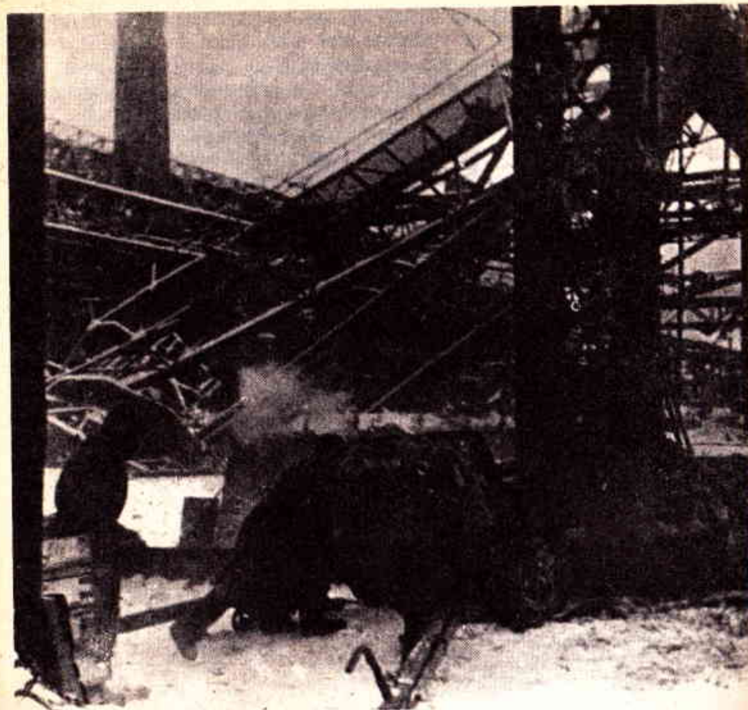
A esta fecha, el refugio principal de la Cancillería tiene por ocupantes a: Hitler, Eva Braun; la familia Goebbels en pleno; Schwägermann, ayudante de Goebbels; el doctor Stumpfegger; el ayuda de cámara SS Linge; el edecán SS Günsche; las dos secretarias Junge y Christian, cuyo apellido de soltera es Daranowski; la cocinera vegetariana Manzialy. En el segundo Bunker: Bormann, los generales Baur y Beetz, Axmann, jefe de la Juventud hitleriana que combate en Pichelsdorf, al oeste de Berlín; los oficiales de comunicaciones. En el refugio de la Cancillería, bajo los escombros: los detectives SS de Rattenhuber y los guardias de escolta SS comandados por Schedle.

Entre los oficiales de comunicaciones, el ex jockey Fegelein, quien representa a Himmler, desea abandonar el juego; su esposa, Gretl Braun, hermana de Eva, está a punto de dar a luz en alguna parte de Baviera; el pequeño aventurero cínico no quiere figurar en el crepúsculo de los dioses que se anuncia. Por consiguiente, desaparece en cuanto puede, probablemente la noche del 25 al 26, después de una misión ante Himmler, en Fürstenberg, de donde ha vuelto en avión.

Jueves 26 de abril

Las columnas rusas avanzan con lentitud por entre las ruinas de Berlín; nada las apremia, ya que todas las bocas de fuego del ejército Zhukov disparan sin descanso sobre el sector aún defendido de la ciudad. Los combates continúan en Charlottenburg y Wilmersdorf. Sobre la Alexanderplatz, las ruinas de la Prefectura de Policía son defendidas con furia por los últimos policías. Han hecho su aparición la disentería y el tifus... El Bunker se informa de los avances rusos apelando a los abonados telefónicos.

A las 7 de la mañana, von Greim, herido en un pie, llega a la Cancillería en compañía de la aviadora de pruebas Hanna Reitsch, tras un viaje dificultoso.



La guerra en la fábrica. Cañón antitanque soviético, en Stalingrado, destruido

En la enfermería del Bunker, von Greim es vendado por Stumpfegger; Hitler acude a saludarlo.

—*¿Sabe por qué lo hice llamar?* —pregunta Hitler—. *Porque Goering me ha traicionado y ha traicionado a su patria.*

Temblaba y grandes lágrimas caían por su pálido rostro; hizo leer luego a von Greim el telegrama de Goering y lo nombró para el grado de mariscal comandante de la Luftwaffe. Fue el último ascenso de su reinado.

Quedaba por enviar a su puesto a von Greim, pese a que éste deseaba quedarse en Berlín para morir junto al Führer; pero los rusos derribaron todos los aviones enviados a tal fin. Hitler entregó a la aviadora dos ampollas con veneno, una para ella, otra para von Greim. Ella pasó la noche siguiente velando al nuevo mariscal, mientras sobre sus cabezas el bombardeo ruso se concentraba sobre la Cancillería; el refugio absorbía golpes directos.

Ese mismo día el aeródromo de Gatow cayó en manos de los rusos.

Viernes 27 de abril

En Berlín, el Ejército Rojo ha comenzado a penetrar en el barrio de Moabit. Se combate en las calles, en las escaleras, sobre los techos, en los sótanos. Los atacantes llevan consigo lanzallamas y cañones portátiles, ya que la artillería no puede intervenir en la zona de contacto. Se concentra, en cambio, sobre el islote aún despejado. Cae Potsdam. El círculo de cerco alrededor de Berlín tiene treinta kilómetros de profundidad. Después de su contraofensiva, el ejército Wenck se repliega sobre el Elba para rendirse a los norteamericanos. Estos últimos se han dado la mano con los rusos sobre las ruinas del puente del Elba, en Torgau.

A mediodía Boldt, oficial de ordenanza de Krebs, ve por primera vez a Eva Braun. "Está sentada a la mesa de la antesala, con Hitler y varias personas allegadas a él. Conversa con vivacidad, y Hitler la escucha. Ella tiene las piernas cruzadas y mira a la cara a la persona a quien se dirige. Al primer golpe de vista noto el óvalo de su cara, la forma clásica de su nariz y su hermosa cabellera rubia". Estaba desteñida. Sólo una cabellera fuerte soporta el tratamiento, y esa clase de cabellera pertenece únicamente a las morenas. "Lleva un traje sastre gris, muy ajustado, que hace resaltar sus lindas formas. Está calzada con gusto y luce en su fina muñeca un bellísimo reloj pulsera con brillantes. Es indiscutiblemente una hermosa mujer".

Fegelein, jockey y luego SS, había iniciado su carrera a la sombra del rufián Christian Weber. Fue él quien, después del fracaso de la contraofensiva SS del 5 de marzo en Hungría, sugirió arrancar sus insignias a los miembros de la división Guardia de Corps; toda la SS le guardaba rencor por ello.

Al caer la tarde, Hitler advierte la ausencia de Fegelein. Hoegl, enviado en su busca con algunos SS, lo encuentra de civil, estúpidamente tendido en su cama, en su departamento de Charlottenburg.

—Quiero irme —dice Fegelein.

—No tengo inconveniente, siempre que el Führer esté de acuerdo —responde Hoegl, encantado.

Fegelein descuelga el teléfono y ruega a Eva Braun que le arregle el asunto con Adolf. Eva no sólo se niega, sino que se retuerce las manos, clamando que al Führer no se le ahorra ningún dolor. Fegelein es conducido, degradado, vigilado.

Durante la noche se redobla el bombardeo sobre la Cancillería. Hitler reúne a todos; cada uno declara cómo se suicidará cuando aparezca el primer soldado ruso, rivalizando luego en jurar fidelidad al Führer y a Alemania. El Führer espera ahora que la contraofensiva del ejército Wenck alcance la Cancillería.

Magda Goebbels miente a sus hijos, que se inquietan: "El tío Adolf empleará esas armas milagrosas y se podrá jugar en el jardín". La mayor, Helga, de 12 años, que es inteligente, calla, pero entiende.

Sábado 28 de abril

En Berlín está cortada toda comunicación telefónica; los puntos de apoyo en el centro de la ciudad ya no responden a los llamados por radio. El círculo ruso se cierra y se reduce; Moabit, la Alexanderplatz, Neukölln, Temperhof, Schmargendorf, son sobrepasados; se llega al Palacio Municipal; los rusos controlan las calles que conducen al Lustgarden. Un fuego ininterrumpido de cañones y morteros cae sobre el eje este-oeste. Al oeste los aliados totalizan dos millones quinientos veinticinco mil prisioneros desde el 6 de junio de 1944. La víspera tenían dos millones cuatrocientos setenta y dos mil; la diferencia corresponde en gran medida al resto del ejército Wenck.

A las 2 de la mañana, Bormann, Krebs y Burgdorf, que han echado mano de la reserva, se dedican a embriagarse con el mejor vino. A las 4 y 30, Burgdorf expresa su resentimiento: hace nueve meses que se desprestigia tratando de conciliar a la Wehrmacht con el Partido; los oficiales lo odian, es un asno y un... Han muerto millones, el ideal ha sido arrastrado por el lodo, los del Partido se han llenado los bolsillos. "¡Y los únicos responsables son ustedes!" "Ustedes" con el Partido, es Bormann. Se oye la jadeante respiración de Burgdorf, ebrio.

A las 5 y 30 se reanuda con vigor el bombardeo ruso. Hay que detener los ventiladores. La capa superior del cemento armado del refugio se ha hundido.

A mediodía, en la antesala del Führer, Bormann, Krenbs y Burgdorf roncan tendidos en sendos sillones. Para dirigirse a la sala de conferencias, Hitler se ve obligado a pasar por encima de ellos, ante la hilaridad de Eva.

Durante todo el día se reproduce la situación del 22; el 22 Hitler buscaba al ejército Steiner; hoy, al ejército Wenck. Parten del Bunker ráfagas de telegramas, que quedan sin respuesta.

A las 20, Bormann telegrafía a Puttkamer, que se encuentra en Munich, un texto destinado a Doenitz: "En lugar de impulsar adelante a las tropas mediante proclamas y llamados, los poseedores de la



Mussolini contempla las consecuencias del atentado

autoridad guarden silencio. En todas partes la traición parece haber reemplazado a la lealtad. ¡Nosotros nos quedamos aquí! La Cancillería ya está en ruinas".

A las 21 un despacho de Reuter anuncia que desde el 12 de febrero Himmler negociaba con el conde Folle Bernardotte, presidente de la Cruz Roja sueca; ¡el 24 de abril ha formulado ofertas de capitulación! Fegelein es interrogado: ¿acaso no se entrevistó con Himmler el 25? ¿No se enteró de lo que ocurría? Por orden del Führer es fusilado en los jardines por los SS de la escolta, para quienes es un deber agradable.

Con manos temblorosas, Hitler mueve sobre un mapa fichas que representan ejércitos; el sudor de sus manos ha ablandado el papel del mapa.

Domingo 29 de abril

Los norteamericanos se hallan en Munich. Los ingleses marchan sobre Lübeck y Hamburgo por la margen derecha del Elba. Los rusos se han apoderado de Anklam y se acercan a Rostock. En Italia, la retaguardia alemana ha dejado de combatir. En Milán, el cadáver de Mussolini es colgado por los pies sobre la Piazza Loreto. En Austria, el viejo dirigente socialdemócrata Renner negocia con los rusos; en Linz, el gauleiter Eigruber ha tomado contacto con ellos. Los combates han cesado en todas partes; continúan en Berlín.

Solamente el sector noroeste de la aglomeración no está todavía en manos de los rusos, que llegan del sur y del este. Los últimos blockhaus de las calles centrales, las torres antiaéreas del Tiergarten, son atacados con bombas pesadas. En la estación Friedrichstrasse, los gastadores rusos dinamitan uno tras otros los refugios hormigonados. En el Ministerio de Relaciones Exteriores, en la Wilhelmstrasse, una humareda negra revela que se están quemando los archivos. Las calles quedan tapizadas de trozos de uniformes, carnets del Partido e insignias. Lo que sobrevive de la SS y de la Gestapo ha pasado bajo tierra y combate en los sótanos, alcantarillas, túneles del tren subterráneo; los rusos utilizan contra ellos lanzallamas y lanzacohetes de seis y doce tubos. Cuando el ruso se cansa, el alemán contrataca.

Poco después de la hora 0, el Führer entra en la habitación de von Greim y le imparte sus órdenes. Un avión Arado-96 llegado de Rechlin ha logrado posarse sobre el eje este-oeste; el mariscal de la Luftwaffe lo utilizará para volver a partir con Hana Reitsch; tiene por misión reunir todos los aviones disponibles para apoyar la ofensiva Wenck mediante ataques a tierra; luego debe ordenar la destitución y arresto del Reichsführer SS Heinrich Himmler. Cuando Hitler pronuncia ese nombre, comienzan a temblarle la voz y las manos. Hitler agrega entonces algunas palabras favorables a la Luftwaffe, y eso devuelve coraje a von Greim. La pareja de aviadores parte, encargada de diversas castas de Eva Braun que Hanna Reitsch rompe porque su estilo era deficiente. El Arado escapa a la artillería rusa.

El Führer continúa su programa casándose con Eva Braun. El funcionario de registro civil es el inspector Wagner, en uniforme de SA, con un brazalete de la Volkstuurm; los testigos, Goebbels y Bormann. La ceremonia, muy breve, tiene lugar en la sala de mapas. Los novios declaran que son de raza aria y quieren seguir el procedimiento acelerado de época de guerra, sin publicación de bandos. Hitler firma el acta; Eva comienza a hacerlo con su apellido de soltera: Eva B; luego tacha la B y corrige: Eva Hitler, nacida Braun. En el jardín de la Cancillería, los SS terminan de enterrar a Fegelein, cuñado del recién casado. Los esposos salen al corredor, reciben las felicitaciones de los oficiales presentes y se retiran a sus departamentos, donde recibirán.

Los invitados son Bormann, Goebbels y señora, las señoras Christian y Junge; se bebe champaña y se conversa evocando el pasado, no sin melancolía. Hay entradas y salidas: generales, edecanes, cocinera. Hitler se retira un instante a la pieza vecina con la secretaria Junge, para dictar sus últimas voluntades.

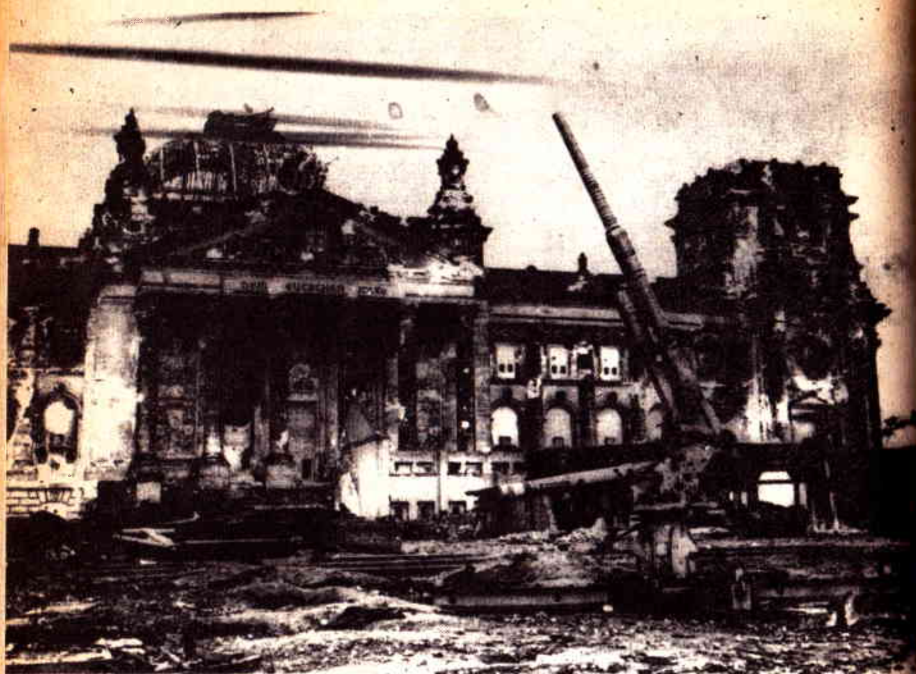
El testamento político declina la responsabilidad por la guerra; vitupera de paso a los judíos y al ejército terrestre, expulsa del Partido a Hermann Goering y a Himmler que han "arrojado sobre el país una vergüenza imborrable", confía el gobierno al contraalmirante Doenitz, la SS al gauleiter de Breslau Hanke (ex amante de Magda Goebbels), el ejército al mariscal Schoerner, etc. La guerra debe ser continuada por todos los medios; ante todo hay que "conservar todo el rigor de las leyes raciales y resistir sin doblegarse a la judería internacional, envenenadora eterna de todas las naciones". Así, con su último acto oficial, el Führer sigue siendo fiel a sus odios y adjudica misiones repugnantes a quienes lo han amado. En cuanto a Eva, se casa con ella para que muera con él. Su manía shakespeariana encuentra allí su expresión extrema, tanto más llamativa por lo rebuscada.

El testamento privado resume las nostalgias del jovencito que comenzara a descarriarse cuando era alumno de la Realschule de Linz. Sus bienes pasarán al Estado; los cuadros de su colección, al museo de Linz. Bormann será ejecutor testamentario. Recompensa a los fieles servidores de su casa privada y del cuerpo de secretarios. Su esposa y él han decidido morir para escapar a la vergüenza de la captura y la capitulación. Solamente será respetada esta última cláusula.

A las cuatro de la mañana, cada documento está copiado en tres ejemplares. Los invitados se alejan; Adolf y Eva Hitler se retiran a sus departamentos.

Dos ministros regresan a sus tareas de gobierno: Goebbels y Bormann. El primero espera a que muera el Führer para suicidarse. El segundo piensa en el porvenir.

Primero, desembarazarse de Goering. Bormann envía a Berchtesgaden un telegrama del más puro estilo hitleriano: "La situación en Berlín es cada vez más grave. Si cae Berlín y nosotros, los traidores del 23 de abril deben ser exterminados. Cumplan con su deber. Res-



El monumento del hitlerismo: el Reichstag incendiado por Goering

ponden de ello con sus cabezas y con su honor. Firmado: Bormann". El carcelero de Goering calculó que su honor y su cabeza no dependían de Bormann y prefirió seguir el hilò de los acontecimientos.

Siguiendo el ejemplo de su maestro, Goebbels, espíritu dotado de consecuencia lógica, hace a su vez un testamento, anexo al del Führer. Por una vez desobedeberá las órdenes recibidas: morirá, y con él su familia, "para dejar un ejemplo". A las 5 y media, termina y firma su último artículo.

A las 8, Johannmeier, Zander y Lorenz se preparan a salir del Bunker para dirigir las copias del testamento a Schoerner y Doenitz.

A las 9, los dos mil voluntarios de Mohnke logran contener un ataque ruso dirigido hacia la Cancillería. El enemigo se encuentra a quinientos metros, al sur.

Cerca de mediodía, los tres emisarios abandonan la Cancillería. En este momento es derribado el globo que sostiene la antena de la radio del Bunker; la conversación que tenía lugar entre Krebs y Jodl queda cortada. Entonces se reúne la conferencia habitual. No hay noticias de Wenck; las municiones enviadas con paracaídas son insuficientes; las comunicaciones están cortadas. Loringhoven, Boldt y Voss son enviados afuera para tomar contacto con el general Wenck; parten por la tarde. Como los anteriores, se infiltran hacia el oeste, hasta Pichelsdorf, donde la División Juventud Hitleriana ocupa un sector en el extremo norte del lago de Wannsee. Hitler hace matar a la perra Blondi: en ella se prueba el veneno guardado para el fin.

A las 16 horas, segunda conferencia: la situación permanece igual.

A las 22, tercera conferencia: el general Weidling pronostica que los rusos llegarán a la Cancillería el 1º de mayo.

A medianoche, von Below y su ordenanza escapan del Bunker con un mensaje del Führer para Keitel, rumbo a Pichelsdorf.

Lunes 30 de abril

Himmler se encuentra en Lübeck, después de la entrevista sostenida con el conde Bernadotte en el castillo de Brönlund, cerca de Apenrade. El conde debe transmitir a Estocolmo la segunda oferta de capitulación del Reichsführer SS.

En Berlín, una segunda tentativa de restablecer un frente continuo fracasa a las 10 horas. Dos blockhaus resisten aún sobre la Postdamerplatz, donde los tanques pesados de los rusos transitan desde la 0 hora. El Lustgarden y la estación Friedrichstrasse están ocupadas. En el zoo, acaba de saltar una de las torres de defensa antiaérea con su guarnición; los rusos atacan a la segunda. Se combate en la avenida de los Tilos y sobre el Spittelmarkt. En el Ministerio de la Guerra, en Bendlerstrasse, y en el de Relaciones Exteriores, en Wilhelmstrasse, gastadores, carros blindados, lanzallamas y ametralladoras del Ejército Rojo atacan los refugios subterráneos. En los túneles del subterráneo continúa la lucha; se muere en el agua de las alcantarillas reventadas.

A las 2 y media, Hitler convoca al comedor a oficiales y mujeres para despedirse. Tiene la mirada perdida, su apretón de manos es flojo. Luego se retira. En la cantina de la Cancillería se baila; el Bunker pide silencio; el baile continúa.

A las 3 y cuarto Bormann, que piensa en Himmler, utiliza la antena de emergencia para enviar un mensaje a Doenitz: "Cada día tenemos más la impresión de que las divisiones del sector de Berlín permanecen inactivas desde hace un tiempo (sic)... El Führer lo insta a actuar inmediata e implacablemente contra los traidores". Posdata: "El Führer está vivo y dirige la defensa de Berlín". De tal modo el fiel Bormann se esfuerza por despejar el camino.

A mediodía, la conferencia constata que los rusos han ocupado el Tiergarten. Hitler recibe con indiferencia esta novedad.

A las 14 desayuna en coloquio con sus dos secretarias y su cocinera; anima la conversación. Después del desayuno. Eva abraza a las tres mujeres, Hitler se despide una vez más de Bormann, Burgdorf, Goebbels, etc.; sólo queda Magda Goebbels. Hitler llama aparte a Günsche y le ordena que encuentre en seguida doscientos litros de nafta:

—No quiero ser exhibido en las ferias rusas después de muerto.

Günsche telefonea a Kempka, jefe del servicio automotor, pidiéndole una botella de schnapps —pues no se siente bien— y doscientos litros de nafta.

—¿Para qué? —inquiere Kempka.

—No puedo decírtelo. En cuanto a la nafta, basta con que la saques de los coches destruidos...

—¿No se puede esperar cinco horas? Por lo común a esa hora caen menos obuses, porque los Ivanes toman el té...

—Imposible. Es urgente.

Hitler y Eva se han encerrado en su departamento. Se oye un disparo. Entran Bormann y Goebbels: Hitler se ha disparado un tiro en la boca después de haber tomado cianuro; Eva se ha envenenado. Los cadáveres yacen sobre el canapé; Hitler tiene la cabeza caída sobre la mesa; la mano derecha de Eva cuelga por sobre el brazo del sillón; bajo la mano, en el suelo, un revólver inutilizado. Sobre la mesa, ante ellos, un florero volcado, del cual sale agua. Los retratos de Federico II y Klara Hitler contemplan la escena. Stumpfegger constata el doble deceso. Son las 15 y 30.

En el garaje, Kempka reúne entre ciento sesenta y ciento ochenta litros de nafta; con cuatro hombres, los deposita junto al muro del Bunker, cerca de la salida de emergencia.

—¿Qué es eso? —pregunta el centinela.

—Es nafta. Debe ser para la central.

—Estás loco —dice el otro—. No funciona con ese combustible.

Axmann llega a las 15 y 35, proveniente de su puesto de comando en Pichelsdorf. Se encuentra en la oficina, primero con Goebbels, luego solo. Linge y Stumpfegger envuelven con una manta el cadáver del Führer y lo depositan en el corredor, donde todos lo identifican por su pantalón negro y sus cabellos. Luego lo llevan hacia la salida de emergencia.

Bormann saca al corredor el cadáver de Eva, vestido con una bata de seda negra sin mangas, mojada por el agua del florero; su aspecto no ha cambiado. El fiel Kempka la recibe de Bormann; palidece, la pasa a su vez a Günsche, que aunque es un coloso, pronto queda lívido y trémulo.

Desde la torre de vigilancia, el guardia Mansfeld ha oído ruidos; abandona su puesto y se dirige hacia la puerta de Bunker. Ve salir de allí a Stumpfegger y Linge, que llevan el cadáver del Führer, cuyos pies reconoce; luego a Günsche y Kempka, que llevan a Eva. Günsche grita a Mansfeld que se aparte; luego llegan Goebbels y Bormann.

Los cadáveres son depositados lado a lado a tres metros de la salida, a la derecha y en diagonal, no lejos de una hormigonera abandonada; luego son empapados con el combustible. Günsche moja con nafta un trapo; Goebbels proporciona el fósforo; Günsche enciende el trapo sobre los cadáveres, que inmediatamente quedan envueltos en llamas; se eleva una humareda negra. La artillería rusa ofrece el acompañamiento; a través del jardín vuelan tierra y cascotes. Los seis hombres, en posición de firmes contra el muro de cemento, hacen el saludo hitleriano, antes de regresar al refugio y dispersarse. Son las 15 y 40.

Llega el guardia Karnau, que viene a relevar a Mansfeld; son las 16. Contempla los cuerpos que arden; ya son visibles las tibias de Hitler. El espectáculo le resulta repugnante. De vez en cuando, al apagarse el carburante, algunos guardias SS, entre ellos Kempka, empapan de nuevo los cadáveres y vuelven a prenderles fuego.

Alrededor de las 19 y 30, Rattenhuber envía tres guardias y un sargento SS para enterrar los restos; a tal efecto es cavada una pequeña tumba al fondo del jardín, contra el muro de la casa habitada por Kempka.

En el Bunker, desde las 15 y 45, todos fuman.

Bormann piensa en negociar con los rusos. Envía un telegrama a Doenitz donde no se menciona la muerte del Führer. Doenitz se entera de que es designado sucesor, lo cual no le hace ninguna gracia.

Luego Goebbels, Bormann, Krebs, Burgdorf, Axmann, deliberan. Zhukov, con quien se comunican por radio, acepta recibir a Krebs, quien parte a medianoche portador de una carta en que Goebbels y Bormann le informan de la muerte de Hitler.

Martes 1º de mayo

La guerra está prácticamente concluida; Alemania, aplastada.

En Berlín continúa la lucha en una total confusión. Luego se difunde la versión de que se negocia para capitular; en casi todas partes cesan los combates. Los civiles salen de los sótanos y saquean los depósitos de alimentos.



Prisioneros alemanes en el oeste (febrero de 1945)

A mediodía Krebs regresa ante Zhukov. El general soviético exige una capitulación sin condiciones; era de prever.

A las 15 y 15, Goebbels advierte a Doenitz que, habiendo muerto el Führer la víspera a las 15 y 30, él es designado presidente del Reich; que le será transmitida una copia del testamento, y que Bormann se reunirá con él para informarle.

A las 16 horas, Goebbels se despide de Axmann y de Kempka; luego se retira. Al anochecer llama a su ayudante Schwaegermann y le pide que queme su cadáver.

A las 20 y 30 ya están muertos los seis niños, envenenados. Goebbels y Magda salen al jardín, donde un SS los ejecuta con dos disparos de pistola. Se vuelcan sobre los cadáveres cuatro bidones de nafta y se los quema. Después todos se desinteresan de ellos. Durante la noche los ocupantes del Bunker se dispersan, esperando llegar a los barrios del noroeste de Berlín. Solamente quedan Krebs, Burgdorf, Schedle, que serán tenidos por desaparecidos.

A las 22 y 20 el contraalmirante anuncia por Radio Hamburgo la nueva situación. Una música wagneriana precede a su alocución, que sigue a la Séptima Sinfonía de Bruckner. A la misma hora, Braunau es ocupado por una división estadounidense, y el general Millikin se instala en la casa natal de Hitler, transformada en hotel.

Miércoles 2 de mayo

Por la tarde, los rusos ocupan las ruinas de la Cancillería, inspeccionan el Bunker, visitan los jardines, encuentran los cadáveres apenas quemados de Goebbels y su esposa; buscan el de Hitler, lo encuentran junto con el de Eva Braun; su identificación es casi segura gracias a los numerosos indicios; más tarde será completada mediante el examen de las fórmulas dentarias. No es posible tener en cuenta seriamente las leyendas que circularon entre 1945 y 1959 respecto de una eventual supervivencia de Hitler.

La opinión mundial no podía creer en el suicidio. El publicista argentino Ladislao Szabo construyó sobre indicios seductores una tesis "austral": Hitler, evadido de Berlín en avión, habría llegado a una base de submarinos; uno de ellos lo habría conducido a un refugio secreto situado bajo la costa del Antártico, hacia los 0° de longitud y 70° de latitud, sobre una costa explorada en 1938-39 por la expedición alemana Ritschter.

Nada ha venido a confirmar esta hipótesis. En este sector funciona desde hace doce años una base noruega. En cuanto al destino póstumo de Hitler, nos hemos atenido a la opinión de Trevor Roper (Fígaro, 1959), apoyado por el testimonio de Kempka.

Difícil resulta estar más muerto de lo que lo está ahora Adolf Hitler; sobre este cadáver total, la historia arrojará un poco de la piedad que no economizará para Eva Braun y tantos otros, por millones. A las 15 horas, cesa toda resistencia en Berlín. Los rusos hacen



En Londres, en 1939, un "saboteador" había estropeado al Hitler del museo Tussaud

todavía cien mil prisioneros, y ciento veinte mil al sudoeste de la ciudad. La División Juventud Hitleriana, que al comienzo contaba seis mil combatientes adolescentes, queda reducida a seiscientos.

El lunes 7 de mayo, a las 2 y 41 de la madrugada, en una sala del Curso Complementario de Reims, en presencia de los plenipotenciarios aliados, el general Jodl firma la capitulación de todas las fuerzas alemanas. El armisticio entra en aplicación el 8 de mayo. El 9, Doenitz disuelve al Partido Obrero Nacional Socialista y Breslau capitula. Es el fin del hitlerismo. En el silencio de la catástrofe renace y se amplifica, invencible, el rumor del trabajo alemán.



A la sombra del Führer: Martin Bormann

1889 Creación de la Segunda Internacional.
20 de abril: nacimiento de Adolf Hitler en Braunau-sur-Inn (Austria).

1900 Setiembre: Adolf ingresa en la Realschule de Linz.

1903 3 de enero: muerte repentina de Aloys Hitler.

1905 Julio: los estudios de Adolf son interrumpidos debido a su enfermedad.
9 de diciembre: ley de separación en Francia.

1906 Mayo: Adolf Hitler hace un viaje de placer a Viena.
12 de julio: rehabilitación de Dreyfus.

1913 17 de enero: Poincaré presidente.
24 de mayo: Hitler deja Viena por Munich.

1914 18 de enero: es obligado a presentarse por insumisión a la ley militar.
5 de febrero: en Salzburgo, el consejo de revisión declara inepto a Hitler para el servicio activo y auxiliar.
28 de junio: asesinato del archiduque Francisco Fernando de Sarajevo.
1º de agosto: comienzo de la Primera Guerra Mundial.
16 de agosto: el voluntario Adolf Hitler se incorpora al ejército alemán.
1º de setiembre: lo trasladan al 16º Regimiento de Infantería bávaro.
10 de octubre: el 16º Regimiento de Infantería interviene en la batalla de Flandes.
9 de noviembre: Hitler soldado de primera clase.

1917 2 de abril: los Estados Unidos entran en guerra. Huelga de las fábricas de municiones en Alemania. Comienza la Revolución Rusa.

1918 3 de marzo: paz de Brest-Litowssk entre Rusia y los Imperios centrales.

1919 Diciembre de 1918 - enero de 1919: insurrección espartaquista en Berlín.
Febrero-marzo: Hitler permanece en el depósito de Traunstein (Baviera). Regresa a Munich a pie.
Febrero-abril: República de los Consejos de Munich.
27 de abril: Hitler logra escapar cuando es detenido por los guardias.

2 de mayo: el ejército destruye la dictadura comunista en Munich.
10 de mayo: Hitler es enviado a seguir cursos de "pensamiento cívico" y se lo designa "oficial de cultura".
17 de agosto: insurrección polaca en Silesia.
Octubre: Hitler toma la palabra en una reunión del partido obrero alemán, en Munich.

1920 20 de enero: entra en vigencia el tratado de Versalles.
24 de febrero: primera concentración importante del partido. Programa de los veinticinco puntos. Hitler reside con Eckardt en Berlín.
13 al 16 de marzo: putsch de Kapp en Berlín.
3 de abril: la Reichswehr restablece el poder en el Ruhr.
18 de abril: primer grupo del partido fuera de Munich.
18 de julio: comienzo de la ofensiva Foch.
30 de julio: Hitler efectúa en la retaguardia un curso de perfeccionamiento de quince días.
8 de agosto: "Día negro" del ejército alemán.
Octubre: derrota de los aliados balcánicos de Alemania. El ejército austrohúngaro se desintegra.
15-16 de octubre: a consecuencia del gas asfixiante, Hitler es evacuado cerca de Ypres y trasladado a Pasewalk (Pomerania).
4 de noviembre: motín de la flota alemana en Kiel.
7 de noviembre: Insurrección izquierdista en Munich.
9 de noviembre: abdicación del emperador alemán Guillermo II.
11 de noviembre: armisticio de Rethonde entre Alemania y la Entente.
21 de noviembre: Adolf Hitler en el Regimiento de Infantería de Munich.
8 de agosto: congreso nacional socialista en Salzburgo.
20 de agosto: segunda insurrección polaca en Silesia.
Setiembre: el ejército rojo evacua Polonia.
29 de setiembre al 9 de octubre: Hitler hace en Austria una gira de discursos.
30 de setiembre: el partido recibe su sigla definitiva: N.S.D.A.P.
17 de diciembre: aparición del periódico nacionalsocialista.

1921 3 de febrero: mitín en el circo Kronne, de Munich.
29 de julio: Hitler recibe plenos poderes en el seno del partido.
4 de noviembre: los SA toman ventaja sobre los marxistas en una reunión en la Hofbrau.

1922 Obra póstuma de Max Weber: *Economía y sociedad.*
24 de junio al 27 de julio: Hitler cumple una pena de prisión por golpes y heridas al adversario político.
Octubre: Mussolini marcha sobre Roma.
14 al 15 de octubre: congreso nacional socialista en Coburgo.
30 de diciembre: Lenin funda la URSS.

1923 11 de enero: ocupación del Ruhr por el ejército francés.
8 de febrero: el *Volkischer Beobachter* se convierte en diario.

Nachdem nunmehr beide Verlobte die Erklärung abgegeben haben die Ehe einzugehen, erkläre ich die Ehe vor dem Gesetz rechtmäßig für geschlossen.

Berlin, am [redacted] April 1945

Vorgelesen und unterschrieben:

1.) Ehemann:
2.) Ehefrau:
3.) Zeuge zu 1:
4.) Zeuge zu 2:
5.)

als Standesbeamter

Acta de matrimonio de Adolf Hitler

Testigo 1: Dr. Joseph Goebbels

Testigo 2: M(artin) B(ormann)

Resistencia pasiva. La inflación se acelera. Ruina de la clase media alemana.
1º de mayo agitado en Munich.
Setiembre: fin de la resistencia pasiva.
15 de setiembre: insurrección de la Reichswehr negra en Küstrin.
25 de setiembre: Hitler jefe político del Kampfbund.
Setiembre a noviembre: rebelión socialista en Sajonia-Turingia.
22 al 23 de octubre: insurrección comunista en Hamburgo.
4 de noviembre: circular de von Seeckt al ejército.

1923 7 al 9 de noviembre: putsch de Hitler-Ludendorff en Munich.
11 de noviembre: Hitler es arrestado en Uffing y trasladado a Landsberg.

1924 13 de febrero: se levanta el estado de sitio en el Reich.
26 de febrero - 27 de marzo: proceso de los insurrectos. Hitler es condenado a cinco años de reclusión en una fortaleza.
1º de abril - 20 de diciembre: Hitler, preso en Landsberg, escribe *Mein Kampf* (primera parte).

1925 27 de febrero: nueva fundación del partido en Munich.
18 de julio: publicación de *Mein Kampf* (primera parte).

1926 22 de mayo: nuevos estatutos del partido: "principio del Führer".
3-4 de julio: comienzos de la Juventud Hitlerista (HJ).
11 de noviembre: Goebbels jefe regional del partido en Berlín.

1928 20 de mayo: 810.000 votos, doce diputados del partido.

1929 9 de enero: creación de la SS ("Escalón de protección" = Policía del partido).
17 de octubre: crac en la Bolsa de Nueva York.

1930 14 de setiembre: ciento siete diputados del partido. Roehm, de regreso de Bolivia, reorganiza a los SA (Sección de Asalto).

1931 República española.
Los japoneses invaden Manchuria.
Seis millones de desocupados en Alemania.

1932 24 de febrero: Hitler recibe la ciudadanía alemana.
31 de julio: doscientos treinta diputados del partido.
30 de agosto: Goering presidente del Reichstag.
27 de octubre: Hitler habla en el Club de la Industria, en Duseldorf.

1933 4 de enero: Hitler se encuentra con von Pappen en Colonia.
30 de enero: el mariscal presidente von Hindenburg nombra a Hitler canciller del Reich.
27 de febrero: incendio del Reichstag.
5 de marzo: doscientos ochenta y ocho diputados del partido.
1º de abril: boicot a los judíos.
2 de mayo: creación del Frente de Trabajo.
Marzo-julio: eliminación de los partidos.

14 de octubre: Alemania se retira de la Sociedad de las Naciones.
12 de diciembre: Plebiscito; seiscientos sesenta y un diputados por el partido único.

1934 6 de febrero: comienzan los desórdenes políticos en Francia.
30 de junio: purga general de los opositores políticos.

1935 13 de enero: el Sarre vota su reintegración al Reich.
14 de marzo: se restablece el servicio militar obligatorio.
Otoño: los italianos invaden etiopía.
1º-16 de setiembre: leyes raciales de Nurenberg.

1936 6 de marzo: reocupación de la orilla izquierda del Rin.
Julio: comienzo de la guerra en España.
Julio: los japoneses invaden China.

1937 12 de marzo: Anschluss de Austria.
Agosto: Juegos olímpicos de Berlín.

1938 4 de febrero: destitución del general Blomberg.
29 de setiembre: Conferencia de Munich. Ocupación de los Sudetes.
Ocupación de Bohemia.

1939 Marzo: victoria en España del general Franco.
Abril: los italianos invaden Albania.
22 de mayo: alianza entre el Tercer Reich e Italia ("Eje Berlín-Roma").
21 de agosto: pacto de no agresión germano-soviético.
1º de setiembre: los ejércitos alemanes invaden Polonia. Comienzo de la Segunda Guerra Mundial.
8 de noviembre: falso atentado a la Bürgerbräu de Munich.

1940 Abril: ocupación de Dinamarca y de Noruega.
10 de mayo: campaña del oeste. Ocupación de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y los dos tercios de Francia.
10 de mayo: Hitler llega a su cuartel general de la Eifel.
23 de junio: Hitler visita París de incógnito.
27 de junio: se dirige al bosque de Compiègne para la firma del armisticio francoalemán.

1940 Otoño: ataques aéreos contra Inglaterra.

1941 6 de abril: comienzan las hostilidades en los Balcanes.
Junio: Hitler se establece en Prusia oriental.
22 de junio: se inician las hostilidades contra la URSS.
27 de agosto: ordenanza referente a la "solución definitiva de la cuestión judía".
7 de diciembre: Hitler declara cerrada la campaña del este. Ordenanza "Nacht und Nebel". El Tercer Reich entra en guerra con los Estados Unidos.
19 de diciembre: destitución del mariscal von Barutisch.

1942 Invierno de 1941-1942: contraofensiva soviética frente a Moscú.
Julio: fracaso de la ofensiva alemana en Voroneg.

Octubre-noviembre: desastre alemán en Africa del norte. Desembarco aliado.

1943 2 de febrero: capitulación del VI ejército alemán en Stalingrado.
2-5 de febrero: Hitler en el frente de Zaporoje (Ucrania).
15 de marzo: el general SS Sepp Dietrich recupera Jarkov.
Julio: fracaso de la ofensiva alemana en Orel.
Ofensiva general soviética.
Verano: fracaso de los submarinos alemanes en el Atlántico.
Ofensiva aérea aliada sobre el Reich.
24 de julio: destitución de Mussolini.
Diciembre: reunión de Teherán para coordinar la estrategia aliada.

1944 6 de junio: desembarco aliado en Normandía.
Verano: cae el sector central de la URSS.
20 de julio: atentado fracasado contra el Führer. Himmler comandante en jefe de las fuerzas del Interior.
16 de diciembre: ofensiva alemana en las Ardenas.

1945 12 de enero: ofensiva soviética sobre el Vístula.
7 de marzo: los aliados atraviesan el Rin por el oeste.
13 de abril: muerte de Roosevelt.
15 de abril: Eva Braun se reúne con Hitler en la Cancillería.
16 de abril: ofensiva soviética sobre el Oder.
20 de abril: Goering abandona Berlín.
22 de abril: los soviéticos atacan Berlín. Hitler decide suicidarse.
29 de abril: Hitler se casa con Eva Braun.
30 de abril: el matrimonio Hitler se suicida.
8 de mayo: armisticio de Reims.

Índice

Se terminó de imprimir
el día 30 de agosto de 1971
en los Talleres Gráficos de
Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A.,
Luca 2223, Buenos Aires